



EL RELOJ DEL FIN DEL MUNDO

Josan Hatero y Use Lahoz

El Reloj del Fin del Mundo se acerca inexorablemente a la medianoche.

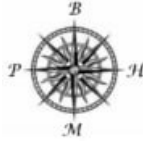
Algo terrible está sucediendo durante el último mes del 2013: alguien está secuestrando a niños en la ciudad de Londres. Giulietta Hamilton, una joven adolescente, pondrá patas arriba la ciudad para encontrar a su prima pequeña. Con la ayuda de Andrew Charlton, alias Greco, y del inspector Nayal, seguirán la pista del Flautista, el temible delincuente que parece estar detrás de las desapariciones.

Josan Hatero & Use Lahoz

El reloj del fin del mundo

Título original: *El reloj del fin del mundo*
Josan Hatero & Use Lahoz, 2022

Revisión: 1.0



13/12/2022

PRÓLOGO

—Hay un señor escondido en las sombras.

El cuarto estaba apenas iluminado por una lámpara de noche con la pantalla decorada simulando el fondo del océano, con dibujos de caballitos de mar a modo de carrusel. Dorothy alisó un mechón rebelde sobre la frente de su hijo y le arropó hasta el mentón.

—Vamos a tener que cortarte el pelo antes de que llegue Navidad.

—Sí —contestó el niño sin mirar a su madre y sin dejar de abrazar a su canguro de peluche, el Señor Saltos.

—Te gusta mucho que te corte el pelo, ¿a que sí?

—Sí, me gusta el pelo corto. No me gusta el pelo largo. El pelo largo es de chicas. Yo soy un chico.

—Claro que sí, un chico muy guapo.

—Sí.

Dorothy sonrió y observó la expresión serena de su pequeño. Para ella, lo más duro de tener un hijo autista es que nunca podía saber si el niño era feliz o no. Sabía que Timothy la necesitaba pero ¿la quería? El pequeño podía pasarse la tarde entera apilando latas de guisantes una encima de otra e ignorar su presencia. Cuando estaba enfrascado en alguna de sus rutinas, era como si ella no existiera. Timothy era absolutamente capaz de entretenerse por sí mismo. Pero si ella no estuviera ahí para cuidarle, qué sería de él. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

—Hay un señor escondido en las sombras.

Dorothy ni siquiera miró a su espalda, al otro extremo del cuarto, donde un hombre corpulento y cubierto con un largo abrigo negro se camuflaba en la oscuridad y contenía la respiración.

—No pasa nada, Timothy. Tienes al Señor Saltos, tu lámpara marina está encendida y mamá está justo en la habitación de al lado.

—Justo en la habitación de al lado —repitió el niño.

Dorothy se levantó y, antes de salir, echó un último vistazo a su hijo.

—Cierra los ojos y a dormir.

—Cierro los ojos.

Durante unos segundos, Timothy apretó los párpados esperando la llegada del sueño. Entonces escuchó un susurro; un susurro que parecía una canción.

Al abrir los ojos, el hombre corpulento con un abrigo largo y negro estaba junto a él, ofreciéndole la mano.

Timothy la agarró. No tenía miedo.

Londres, 12 de diciembre de 2012

The Guardian

Ultima hora, sucesos

Desaparece en Londres un niño de siete años y se desconocen causas y paradero.

ANDREW KALAJAIN (THE GUARDIAN)

Consternación en el barrio de Belgravia. En la noche de ayer, 11 de diciembre, un niño de 7 años, de nombre Timothy Cartwright, desapareció de su habitación mientras dormía. Todo indica que se trata de un secuestro.

Al cierre de esta edición, fuentes cercanas a este diario han podido saber que la madre, Dorothy Tanner, de 38 años de edad, londinense, profundamente católica, en terrible estado de abatimiento ha atendido a los medios y ha asegurado, sin dar más detalles, que el niño es absolutamente incapaz de abandonar por si mismo el hogar, por lo que a día de hoy la posibilidad del secuestro sea la más factible.

Dorothy Tanner ha afirmado que a las 20 horas 35 minutos de la noche de ayer se hallaba en la habitación de su hijo. Después de conversar brevemente con él, le arropó con las sábanas mientras el pequeño sostenía su peluche y le pidió que se durmiera y que cerrara los ojos. No obstante, lo que más ha llamado la atención de los agentes que investigan el caso han sido otras palabras de Dorothy Tanner, quien ha alarmado a la sociedad londinense afirmando: «Recuerdo que en dos ocasiones Timothy me dijo que había alguien detrás de la puerta, pero pueden creerme, es obvio que no había nadie». Mrs. Tanner no ha querido realizar más declaraciones y ha añadido que seguirá rezando en todo momento.

INDIGNACIÓN GENERALIZADA

El secuestro ha generado indignación en el barrio y muchos vecinos de comercios cercanos a la vivienda de los Cartwright Tanner han mostrado su irritación. Todos los entrevistados por The Guardian han defendido la inocencia de la madre y han destacado la candidez del pequeño Timothy. Según la descripción facilitada por Scotland Yard, Timothy Cartwright es un niño de

siete años, mide un metro veinte de estatura, tiene los ojos marrones y grandes, la cara ancha, la nariz chata, el pelo con un poco de flequillo y, en el momento del secuestro, lógicamente vestía un pijama de rayas azules y grises y llevaba con él un peluche al que denomina «Señor Saltos».

Desde Scotland Yard se atestigua que los agentes prosiguen investigación. Se han reforzado las principales vías de salida de Londres. Sin embargo, lo que más ha conmocionado a los agentes, lo que ha puesto en tela de juicio la labor de diversas empresas de seguridad y por consiguiente la pregunta que pasa por la cabeza de todos y cada uno de los policías es la siguiente: ¿cómo, en el supuesto caso de que exista el secuestrador, este ha podido esquivar las alarmas, la vigilancia y las cámaras en una casa ubicada en este barrio residencial, rico y seguro? Ningún agente se ha pronunciado al respecto.

COLABORACIÓN CIUDADANA

Desde la medianoche de ayer, más de 250 agentes se han desplegado en un perímetro de 30 kilómetros. Por el momento, no hay pistas firmes.

En un comunicado divulgado por agentes de Scotland Yard, se ha dado el aviso de los rastreos y sondeos llevados a cabo en la zona y lamentan al mismo tiempo posibles registros a ciudadanos en Belgravia y alrededores. «Se avecina un caso complicado, necesitamos colaboración ciudadana. Cualquier información nos puede ser muy útil para capturar al delincuente».

Al no haber testigos presenciales el caso puede alargarse más de la cuenta. Se confía en que el secuestrador no haya abandonado Londres o sus alrededores, aunque no se descarta que haya huido a otra ciudad. De acuerdo con los agentes de Scotland Yard, este diario seguirá emitiendo la información precisa. De momento Scotland Yard no ha proporcionado más información. Manda el secreto de justicia.

Capítulo 1

GRECO

Siempre llevaré en la memoria mi paso por la Academia Fénix. Es una sensación que pesa. A ratos se agiganta y a ratos disminuye, pero siempre está presente. Es un sentimiento que tiene un nombre: se llama culpa, y duele.

Hay momentos en la vida que te dejan un rastro imborrable; como también hay personas que nunca se olvidan y su recuerdo permanece para iluminarnos en las adversidades futuras.

Después de todo lo acontecido en el verano, volver a Exeter fue más duro de lo que imaginaba. Pensar que Iris ya no estaba conmigo hizo que durante los primeros días de mi regreso no pudiera articular palabra. Pensaba en ella y me asaltaban momentos tan reales y tan nítidos que escuchaba su respiración, sus latidos en aquel bosque junto a Giulietta, y no podía comprender que no estuviera. El olor de Iris que quedó en mi sudadera de la Academia era mi única compañía. Más de una vez abrí el armario para encontrarla y lanzarme a respirar su olor y recuperar su esencia. Para mí, Iris nunca morirá. Hay personas tan especiales, personas que te enseñan tanto, personas que te protegen y que te hacen sentir tan querido, que no pueden morir nunca.

Si algo descubrí al regresar a Exeter fue que mi mundo anterior a la Fénix se había descompuesto. Resultaba ingrato salir a la calle y encontrarse con algún antiguo compañero que te acribillaba a preguntas y que solo te hablaba de playas y fiestas de verano. No tenía sentido seguir en un lugar donde todo me era indiferente. El rumor de que había estado en la Fénix corrió como la pólvora y se extendió por el barrio de tal modo que, en más de una ocasión, al cruzar por Bicton Park o al atajar de camino a casa por Stone Lane Gardens, grupos de chicos desconocidos murmuraban en voz baja pronunciando mi nombre y señalándome. O al menos eso creía. Porque a veces, en momentos inesperados, regresaba el pánico a ser perseguido o atacado. Herencia de la Fénix, supongo. Cosas del miedo, ese animal escurridizo y feroz que en ocasiones se queda en tu cuerpo agazapado y cuando menos te lo esperas, reaparece.

En Exeter entendí que yo había nacido en la Fénix, a los 16 años, con Iris. Y que mi vida, a partir de entonces debía cambiar y empezar de cero. Por eso, a las dos semanas propuse a mi madre venir a Londres, a casa de la tía Mildred.

Al principio no le hizo ninguna gracia y enseguida dijo que no, que ni hablar, que qué me había creído... Pero como mi madre tenía planeado viajar a principios de septiembre a una feria

internacional de anticuarios en el norte de Italia, creo que en Bologna, terminó aceptando mi propuesta e incluso agradeció a su hermana la amabilidad para recibirme con los brazos abiertos como siempre lo ha hecho. No le dije a mi madre que me quería ir para un tiempo. En un principio le comenté mi necesidad de salir de Exeter, airearme, poner distancia entre la Academia y mi pasado en la ciudad.

Una vez en Londres, empecé a tener claro que no quería retornar. Exeter no era mi sitio. No quería volver a un lugar donde reinasen las habladerías. Además, no tenía ningún amigo. Y en ninguna parte se puede vivir sin amigos. Allí siempre sería el pequeño Andrew Charlton. No sería yo. No sería Greco. Tampoco me entusiasmaba lo más mínimo vivir en casa de mi madre y ser partícipe de su mal genio y sus ataques de histeria; tener que vivir en primera persona sus bajones sentimentales por el abandono de su último novio, soportar los gritos por teléfono y las consiguientes lágrimas. Y si bien me asaltaba la pena cada vez que sucedía una escena similar, era el momento de decidir por mí y para mí.

Mucho menos me apetecía tener que ver a mi padre una vez a la semana, sentarme con él y con su relamida novia en la mesa del restaurante pijo de turno para hablar de nada y ver cómo hacían manitas y se reían de todo sin contar conmigo. No es fácil darse cuenta de que ya no eres una prioridad para tu padre. El mismo que durante años me acompañaba a los entrenamientos en las noches de invierno y me protegía, de pronto me daba la espalda y se ponía de rodillas ante aquella princesita teñida de rubio veinte años menor que él.

Necesitaba el anonimato. Precisaba la sensación de estar vivo de nuevo y de enfrentarme a los descubrimientos yo solo. Londres me ofrecía revivir en un espacio diferente, donde pasar desapercibido.

Tía Mildred me animó a que me tomara un año sabático, a que pensara con calma lo que quería hacer, si quería seguir estudiando o no, y qué era lo que más me gustaba. Ella me entiende. Llamó a mi madre a Exeter a la vuelta de la feria y se lo explicó. Parece ser que mi madre había vendido mucho en su viaje de negocios y había cerrado una gran venta de muebles Victorianos a unos clientes japoneses, porque contra todo pronóstico aseguró a su hermana que lo entendía y que nos apoyaba a los dos.

En cualquier caso no fue fácil. Si algo he aprendido en este tiempo es que vivir con miedo no te deja crecer. Pero vivir con culpa es aún peor. El remordimiento por la muerte de Iris siguió persiguiéndome a mi llegada a Londres.

Encontré refugio en el gimnasio. Lo había probado en algunas ocasiones muy concretas: una vez en que acompañé a un compañero de clase para echar un partido de *squash*, y aquella temporada en que mi madre me obligó a hacer natación con ella. Pero nunca había sido asiduo de gimnasios. De hecho siempre me había sorprendido de esa gente que no puede vivir ni un solo día sin hacer pesas. Empecé a entenderlo al matricularme en Bloomsbury Gym, el gimnasio que está al lado del British Museum, muy cerca del 22 de Bloomsbury Square, dirección de tía Mildred.

Fue por casualidad. Acompañé a tía Mildred porque quería preguntar el precio de la piscina y me fijé en un chico que salía de allí atravesando los tornos con la satisfacción en el rostro. Llevaba el pelo mojado y calzaba unas All Star rojas como las mías. Se le veía feliz, fibroso, con el cuerpo bien moldeado y con una chica que lo esperaba en las escaleras sujetando un *aquarius*. De pronto sentí un arranque de envidia y quise parecerme a él. Aproveché que mi tía estaba

hablando con la recepcionista para decirle que yo también me quería apuntar.

Mi tía Mildred es partidaria de las decisiones precipitadas. Nunca piensa las cosas dos veces porque dice que lo que cuenta siempre es el instinto primero. Y allí mismo sacó su visa y pagó la matrícula de los dos mientras rellenábamos los formularios.

Ocurre que mi tía Mildred es partidaria de la inconstancia, y no duró más de dos semanas nadando. Se cansó enseguida. Sin embargo yo encontré el lugar adecuado para ponerme en forma y cuanto más deporte hacía, más saneada notaba mi cabeza. Empecé yendo por las tardes, pero al cabo de una semana me animé a ir mañana y tarde. Spinning, natación, pesas, pilates, abdominales, *aerotraining* y nociones de defensa personal. Esas eran mis actividades a mi llegada a Londres. Algo me decía que debía estar preparado y ponerme en forma me hacía sentir estupendamente. Uno nunca sabe cuando va a necesitar la fuerza y la agilidad. Y ya dicen los mayores que es mejor prevenir que curar. Lo demás: la maldita culpa y el recuerdo que llegaban algunas noches; y la dulce compañía de tía Mildred, con quien cocinábamos siempre comida saludable y biológica y con quien aprendí a hacer las mejores *pizzas* del universo.

Una de aquellas noches de diciembre llegué del gimnasio y tía Mildred estaba extendiendo la masa de una *pizza*, por supuesto hecha con harina de sarraceno.

—¿Te secas el pelo y me ayudas con el tomate, Greco? —preguntó.

—Por supuesto, tía Mildred, dame dos segundos —por primera vez me llamó Greco y no Andrew como era su costumbre. Fue un momento feliz.

Volví de mi cuarto y empecé a rellenar la masa con el tomate que previamente había frito mi tía en la sartén, mientras ella partía en pequeñas porciones y con las manos un bloque de *mozzarella* de búfala. Luego cada cual añadió lo que más le gustaba, ella salmón y huevo, y yo champiñones, alcaparras y cebolla. Metimos la *pizza* en el horno y esperamos frente al televisor. Tía Mildred se abrió una cerveza Martons Oyster y yo una coca cola.

—Hoy quiero que veas un programa que dan en Arte. Salen viejos amigos míos, y puede que hasta yo.

—¿En serio?

—Sí, es un homenaje a Malcolm Melaren, un productor de música que fue amigo mío.

—¿Está muerto?

—No, pero se retiró a vivir al campo y hace mucho que no nos vemos... el campo, ese lugar salvaje y peligroso, jajaja... —Me encantaba tía Mildred, siempre sonriendo.

—¿No te gusta el campo?

—¿El campo? ¿Te refieres a ese lugar donde los animales están crudos? Ni hablar, no me gusta ni en los cuadros de Van Gogh.

Iba a decir algo pero entonces mi tía me mandó callar y fijó la vista en la televisión. En la pantalla apareció un reportero que informaba desde el barrio de Belgravia y decía:

«Novedades en el caso Cartwright. Ya han pasado 24 horas desde la desaparición de Timothy Cartwright y seguimos sin rastro acerca de su paradero. Pero una de las cámaras de vigilancia instaladas en una de las calles principales del barrio ha captado una imagen que habla por sí misma, aquí pueden verla ustedes: se trata de la misteriosa presencia de un hombre alto y corpulento, vestido con capa negra, que lleva de la mano a un niño que todo indica que pueda tratarse de Timothy Cartwright. Como pueden apreciar, son únicamente cuatro segundos de grabación, los que han bastado para que los agentes de Scotland Yard abran una nueva línea de

investigación en el caso».

—¡La *pizza*, tía Mildred! ¡Qué se nos quema! —grité.

Capítulo 2

GIULIETTA

Siempre que bajo de un tren, confío que haya alguien esperándome en la estación. Aunque no haya quedado, me apeo del vagón con la ilusión de ver en el andén un rostro conocido que sonrío al verme. Aquella mañana de principios de diciembre que llegué a Waterloo Station no fue diferente. Pero no había nadie. Me colgué al hombro mi bolsa deportiva con ropa para cuatro días. Por entonces aún no sabía que había llegado a Londres para quedarme.

Me fascinan las estaciones, todo su ajeteo de gente yendo de un sitio a otro, tantos destinos cruzados. Pero de todas las que conozco, Waterloo es mi favorita. Es como una pequeña ciudad bajo techo, con todas las necesidades cubiertas. Incluso cuenta con un pequeño puesto de *sushi*, donde puedes comprar dos makis recién hechos por un par de libras. Nunca resisto la tentación. Creo que podría alimentarme exclusivamente de queso, te negro y makis. Compré dos de salmón y me los comí afuera, sentada en la parada de autobuses.

Aunque Bournemouth, donde nací, está a poco más de dos horas en tren, al llegar a Londres siempre tengo la sensación de llegar a otro país, una nación en ebullición en la que cualquier cosa es posible. Claro que, después del último verano, en que maté al monstruo que había asesinado a mi amiga Iris, yo ya sabía que las leyendas y los cuentos infantiles tienen un poso de verdad. Cada mañana me leía los periódicos buscando noticias inusuales, del tipo «una niña desaparece al caer en un pozo de los deseos» o «una ama de casa afirma que su marido ha sido cambiado por un impostor». Ese día no tuve que buscar mucho: la noticia de otro niño secuestrado en la ciudad acaparaba la portada de todos los diarios. Era el quinto pequeño desaparecido en menos de diez días. La novedad es que una cámara de seguridad de un *parking* cercano a la casa de la víctima había captado unas imágenes del chaval, cogido de la mano de su secuestrador, un individuo altísimo cubierto con un abrigo negro y encapuchado, por lo que era imposible distinguir sus facciones. Pero lo sorprendente era la cara del niño, que estaba sonriendo y marchaba al lado del hombre por su propio voluntad. Los periodistas no tardaron en bautizar al captor como «El flautista de Londres», en referencia al cuento «El flautista de Hamelin». Scotland Yard parecía no tener pistas, según los diarios, ya que no se había pedido rescate por ninguno de los niños. Lo cual era todavía más escalofriante si cabe. Recuerdo que un estremecimiento me recorrió el cuerpo al imaginar que algo podría pasarle a Martha, mi prima de seis años a la que yo acudía entonces a visitar.

Mi tío Ernest, hermano pequeño de mi padre, y su mujer, Clarice, me habían invitado a pasar unos días en su casa. Sabían que yo había dejado el instituto para tomarme un tiempo libre y que planeaba apuntarme en breve a algún curso de moda de la escuela Saint Martins. Y también sabían que en los últimos meses yo me había convertido en una carga para mis padres, demasiado atareados con sus respectivas carreras y parejas para encargarse de una adolescente que aseguraba haber matado a un monstruo. Nada más y nada menos. Además, no resulta fácil encontrar canguro cuando tu hija es autista, y a mí me encantaba cuidar de Martha. Había algo en el silencio de mi prima y en la concentración con que hacía las cosas que me proporcionaba una extraña y completa sensación de paz. Pasar unos días en su casa me ayudarían a tratar de olvidar los malos recuerdos y el hecho de no tener perspectivas claras de futuro... Ni novio, dicho sea de paso. En el último año mi madre había cuatro y yo cero. Ganaba por goleada.

Al bajar del autobús en Islington, me crucé con un chico que me recordó a Greco, alto, delgado y con un carga de tristeza en la mirada, como si fuera un peso sobre los párpados. No había vuelto a hablar con él desde mediados de septiembre. Ni un *mail*, ni un simple whatsapp. Ambos compartíamos problemas: nadie se creía nuestra amarga experiencia en la Fénix. Y, después de la muerte de Iris, nos resultaba imposible volver a nuestras vidas pasadas. Algo se nos había roto a los dos; se había borrado el camino y ya no había marcha atrás. Según me había contado entonces, planeaba instalarse en Londres en casa de su tía. Decidí llamarle, pensé que sería agradable volver a verle, estar con alguien que sabe que no estás loca, que puede entender que algunas veces te despiertes en mitad de la noche con un nudo en el pecho que te ahoga de puro miedo.

El teléfono dio cuatro tonos y, cuando ya estaba a punto de colgar, Greco contestó:

—¡Giu, qué sorpresa!

Al escuchar su voz, la sincera alegría que desprendía, tuve una sensación reconfortante, como cuando pones la radio por la mañana y lo primero que suena es una de tus canciones preferidas.

—Sí, ya ves, he pensado en llamarte —le dije.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. Es que estoy en Londres y, bueno, como tú... ¿Tú estás por aquí?

Se ríó:

—Sí, estoy viviendo en Bloomsbury con mi tía desde hace un par de meses. Necesitaba largarme de Exeter. Bueno, tú ya me entiendes.

—Perfectamente: ver caras familiares te hacía sentir fuera de lugar.

—Yo no lo hubiera expresado mejor, Giu. Oye, pues tenemos que vernos, ¿no?

—Sí, a mí me apetece. Si tienes tiempo, claro.

—Giu, si algo tengo aquí es tiempo. Incluso demasiado. ¿Cuándo quedamos?

—Yo acabo de llegar, me quedo en casa de mis tíos, en Islington. Bloomsbury no está muy lejos, ¿no?

—Buf, ¡a mí aquí las distancias se me hacen enormes! Oye, hoy es jueves, ¿verdad?

—Sí —me reí—. ¡Si que es verdad que tienes demasiado tiempo si no sabes el día en que vives!

—¡Ya ves que no mentía! No, te lo decía porque mañana es... es el cumpleaños de mi tía y hace una fiesta en casa. No son muchos invitados, pero todos nacieron antes de la década de los setenta, así que me vendría bien la compañía de alguien que sepa que un iPod no es una sartén

japonesa.

Nos reímos de nuevo. Entonces me di cuenta que hacía mucho que no me reía así. Tanto que no recordaba la última vez.

—Será un placer hacerle compañía, caballero.

—¿Tienes algo donde apuntar la dirección?

—No, pero tengo buena memoria.

—Es muy fácil: Bloomsbury Square número 22. ¿A eso de las seis te parece bien?

—Me parece estupendo.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana. Un beso.

En cuanto colgué, sentí como el calor me subía por la cara. ¿Me había despedido con un beso? ¿En serio? Era evidente que ambos nos teníamos cariño por lo que habíamos pasado juntos, que compartíamos un vínculo terrible, pero, de alguna manera que no sabía explicarme, despedirse con un beso era, no sé, excesivo. Supuse que la culpa era de mi sangre italiana: mi abuela materna era de Roma, y era evidente que yo había heredado de ella algo más que su nombre.

Llegué a la pequeña pero coqueta casa de dos pisos de mis tíos. Estos me recibieron con afecto, como siempre hacían, pero a quién yo tenía ganas de ver era a mi prima Martha. La encontré en su habitación, que durante las siguientes cuatro noches sería también la mía. Al entrar en el cuarto, Martha me miró de reojo y sonrió, pero no dijo nada. Estaba dibujando en su escritorio. Delante de su libreta había perfectamente alineado un arco iris de lápices de colores.

—Hola, preciosa. ¿No le vas a dar un abrazo a tu prima favorita? —le pregunté, aún sabiendo que Martha raramente se permitía tocar a nadie.

—Hola, preciosa —repitió—. Los abrazos no se pueden dar. Los abrazos se hacen, no se dan. Me reí.

—Eres una niña muy lista, ¿lo sabías?

Martha asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿te puedo hacer un abrazo?

Asintió de nuevo:

—Pero suave.

Me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos, apenas rozándola. Entonces vi su cuaderno. Había dibujado algo parecido a un hombre encapuchado.

—¿Qué has dibujado, un monje?

—No. Es el señor de la canción —contestó. Y entonces se agachó y empezó a soltar el nudo de mis botas Doc Martens. Era una broma que siempre le gustaba hacer, desanudarme las botas. Le seguí el juego y caminé hacia atrás fingiendo pisarme los cordones y me dejé caer sobre la cama. Martha rio. Su risa era breve, duraba apenas un instante, pero siempre me conmovía por su dulzura. Sentí ganas de abrazarla de nuevo, pero me contuve.

Si hubiera sabido lo que iba a pasar la noche siguiente, la habría abrazado tan fuerte que nadie habría sido capaz de arrebátarmela.

Capítulo 3

GRECO

—Mira Greco, una fiesta de cumpleaños o se hace bien, o no se hace —me dijo tía Mildred cuando le pregunté si creía necesario tanto revuelo—. Así que si hoy piensas ir también al gimnasio hazlo ya mismo, por la mañana, porque luego tendrás que ayudarme, y a veces, la preparación de una fiesta es lo más divertido.

Todavía estaba en la cama cuando me felicitó tía Mildred, siendo la primera en hacerlo. Yo ya llevaba un rato despierto, dando vueltas bajo las sábanas y pensando en mis cosas. Como siempre me pasa el día de mi cumpleaños, estaba nervioso, igual de triste que contento, recordando escenas y momentos de cuando era pequeño. No sé por qué sucede eso. Es una sensación extraña. Te ves en la obligación de estar muy feliz pero sin saber por qué a ratos te pones nostálgico y eso, lo reconozco, me hace sentir un poco patético.

De pronto irrumpió en el cuarto tía Mildred con todo su entusiasmo para desbaratar cualquier rastro de tristeza. Venía cargada con una bolsa en la que intuía que habría un regalo. Mientras me cantaba el *Happy Birthday to you...* casualmente sonó el móvil y en la pantalla leí «Mum». Sorpresa: mi madre también se acordaba de mi cumpleaños. Es curioso lo sincronizadas que estaban las hermanas. Pensé que me gustaría tener hermanos para poder comprobarlo. No hablé mucho con ella. Me felicitó y antes de que me taladrara con uno de sus habituales interrogatorios, tía Mildred dijo:

—Pásame a tu mami y abre el regalo...

Le cedí el móvil y la vi alejarse mientras hablaba:

—Hola hermanita, ¿cómo está mi reliquia victoriana?...

Me incorporé para abrir el regalo. Separé las asas de una gran bolsa de cartón y descubrí un paquete cuyo papel fui rompiendo poco a poco. Cuando empecé a ver lo que realmente era, me asaltó la emoción y me puse en pie al instante. Acabé con el papel y en mi manos tuve la cazadora más bonita que había visto nunca. Me la probé de inmediato por encima del pijama y fui directo al espejo. Ahí estaba yo, Greco, despeinado y medio dormido, descalzo, ataviado con ese pantalón de pijama que me venía pequeño y me hacía las piernas más escuálidas de lo que realmente eran, con unas pintas espantosas pero con una cazadora de paño, azul marino, que me quedaba perfecta. Tenía los puños de tela, botones, cremallera, y dos bolsillos. Mi tía sabía bien que yo solo llevo cazadoras. Le subí el cuello, me la abroché y sonreí. No me la quitaría en todo

el otoño y en todo el invierno. Hasta tuve ganas de ducharme con ella.

Sin apenas ponerme unas zapatillas fui hasta la cocina pisando la moqueta del suelo. Allí estaba tía Mildred. Por la sonrisa que mostraba, parecía más contenta que yo.

—Muchas gracias, tía Mildred, es increíble.

Le besé y ella repasó el tacto de la cazadora:

—Te queda muy bien, sin duda es tu talla, —dijo dejando su taza de café en la repisa de mármol.

—Es un regalazo.

—No es para tanto, así te acordarás siempre de tu cumpleaños en Londres.

—No lo olvidaré nunca. Te has pasado un poco, ¿no?

Tía Mildred se empezó a reír, como si hubiera dicho una tontería.

—No seas tonto, Greco... ¿Sabes lo que decía tu abuela, mi madre?

—No, nunca la conocí.

—Que en la vida se es más feliz dando que recibiendo. Yo no la entendía cuando me lo explicaba y tenía tu edad, pero luego, con el tiempo, me ha quedado claro. Y además decía que, dado que siempre hay muertes repentinas, mientras estemos aquí, es para disfrutar.

De mayor me gustaría ser como tía Mildred. Lo tuve claro en ese momento.

—Entonces, ¿te parece que la estrene hoy?

—¡Ni se te ocurra no hacerlo! Pero si vas a desayunar quítatela, que dado que tú nunca te quitas los calcetines de las manos, tienes mucho peligro en la cocina.

—¡Ja! No te preocupes, esta chupa la voy a cuidar como ninguna.

—Son las nueve de la mañana y tenemos muchas cosas por hacer. Te doy tres horas, a las doce te quiero disponible.

—Vale, tía, me da tiempo de sobra.

Ya que no podría ir al gimnasio por la tarde como solía, lo haría por la mañana.

En dos horas tenía tiempo de hacer una rutina de pesas y natación. En un abrir y cerrar de ojos pasé por la ducha. Sabía que en el gimnasio me volvería a duchar pero es una costumbre que tengo, no puedo salir de casa sin ducharme. No soy persona. Me vestí a toda prisa con mis vaqueros Wrangler, un jersey de algodón azul claro y las All Star rojas. En la bolsa coloqué la toalla, las chanclas, las zapatillas de deporte, los calcetines, los pantalones, el bañador y el gorro de nadar y ya por fin llegó el momento de ponerme de nuevo la cazadora. Guau, ¡cómo molaba!

—Anda, venga, deja de mirarte. Te he dejado la fruta preparada.

—Gracias, tía Mildred.

En la cocina comí a toda prisa rodajas de naranja, piña y kiwi, del armario agarré mi barrita de cereales y de la nevera saqué uno de mis zumos de frutas. De camino al gimnasio fui comiendo. Me miraba en todos los escaparates aprovechando el reflejo de la luz en el cristal. ¡Qué agradable pasar un cumpleaños en Londres!, donde todo era heterogéneo y nuevo.

La ciudad arrancaba el sábado con un ritmo más lento que los otros días. El cielo estaba nublado pero no impedía que una marabunta de visitantes hiciera cola en el British Museum. Bici-taxis, autobuses, coches y alguna bicicleta ocupaban la calzada de Russell Street y los comercios dedicados al turismo absorbían los clientes más madrugadores. Solo el barrio de Bloomsbury era tan diferente a Exeter que cada vez que salía de casa descubría algo nuevo.

De pronto recordé lo que me había dicho tía Mildred. Había habido una palabra que no había

digerido bien. Habló de muertes repentinas y esa expresión me obligó a recordar situaciones desagradables. Pero era mi cumpleaños y, una vez en las escaleras del gimnasio, quise tirar a la papelera la melancolía junto con el envase del zumo y el papel de la barrita. ¡Adiós, tristeza!

Cuando volví a casa tía Mildred ya estaba preparada. Me hizo tender la toalla y poner en el cubo de la ropa sucia lo que tocara y sin perder un minuto nos fuimos de compras. Subimos a un autobús. Nos sentamos arriba, en la primera fila. Era un buen palco para disfrutar de Londres. Me llevó al mercado de Portobello porque decía que había todo tipo de tiendas interesantes a nivel gastronómico. Allí tía Mildred conocía un comercio biológico donde quiso comprar garbanzos y tahini para hacer un hummus. También se hizo con rúcula y quesos y tomates para ensaladas. Empecé a entender que mi fiesta, en realidad, consistiría en una reunión de cuarentones. ¡Menos mal que venía Giu! A decir verdad, tenía muchas ganas de verla. Por un lado me daba respeto, pues sabía que sería inevitable que a los dos nos asaltaran recuerdos de la Fénix, pero al mismo tiempo era un alivio para mí contar con una amiga que fuera mía de verdad. Giulietta Hamilton me conocía mucho más que cualquier amigo de mi tía, a los que suponía bastante carcas.

Antes de entrar en el restaurante donde tía Mildred se empeñó en invitarme a comer, pasamos por una tienda de discos, de esas que parecen más reliquia que comercio, y justo al abrir la puerta alguien palpó la espalda de mi tía:

—¡Hey, Nick! Veníamos a verte.

Un señor calvo y rechoncho besó a mi tía.

—He salido a fumar un cigarro. ¿Cómo estás, preciosa? Cuanto tiempo...

—Sí, mucho... mira te presento a mi sobrino Greco, vive conmigo... Greco, este es Nick, un viejo amigo, muy amigo.

—¿Qué tal, Greco? Me imagino que con tu tía te lo pasas en grande, ¿no?

Estreché la mano de Nicky respondí:

—Encantado, sí, no me aburro en absoluto y me fascina Londres.

—Hemos venido para invitarte a una fiesta esta noche —empezó a decir mi tía.

—¿Fiesta? ¿Hoy? ¡Perfecto! No hay partido del Arsenal, así que... solo dime la hora y el lugar —añadió el tipo, mientras pisaba un cigarro en la acera.

—En mi casa, el motivo es que hoy cumple diecisiete años este elemento.

—¿Diecisiete años? ¿Todavía queda gente tan joven?

—Sí, Nick, es horrible, pero aún los fabrican. Pásate a las ocho... y... ¿avisas tú a Ian y a Kim?

—Genial, sí, yo les aviso.

Sin saber por qué me dio por preguntar:

—Pero... ¿Sabes la dirección?

—¡Ja, ja, ja! Conozco esa casa mejor que tú, Greco, he abierto muchas veces esa puerta azul... —dijo dándome una cariñosa colleja— por cierto, bonita cazadora...

Solo faltó que me dijera el número exacto de escalones. Cuando nos alejamos me vi con ganas de opinar:

—Parece simpático.

—Lo es.

—¿Es suya la tienda?

—Sí, le fascina la música, él es el que pincha cuando hacemos fiestas en casa. En la casa donde vives ahora se han hecho muchas, y muy largas...

Estábamos cruzando Portobello Road. Teníamos la reserva a las 13.30 y andábamos justos de tiempo. Entramos en el restaurante y nos dieron mesa enseguida. Por indicación de tía Mildred me pedí los canelones de verduras y de entrante una *tapenade* de aceitunas negras. Ella probó unas ostras de primero y de segundo se pidió el tartar de atún. ¡Ah!, no sé cómo alguien puede comer ostras, solo de verlas me entraba no sé qué:

—Mmmm... —murmuró tía Mildred tras exprimir cuatro gotas de limón y llevarse a la boca la primera— qué delicia. Cuando crezcas, no podrás resistirte. Además dicen que van bien contra los bajones emocionales...

—A parte de Nick, Kim y Ian, ¿vendrán más amigos tuyos?

—Sí, alguno que otro... envié un *mail* anteayer... no ha respondido nadie, con lo que seguramente vendrán todos.

—¿Sí?

—Claro, normalmente mis amigos solo contestan para decir que no... siempre lo hemos hecho así, y hablando de amigos, ¿tu amiga Giu, qué tal? —preguntó con sonrisa pícara...

—Es muy guay. Hemos vivido muchas cosas juntos, somos buenos amigos.

—¿A qué hora le dijiste que viniera?

—A las seis.

—¡Perfecto! Así nos podrá ayudar.

Se me hizo raro que tía Mildred no me dijera a quién había invitado. Yo no quise probar el vino, pero ella sí.

—¡Feliz cumpleaños, Greco, chin chin! —Tía Mildred me obligó a brindar. Miré alrededor por si alguien miraba. No me gusta ser el centro de atención. Este tipo de cosas me avergüenzan un poco—. Cuéntame más cosas de ella.

Disfruté de la comida y de la conversación. Con tía Mildred todo era agradable. Se preocupaba por mí. Me escuchaba y me hacía sentir parte de su vida. En absoluto tenía motivos para sentirme solo o desplazado.

—Cuando te hagas un poco mayor te vendrá bien viajar al extranjero. Se te abrirá la mente, y crecerás como persona. Así se aprende a dar importancia a las cosas que realmente la tienen.

—¿En cuántos sitios has vivido?

—En varios lugares, pero las épocas de Berlín y París fueron las mejores. Muchos de mis mejores amigos son de entonces.

—Berlín... me encantaría ir allí.

—Bueno, de momento no sueñes, estamos en Londres y donde vas a ir ahora va a ser al supermercado, que nos falta toda la bebida...

Cargados con las bolsas llegamos por fin a casa. Entre unas cosas y otras ya eran las seis y media. Fuimos colocando todo en la nevera y sobre la mesa de la cocina.

En mi habitación me quité la cazadora y, atención, la colgué de una percha y la guardé en el armario. Lo nunca visto. Si mi madre lo hubiera presenciado tal vez se le hubieran saltado las lágrimas.

Cuando sonó el timbre, tía Mildred estaba añadiendo comino al hummus antes de pasarlo por la batidora y yo cortaba tomates en rodajas. Nos miramos un segundo como diciendo vas tú o

voy yo.

Me sequé las manos con un trapo y fui a abrir.

Al ver a Giulietta tras el portal me dio un vuelco el corazón. No es que no la recordara, es que nunca la había visto vestida de otra manera que no fuera con el uniforme de la Fénix. Llevaba una chaqueta negra y un pañuelo negro alrededor del cuello. Bajo sus ojos azules saltaba a la vista el gran ramo de flores que sujetaba. Detrás de tanto color asomaba su sonrisa, perfectamente marcada en su cara, maquillada y alegre. ¿Sabes cuando notas que alguien está feliz de verte? Pues eso es lo que transmitía su sonrisa: felicidad por verme. ¡Y qué bien le sentaba ese flequillo tan recto y tan negro por encima de las cejas!

—Giu, qué alegría. Pasa, pasa.

—Greco, ¡estás muy cambiado!

Nos dimos dos besos, como hacen los adultos. Creo que era la primera vez que daba dos besos a Giu.

—¿Te parece?

—Sí, mucho. —Me palpó el brazo derecho—. Y más fuerte, ¿no?

—Puede ser, ven que te presento a mi tía.

Nada más ver a Giu, y antes de que yo hablara, tía Mildred se adelantó.

—Hola, Giulietta. Encantada de conocerte. Vaya, pareces la señora Dalloway.

Se dieron dos besos.

—¿Quién? —preguntó Giu.

—Oh, nada, no me hagas caso, es que hay un personaje de Virginia Wolf que se llama Mss Dalloway, que vive justo aquí en Bloomsbury y que en la primera frase del libro dice que las flores las traerá ella. Tonterías mías.

—Pues son para usted.

—¿Para mí?

—Sí, felicidades.

Juro que no sabía dónde meterme.

—Pero, Giu, primero de todo no me llames de usted, y segundo: creo que hay un error.

—¿Un error? Me dijo Greco que...

Mi tía me miró maliciosamente y cortó a Giu.

—¿Qué le dijiste, maldito?

Entonces tuve que sincerarme:

—Lo siento, Giu, el cumple es mío, no me atreví a decírtelo precisamente para que no te vieras obligada a hacer regalos y esas cosas.

—¿Qué?

—Sí, lo sé, soy tonto.

—No, no eres tonto, en realidad... —Giu se quedó pensando qué iba a decir, y noté una aprobación en su gesto—. Yo también hubiera hecho lo mismo. Me gusta ese detalle. El único problema que veo son las flores —añadió Giu acercándose el ramo.

—Oh, a mí me encantan las flores, mira aquí hay rosas, claveles, camelias.

—¿De veras te gustan? No sabía esa faceta tuya.

—Sí, las flores hacen mucha compañía y dan alegría. ¿Te acuerdas que en la Fénix no había ninguna?

Entonces tía Mildred, mientras yo hundía mi nariz en el ramo, empezó a declamar usando la batidora de micrófono como si fuera la jefa del coro de una obra de teatro clásico griego:

—Señoras y señores, presten atención porque bajo esa apariencia de chico fuerte, cachas, presumido, tímido y curtido en mil batallas... se ven brotar las semillas de la extrema sensibilidad del nuevo hombre del siglo veintiuno.

Busqué un jarrón donde colocar las flores y la llené de agua hasta la mitad. Tía Mildred se lavó las manos y dijo:

—Ven Giu, que te digo donde puedes dejar las cosas.

Las encontré en el salón. Tía Mildred le estaba mostrando la casa. En el rostro de Giulietta pude leer la fascinación.

—Aquí siempre han vivido muchos amigos —iba diciendo tía Mildred—. Al principio lo compartimos cinco, luego cuatro, luego tres, luego dos, luego una, y ahora de nuevo dos. Es mi lugar. Ya no podría vivir en otro que no fuera este.

—Qué cuadro más bonito.

—¿Te refieres a ese croquis?

—Sí, qué espalda tan bien trazada.

Los tres miramos el desnudo que colgaba en la pared, carboncillo sobre cartón.

—Es una prueba de artista, de un amigo que falleció, es maravilloso. En realidad es mi espalda, hice de modelo.

Me sonrojé. No tenía ni idea.

—Yo también dibujo.

—¿En serio? ¿Te gusta el arte?

—Sí, pero sobre todo dibujo bocetos de vestidos, como también me gusta la moda.

—Giu, tengo la impresión de que tú y yo tenemos muchas cosas en común.

Giulietta escuchaba y dejaba resbalar la mirada por las estanterías llenas de libros, discos y cedes. Algunas fotos enmarcadas, en las que aparecía mi tía y sus amigos. Las acuarelas y los óleos, algunos muy parecidos a los de mi madre en Exeter. Los muebles Victorianos (debilidad familiar, supongo) y la buena disposición de la luz.

En cada habitación había algún detalle que la hacía acogedora. Un cuadro, una lámpara, una alfombra, un tapiz colgado de la pared, un sofá a tono con sus cojines o un escritorio en el que daban ganas de sentarse a estudiar incluso matemáticas.

—Pues ya sabes, Giu, esto ahora también es de tu amigo Greco, así que si algún día necesitas quedarte, habla con él. ¡Jajaja! Pero eso sí, ahora os voy a pedir que me ayudéis en la cocina. Y una cosa: te lo habrán dicho muchas veces, pero tienes unos ojos muy bonitos.

Giulietta se encogió de hombros y no supo qué contestar.

Una vez en la cocina tía Mildred nos encomendó tanto trabajo que, en un momento dado, a Giu y a mí nos entró al risa.

Tía Mildred no tardó ni dos minutos en poner música. Empezó a sonar London Calling.

Sobre la mesa más alargada del salón grande dispusimos las ensaladas (de pasta, de algas, de arroz, de tomate y parmesano etc), el hummus, las dos quiches (de espárragos y de calabacín), los sándwiches de mil tipos y los cuencos con fruta.

Entre la mesa más pequeña y un gran cubo lleno de cubitos de hielo repartimos las bebidas. Giulietta y yo nos aprendimos en español el estribillo de «Spanish Bombs» y así lo cantábamos:

—¡Spanish bombs, yo te quiero yo bonito, yo te quiero, oh my corazóóóón!

Tía Mildred se retiró a cambiarse de ropa. Qué gran anfitriona. Todo lo tenía controlado. Apareció con un vestido blanco y del ramo de flores agarró una rosa. Pidió permiso y le dije «adelante». Le quedaba muy bien la rosa en las manos, en contraste con el vestido.

Sonó el timbre y fue ella quien se encargó de recibir a sus amigos. Puede resultar curioso, pero todos llegaron entre las siete y las siete y cuarto. Puntualidad británica. Así que de repente en el salón había veinte personas a las que saludar y conocer. Distinguí a Nick y me presentó a Kim y Ian, que eran pareja; en la otra punta vi a Giulietta, que se mostraba muy receptiva, charlando con unas amigas de mi tía a quienes todavía no había saludado.

Los que yo creía aburridos y carcas eran extraordinariamente divertidos: no paraban de reírse y de hacernos sentir bien a los más pequeños. Nos preguntaban por nuestros gustos y aficiones. No estaban al día de la tecnología (Nick todavía pinchaba vinilos) pero eran espontáneos y de risa fácil. Cenamos de pie, hablando y buscando huecos en el salón. Entraba y salía de las conversaciones con total naturalidad. Mi tía me presentó a varios amigos: casi todos se dedicaban al cine o a la música. Algunos me felicitaban y me daban la enhorabuena por la suerte de tener una tía como Mildred. Auguraban para mí una fructífera temporada en Londres. Muchos recordaban viejos tiempos y muchas frases empezaba con el típico «te acuerdas cuando...». Hablaban de clubs que ya no existían como el Marquee, de fiestas míticas acontecidas en esta misma casa. Comentaban acerca de tal amigo fotógrafo, dónde se había mudado aquel otro, o cómo era que Jenny había roto con no se quién.

Nick se hizo cargo de pinchar y tan pronto sonaban Joy Division como Smiths, U2, Suede o Marvin Gaye. ¡Qué bien estaba saliendo todo! No podía tener mejor regalo de cumpleaños.

Vi a Giulietta junto a la mesa. Rellenó su plato con un poco de todo mientras yo buscaba la ensalada con mayor cantidad de atún, pues en mi dieta no podía descuidar la proteína. Se acercó a mí. Parecía muy contenta:

—Oye, Greco, tu tía es genial. Me encanta que haya estudiado en Saint Martins.

—Sí, es todo un personaje, ya la irás conociendo.

Entonces se sirvió más hummus y otra porción de quiche.

—¿Y piensas quedarte mucho tiempo?

—He decidido que, como mínimo, un año. Tengo que pensar un poco... Suerte que tengo a mi tía, si no, no estaría tan bien. Me está ayudando mucho, por fin he encontrado a alguien mayor que me entiende y no me presiona.

—Te entiendo. Yo he venido por unos días, pero me encantaría quedarme y hacer un curso en Saint Martins.

—Hablares con mi tía, seguro que puede ayudarte.

—Eso sería genial. Con mis padres no puedo compartir nada.

—Ya.

—Están separados.

—Igual que los míos.

—Mi madre nunca tiene tiempo ni de preguntarme cómo estoy, y mi padre está siempre de viaje.

—En mi caso es casi al revés: mi madre viajando por sus ferias y mi padre loco por una enfermera que se tiñe de rubio platino a la que le saca veinte años y acaba todas las frases

diciendo «fenomenal».

—A veces pienso que les molesta mi presencia. Se me van pasando como quien se pasa una pelota... Aquí estoy mejor, con mis tíos. Además tengo una prima maravillosa por la que tengo especial devoción. Tienes que conocerla.

—¿De nuestra edad?

—No, es pequeña, seis años. La quiero un montón.

—Giu, deberías quedarte.

Entonces alguien subió el volumen de la música. Empezaron a sonar los primeros acordes de una canción y al girarme me encontré con todos los amigos de mi tía presos de la euforia, bailando en mitad del salón, sonriendo y sujetando sus botellas de cerveza sin dejar de cantar a voz en cuello: «*I don't care if Mondays blue, Tuesday is grey and Wednesday too, Thursday I don't care about you, cause Friday I'm in love!*».

—Qué bien se lo montan, eh, Greco. Esta canción de The Cure me encanta.

—Y qué lo digas. Se nota que se lo llevan pasando bien muchos años.

—¿Seremos así nosotros de mayores?

—Sí, tendremos que serlo.

A las once, Giulietta dijo que tenía que irse. No podía perder el último metro y mucho menos retrasarse. Había prometido a sus tíos que llegaría antes de las doce.

De los amigos de mi tía, ninguno tenía intención de abandonar la casa. Giu se fue despidiendo de la mayoría. Le acompañé al vestidor a por su chaqueta negra. Se la puso ante el espejo, luego hizo lo propio con el pañuelo.

La acompañé abajo. La plaza de Bloomsbury estaba desierta y las farolas apenas alumbraban nuestra esquina. Una racha de viento despeinó a Giu y, al despedirnos, nos volvimos a dar dos besos. Sus ojos azules eran como linternas, me pareció que brillaban en la oscuridad. Al ver a Giu abrocharse del todo la chaqueta tuve una idea:

—Espérame, Giu, no tardo ni un segundo, te acompaño.

—Vale —dijo ella.

Subí las escaleras a toda prisa, entré en casa, busqué mi cuarto, abrí el armario y me puse la cazadora. Bajé volando y emprendimos el camino a la parada de Tottenham Court Road. Era un trayecto corto que ya sabía de memoria. Una vez ante las escaleras, al comprobar que el metro todavía estaba abierto y que Giu podría coger el suyo sin problemas, le dije:

—Muchas gracias porvenir, Giu.

—Muchas gracias a ti por invitarme. Ha sido una noche estupenda.

—Buenas noches, descansa y cuida de tu prima.

—Así lo haré, ¿volveremos a vernos, Greco?

—Sí, te llamo mañana o pasado, nos vemos antes de que te vayas.

—Sí, porfa, hazlo. Podemos ir a dar una vuelta por Covent Garden o de compras a Camden. Además, te debo un regalo, porque las flores las compré para tu tía.

—Me parece muy buen plan, Giu, adiós.

—Adiós, feliz cumpleaños.

Nos dimos dos besos más y empezó a descender las escaleras. Me quedé mirándola, como si supiera que tarde o temprano se iba a girar de igual forma a como lo hizo:

—¿Sabes qué, Greco? —me preguntó desde abajo sin extrañarse de que aún estuviera allí.

—¿Qué? —pregunté con las manos en los bolsillos.
—¡Esa cazadora que llevas te queda muy bien!

Capítulo 4

GIULIETTA

Cerca de mi casa en Bournemouth, en la misma calle, hay una vieja mansión con un jardín salpicado de jazmines, unas pequeñas flores blancas, bonitas pero discretas, que solo desprenden su potente aroma por la noche. Cuando por las mañanas pasaba por delante para ir al instituto, jamás reparaba en ellas. Sin embargo, al caminar de vuelta a casa al final del día, su dulce fragancia me envolvía en la oscuridad y, aunque no pudiera verlas, entonces era consciente de su belleza.

Aquella noche cuando me despedí de Greco en la boca del metro, el recuerdo de aquellos jazmines me vino a la mente. Le conocía desde meses atrás, pero hasta aquella velada en casa de su adorable tía Mildred no había sido capaz de ver el encanto, la sensibilidad y el magnetismo que desprendía y del que estaba segura él no era consciente. Sin embargo, aunque soy de natural fantasiosa, sabía que Greco había estado enamorado de Iris el pasado verano, de mi pobre y difunta amiga Iris, así que me prohibí a mí misma dejarme llevar por sentimientos confusos que no conducirían a nada. Esa noche ambos habíamos descubierto el calor de nuestra mutua compañía, que podíamos contar con una verdadera amistad, y eso era regalo suficiente.

Busqué el disco «Velocífero» de Ladytron en mi iPod, uno de mis favoritos, y subí el volumen. Hay algo decididamente reconfortante en el hecho de moverte por una gran ciudad con tu propia banda sonora, como si fueras la protagonista de una película en la que solo tú puedes escuchar la voz en *off* del narrador. El vagón del metro estaba lleno de la fauna más variopinta. Londres un viernes por la noche. Gente tan diferente, con sus distintas creencias, afinidades y secretos compartiendo espacio. Pensé que habían hecho falta millones de años de evolución para llegar hasta ahí. Pensé que Londres y los londinenses son la cúspide de la civilización y yo estaba ahí, como uno más, y me sentí absurdamente feliz.

Me bajé en la parada de Angel, nombre raro pero precioso para una estación de metro. En la calle, los *pubs* estaban abarrotados, una imagen típica de los fines de semana por la noche. Fuera de algunos, había grupos apiñados en la puerta, chicos hablando con chicas, fumando, coqueteando y riendo. Siempre me ha llamado la atención cómo mis compatriotas se visten para salir de fiesta. Y digo mis compatriotas porque, cuando acompañaba a mi padre en alguno de sus frecuentes viajes al extranjero, comprobaba que las chicas de otros países no salen a la calle medio desnudas en pleno invierno. Aquí, en Gran Bretaña, mientras los chicos llevan gruesas

chaquetas y botas, ellas, la gran mayoría, lucen unos vestiditos que empiezan muy tarde y acaban muy pronto, muchas veces sin medias y siempre con taconazos. Curiosamente, cuanto más al norte del país, más extrema es esta tendencia.

Yo jamás llevo tacones, me siento ridícula sobre ellos, como si tratara de aparentar algo que no soy. Y tampoco uso sandalias porque no me gustan mis pies: son muy pequeños y con unos deditos ridículos, diminutos como los de una niña. Claro que como solo mido un metro con cincuenta y seis centímetros, muchas niñas son más altas que yo. En verano siempre calzo zapatillas New Balance y, el resto del año, botas Doc Martins: tengo siete pares de diferentes colores, aunque casi siempre me pongo las mismas, unas azules, a juego con mis ojos. Para mí, escoger la ropa que me pongo es un proceso largo y meditado. Cosa que mi madre no entiende. Según ella, siempre voy disfrazada de cuervo. Pero es que el negro es mi color, y no solo porque sea el de mi cabello. Vestir con al menos una prenda negra es para mí casi una superstición, no sé por qué, pero hace que me sienta protegida. Algo parecido me pasa con el maquillaje. Desde que cumplí los quince años jamás salgo de casa sin oscurecerme los párpados, pintarme las pestañas y los labios. El maquillaje es como una máscara que me ayuda a enfrentarme al mundo. Pero no son pinturas de guerra. Al igual que algunos animales tienen un pelaje o unas plumas que les ayudan a camuflarse con su entorno o asustar a posibles depredadores, yo me maquillo.

Mis tíos habían dejado encendido el farol de la entrada sobre la puerta. Debían estar dormidos, así que me descalcé y con las botas en las manos entré lentamente, procurando no hacer ruido. Subí los escalones sin encender ninguna luz. Al llegar a la habitación que compartía con mi prima, me pareció escuchar susurros en el interior. Abrí despacio. Martha no estaba en su cama ni en la mía. Sentí una corriente de aire frío y me giré. Una figura alto y negra estaba saliendo por la ventana con mi prima en brazos. Durante un segundo me asusté tanto que fui incapaz de reaccionar. Solo fue un segundo, pero no me lo perdonaré en la vida. Las botas se me cayeron al suelo. Antes de que pudiera pensar nada, aquel hombre encapuchado y mi prima desaparecieron en la noche. Entonces grité. Grité tanto que me dolió la garganta. Corrí hacia la ventana. Con una agilidad asombrosa, el hombre se descolgó por ella, se deslizó con una mano por una tubería y cayó perfectamente en la acera como un acróbata de circo portando a mi prima apretada contra él como si no pesara. Grité de nuevo pidiendo ayuda, pero la calle estaba desierta a esas horas. Corrí fuera de la habitación y me topé de bruces con mis tíos en pijama, alarmados por mis gritos.

—¡Un hombre se está llevando a Martha! —dije sin detenerme.

Bajé las escaleras y salí al exterior y corrí descalza hasta doblar la esquina y enfilear la calle lateral. En ese momento una furgoneta negra arrancaba a toda prisa y desaparecía calle abajo. Intenté mirar la matrícula, pero me fue imposible distinguirla en la oscuridad. Entonces sentí que se me aflojaban las piernas. Me dejé caer en el asfalto y rompí a llorar.

Cuando la policía llegó veinte minutos más tarde, mi tía estaba en pleno ataque de nervios, temblando y farfullando lamentos. Yo estaba sentada junto a ella en el sofá tomando una taza de té.

Mi tío Ernest respondió a las preguntas de un agente pelirrojo mientras otros dos buscaban huellas o alguna pista en el cuarto de Martha.

—Sí, estoy seguro que la ventana estaba cerrada —contestaba mi tío—. La cerré yo mismo cuando acosté a mi hija.

El policía cogió una de las sillas del comedor y la trajo frente a nosotros y se sentó apoyando los codos sobre los muslos.

—Su hija, Martha, es autista, ¿me equivoco?

Mi tía entonces dejó de sollozar y clavó la mirada en el policía.

—Sí. Sí lo es —respondió Ernest sorprendido.

—Supongo que han escuchado o han leído los secuestros de niños que se han producido estos últimos diez días. El caso que la prensa ha bautizado como «El flautista de Londres». Pues bien, todos los niños secuestrados son autistas. Es el único patrón que tienen en común.

—Pero... Pero en las noticias no decían nada de eso —protestó mi tío.

—En este tipo de casos se suele ocultar algunos detalles a la prensa para descartar a posibles sospechosos que podrían entorpecer o ralentizar la búsqueda.

—¿Cómo? —exclamó mi tía poniéndose en pie—. ¿Se da cuenta que si hubiéramos sabido que hay por ahí suelto un loco que secuestra niños autistas no habríamos dejado que nuestra hija durmiera sola?

—Cálmate, Clarice —dijo mi tío Ernest cogiéndole la mano.

—Lo siento, es el procedimiento habitual —se excusó el agente—. Imagino por lo que están pasando. Yo también tengo una hija pequeña.

—¿Qué se imagina por lo que estoy pasando? ¿Se lo imagina? —gritó mi tía Clarice.

—Escuchen: la buena noticia es que gracias a su sobrina ahora sabemos que los secuestradores emplean una furgoneta negra. Es un dato importante que desconocíamos. Como conocemos la hora exacta del secuestro, ahora mismo nuestros técnicos están accediendo a todas las cámaras de seguridad de la zona para intentar seguir el trayecto de la furgoneta hasta su escondite. Con suerte, mañana por la mañana podríamos tener una dirección.

Mi tía volvió a sentarse. Estiré la mano para intentar acariciarle la espalda, pero ella rechazó mi contacto con un gesto del hombro y me miró con los ojos muy abiertos, como si le sorprendiera que yo estuviera ahí.

Los otros policías aparecieron en el salón. El agente pelirrojo les miró y ellos negaron con la cabeza. No habían encontrado ninguna huella.

—En los otros casos no ha habido llamada pidiendo rescate, pero no podemos descartar que la haya en este, así que les ruego que uno de ustedes no abandone la casa en ningún momento.

—¿Esa es una buena señal? —preguntó mi tío—. Quiero decir, el que no haya habido llamadas pidiendo un rescate, ¿es eso una buena señal?

El policía pelirrojo se pasó la mano por el cabello, se puso la gorra y se levantó.

—No sé qué contestarle, señor. Nunca habíamos tenido un caso semejante. Siento no poder serles de más ayuda.

Luego se acercó a mí y me dijo:

—Mañana a las nueve en punto preséntate en la central de Scotland Yard y pregunta por el inspector Nayal. Él lleva este caso y querrá hacerte algunas preguntas. Puede incluso que nuestros dibujantes traten de hacer un perfil del sospechoso.

—No le pude ver la cara, llevaba una capucha —dije. Entonces me acordé—. Un momento.

Me levanté y corrí hasta la habitación de Martha. Revolví entre sus cosas y encontré su libreta de dibujo. Allí estaba, pintado con lápiz negro, la figura de un hombre alto y encapuchado. La arranqué y se la llevé al policía.

—Esto lo dibujó Martha —dije enseñándoselo—. Estaba dibujándolo ayer cuando llegué. El policía se puso tenso. Me miró. Luego miró a mis tíos.

—Eso significa que la estaba vigilando. Esto puede ser de gran ayuda —me dijo con una sonrisa que pretendía darme ánimos.

Los policías se despidieron y se marcharon, pero la tristeza se quedó. La ausencia de Martha llenaba toda la casa.

—Deberías tratar de dormir unas horas para estar fresca mañana en comisaría —me dijo mi tío.

Asentí. Di las buenas noches y me fui al cuarto de Martha. Me acerqué a la ventana. En algún lugar de la ciudad, mi prima estaba retenida por unos desalmados. Me tumbé en la cama de Martha con la ropa puesta. Su olor permanecía en la almohada. Rompí a llorar, pero me dije a mí misma que tenía que ser fuerte. No iba a quedarme de brazos cruzados esperando noticias. No sabía cómo, pero iba a encontrarla aunque tuviera que patear por todas las calles de la ciudad y por todos los garajes buscando una furgoneta negra. Y Greco me ayudaría. Sabía que podría contar con él. Y con ese pensamiento, me quedé dormida.

Me desperté con un sobresalto. Alguien acababa de gritar. Me incorporé y vi a mi tía Clarice junto a mí.

—¡Levántate de la cama de mi hija!

Obedecí, todavía aturdida por el sueño. La claridad de la mañana entraba por la ventana. En un gesto reflejo miré el reloj de la mesilla. Faltaban unos minutos para las ocho.

Mi tío Ernest apareció detrás de mi tía y la cogió por los hombros.

—Vamos, Clarice. No pagues tu disgusto con Giulietta.

Sin dejar de mirarme fijamente, mi tía le contestó.

—No la quiero aquí.

—Pero eso es muy injusto —protesté débilmente.

—Y que mi hija esté en manos de unos psicópatas, ¿es eso justo? Creo que eso me da derecho a ser todo lo injusta que quiera, ¿no te parece?

—Vamos, vamos, Clarice —dijo mi tío conduciéndola fuera de la habitación.

Sentí un arrebato de pura rabia. Tenía ganas de gritar. Yo quería a mi prima. Yo también estaba sufriendo. Noté como los ojos se me llenaban de lágrimas de nuevo.

—No se lo tengas en cuenta, Giulietta —dijo mi tío Ernest entrando en la habitación—. Todos estamos trastornados con... con todo esto. ¿Tienes algún sitio dónde quedarte? ¿Con alguna amiga? Creo que sería lo mejor, que cojas tus cosas y te las llesves contigo ahora que vas a Scotland Yard, ¿te parece? Prometo llamarte en cuanto sepamos algo.

Asentí en silencio. Me di una ducha rápida, me vestí, me maquillé y guardé el resto de mis cosas en la bolsa. Me la cargué al hombro y salí a la calle. Tío Ernest había llamado a un taxi que me esperaba en la puerta.

Al llegar a la central de Scotland Yard, me sorprendió el ambiente de oficina que reinaba. Algunos agentes vestidos de paisano atendían el teléfono en sus mesas, sorbían café o tecleaban en sus ordenadores. A pesar de lo duro que debía ser su trabajo, toda la escena tenía un aire de cotidianidad. Pregunté por el inspector Nayal y esperé sentada en recepción. Al cabo de unos pocos minutos apareció un hombre hindú de unos cuarenta años, muy delgado, vistiendo unos vaqueros, unas botas de *cowboy* y un suéter con rayas azules y grises con cuello de pico. Lucía

una larga y tupida barba negra. Estiró la mano hacia mí.

—¿Señorita Hamilton?

Asentí, me levanté y le estreché la mano.

—Acompañeme, si es tan amable.

El despacho del inspector Nayal era pequeño y desordenado. En la pared había un corcho que iba de pared a pared y que contenía notas escritas y fotos. Al ver un retrato de Martha clavado él con una chincheta se me encogió el corazón.

—Siéntese, por favor. ¿Le apetece un café?

—Te negro, si no es mucha molestia.

El inspector asomó la cabeza por la puerta y le pidió a alguien una taza de te negro. Luego se sentó al otro de la mesa y me miró fijamente, como si pudiera leer mis pensamientos. Abrió una pequeña carpeta que tenía frente a él.

—Señorita Hamilton, el pasado verano usted se vio involucrada en los incidentes de la Academia Fénix, en Escocia. Hubo varios muertos y al menos una decena de desaparecidos. Hábleme de eso.

Me quedé de piedra. Si el inspector Nayal me hubiera dicho que era un extraterrestre que había venido a la Tierra en busca de unicornios amarillos no me hubiera sorprendido más.

—¿Cree... cree que lo de la Fénix tiene algo que ver con el secuestro de mi prima?

—Yo no creo nada. Pero mi trabajo es contemplar todas las posibilidades.

Noté como me ponía rígida. Suspiré en un intento por relajarme. Una chica entró sin llamar a la puerta y dejó una taza de te delante de mí. Di las gracias.

—Mis padres me mandaron a la Academia Fénix el pasado verano. Es... Bueno, era una institución donde los padres ricos mandan a sus hijos problemáticos para que los reformen. Aislados del mundo exterior. Un castigo sofisticado. Allí me hice amiga de una chica llamada Iris y de un chico que se llama Greco. Los tres descubrimos que pasaba algo raro: a los alumnos que se portaban mal los mandaban a un edificio llamado la Torre Gris. Cuando los alumnos volvían, ya no eran los mismos. Allí dentro los cambiaban por una especie de clones.

Levanté la vista para ver la reacción del inspector. Pero, para mi sorpresa, el policía no me miraba como si estuviera loca al igual que habían hecho todos los demás adultos con los que había hablado de ello, en especial mis padres. Si el inspector Nayal pensaba en ese momento que yo estaba majara, lo disimulaba muy bien. Le di un trago al te antes de proseguir:

—Descubrimos que la directora del centro, *Miss Fury*, era una especie de animal mitológico que se alimentaba de los alumnos. Una noche Greco y yo fuimos a la Torre Gris para rescatar a Iris y matamos a *Miss Fury*.

—Pero no se encontró el cadáver —me interrumpió.

—Sé que no me creerá. Nadie nos creyó. Pero al matarla, el cuerpo de *Miss Fury* se convirtió en polvo.

El policía me miró otra vez con aquellos ojos que parecían un detector de mentiras.

—Le repito que lo que yo crea no es importante, señorita Hamilton. Lo único que me preocupa son las pruebas. Volviendo a su declaración de anoche, asegura que no pudo ver al secuestrador de su prima.

—No, iba encapuchado y la habitación estaba a oscuras.

—¿No se le ocurrió encender la luz?

Negué con la cabeza.

—Fue todo muy rápido.

—¿Cree que su prima se iría con un desconocido?

—¿Cómo? No lo sé. Martha es autista, en realidad no le gusta que la toquen sin pedir permiso. Ella... ella es una niña muy especial.

—Sé que esto es muy duro para usted, señorita Hamilton. Y quiero que entienda que nadie la está acusando de nada. Pero usted es la única testigo que tenemos en este caso. ¿Se fijó en el modelo de la furgoneta?

—No, ya se lo dije al agente. Solo vi una furgoneta negra, tenía, no sé, un aspecto muy común. No entiendo nada de coches, la verdad. Intenté ver la matrícula, pero estaba demasiado oscuro y demasiado lejos.

—Esta bien, lo comprendo. Creo que de momento con esto será suficiente. ¿O hay algo que le llamara especialmente la atención?

Tomé otro sorbo de té.

—No sé. Nada en particular... Bueno, sí, me sorprendió la agilidad con que ese hombre se descolgó por la ventana con mi prima en brazos y aterrizó en el suelo. Parecía un acróbata.

El inspector asintió y escribió algo entre sus notas. Luego me tendió una tarjeta.

—Llámeme si recuerda algún detalle más, por absurdo que le pueda parecer. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, por supuesto.

El inspector se puso en pie y yo hice lo mismo. Entonces sonó el teléfono. Nayal me hizo un gesto para que esperara y contestó:

—Bien, sí... —dijo con su interlocutor—. Sí... De acuerdo.

Colgó.

—Una cosa más, y es importante: afuera la están esperando los medios, los periodistas. La opinión pública no debe, bajo ningún concepto, saber que su prima y los demás niños secuestrados son autistas. ¿Entendido? Y no mencione tampoco lo de la furgoneta, aunque le pregunten acerca de ello. Es crucial mantenga silencio al respecto.

—De acuerdo.

Me despedí y me eché al hombro la bolsa con mi ropa.

Tal como me había avisado el inspector Nayal, un regimiento de periodistas me esperaba en la puerta. Antes de bajar las escaleras, ya me habían puesto una nube de micrófonos y cámaras delante.

—¿Cómo se siente, señorita Hamilton?

—¿Hay alguna novedad en el caso?

—¿Es cierto que usted pudo ver al Flautista cuando cogía a su prima?

—Señorita Hamilton...

—No tengo nada que decir, todo está en manos de Scotland Yard —dije imitando lo que había visto en tantas películas—. Por favor, les ruego que respeten nuestra intimidad estos en difíciles momentos.

Entonces vi un taxi que pasaba y corrí hasta y me lancé dentro.

—Bloomsbury Square, por favor —le dije al taxista.

Necesitaba un sitio donde quedarme. Y necesita hablar con Greco.

Capítulo 5

GRECO

Por más que me hubiera acostado casi a las dos y el ruido del salón se prolongara hasta más allá de las tres, a las diez menos cuarto de la mañana ya estaba despierto. En lugar de levantarme de inmediato y darme una ducha, me quedé pensando. Estiré piernas y brazos, crucé las manos tras la nuca y, sin que yo lo buscara, a mi pensamiento acudió la imagen de Giulietta descendiendo las escaleras del metro, girándose para buscar mi mirada y elogiar mi cazadora.

Era un bonito recuerdo de un bonito día. Disfruté de ese instante de soledad al despertar después de mi cumpleaños. Una certeza me vino a la mente: era un privilegiado. Era feliz en Londres. Fue una sensación fugaz, pero muy llena. Creo que entendí a tía Mildred, cuando dice que la vida es grande por culpa de los detalles más pequeños.

La verdad es que había sido el mejor cumpleaños de los últimos años. Nunca podría borrar de mi memoria la emoción de ver el salón lleno de gente pasándolo bien por mi culpa.

Saber que Giu estaría en Londres unos días más me hacía sentir mejor. Su presencia me transfería confianza en ella y, paralelamente, también en mí mismo. Con ella podía hablar de cualquier cosa. No había nada que tuviera necesidad de esconderle.

Salí de la cama y pisé tierra firme. Para no despertar a tía Mildred caminé a la ducha muy despacio y descalzo, atravesando el pasillo con lentos movimientos y sin hacer nada de ruido.

—¿Por qué caminas como Gregorio Samsa, pequeño Greco?

Una voz conocida me obligó a detenerme. Oh, no, tía Mildred ya estaba despierta, y vestida, y duchada. Me giré para verla apoyada en el quicio de la puerta de la cocina, mareando su café con una cucharilla. Tenía el pelo mojado.

—Era por miedo a despertarte.

—Me quedo más tranquila, por un segundo pensé que mi sobrino se había despertado convertido en escarabajo y que tendría que llevarle al Hellesdon Hospital.

—¿A quién te refieres?

—Oh, nada, un personaje literario muy sensible. Por suerte tú eres más fuerte, ¿vas a nadar?

—Sí, claro.

—Pues cuando salgas te espero en esta dirección: BEWERS Green, numero tres, en Buckingham Gate, restaurante Tapster. Nos merecemos un *Brunch*, ¿te parece?

—Claro, tía Mildred, pero tendremos que recoger, ¿no?

—¿Recoger? Oh, Greco, ordenar la casa después de una fiesta es un trabajo que se puede hacer de dos maneras: con mala cara, en pijama, desganado y a regañadientes, o con buena música, fresco y después de una hora de natación... así es como lo he hecho yo esta mañana mientras tú dabas vueltas en la cama tratando de adivinar el futuro como un vidente.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que has ido a nadar?

—Es lo mejor que he podido hacer. A las ocho estaba allí, toda la piscina para mí. Si sigo este ritmo, a final de año, habré ido cinco veces... ya te dije que yo solo uso el gimnasio en casos extremos y verdaderamente necesarios. Y luego he limpiado el salón y la cocina escuchando Nocturnos de Chopin. Estas fiestas de ahora son más fáciles de recoger que las de antes, al menos hemos aprendido a concentrarnos en un mismo espacio. Eso sí, la basura te la he dejado para ti. Hay tres grandes bolsas en la cocina. Espero que sigas durmiendo tanto muchos años, querido sobrino. El primer síntoma de que te haces mayor, es que no duermes igual después de una fiesta...

Me arrepentí de haber estado despierto en la cama y no haber colaborado.

—Antes de que se me olvide, tía Mildred: muchas gracias. Lo pasé muy bien.

—¿Gracias? En todo caso gracias a ti por cumplir años.

—Me cayeron muy bien tus amigos.

—No están mal.

—Yo no tengo amigos así.

—Ya los tendrás, eso viene solo... Y además tienes a ese encanto llamado Giulietta.

—Sí, pero...

—Ya los vas a tener porque los vas a necesitar. Tener amigos es como respirar, como comer. Siempre habrá algo que no podrás hacer solo, como por ejemplo reírte, y la propia vida te los irá presentando, tú los irás escogiendo y de ti dependerá conservarlos. El que no tiene amigos se queda solo y desaparece. La soledad es una enfermedad muy grave de nuestro siglo y hay que evitarla como sea. Entre las cosas que olvidó hacer Tony Blair fue un ministerio de la soledad; pero haz el favor de ducharte, Greco, que vas a coger frío y tu madre me dirás que te constipas por mi culpa.

Salí de la ducha y me asomé a la ventana de mi cuarto para comprobar qué tiempo hacía. Estaba nublado y parecía que iba a llover de un momento a otro. Nada fuera de lo común.

Guardé en el bolsillo una barrita de cereales y me despedí de tía Mildred. Cogí dos de las tres bolsas de basura. En el momento en que abría la puerta, sonó el timbre.

—¡Contesta tú, por favor! —me gritó tía Mildred desde un rincón lejano.

¿Quién sería un domingo a las diez y media? Respondí convencido de abrir a los siempre inoportunos *hare krisnas*.

—¿Quién es?

—Greco, lo siento, soy yo —habló una voz quebrada y temblorosa, que identifiqué al instante.

Abrí inmediatamente. Giulietta tardó en subir las escaleras. Antes de que pisara el rellano percibí que traía equipaje. Una sombra negra barnizaba sus ojos, como si el maquillaje se le hubiera corrido al llorar y le oscureciera la piel. Estaba agotada.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Greco —resopló y dejó caer al suelo la bolsa—. Greco, ha pasado algo terrible.

—¿Giu, qué pasa? Me estás asustando —yo también dejé mi bolsa en el suelo, junto a la suya y las de la basura.

—Vengo de comisaría. Mi prima Martha ha sido secuestrada. No sé qué hacer.

—¿Qué...?

—¡Hola preciosa! —Apareció tía Mildred, que al verle la cara cambió su tono de voz—. ¿Qué te pasa en los ojos, pequeña?

—Mi prima Martha, ha desaparecido.

—¿Cómo?, ¿tu prima? Ven, vamos, ven aquí, cuéntanos qué ha pasado.

Tía Mildred hizo lo que yo no me había atrevido. Le dio cobijo entre sus brazos. Sin mirarme me dijo:

—Prepara té, querido.

Obedecí a mi tía y mientras se calentaba el agua regresé al salón, donde todavía reinaba el aroma cítrico de un producto de limpieza. Mi tía cerró las ventanas. Giulietta, sorprendida de que ya no hubiera restos de la fiesta, se sentó en el sofá y contó lo ocurrido. Lo hacía despacio, como si contara algo que en realidad no hubiera llegado a suceder y solo fuera una pesadilla. Yo no podía creer que viniera de la comisaría, y que sus tíos se la hubieran quitado de encima. Ahora entendía el cansancio que se dibujaba en su rostro y su manera de andar. Los ojos de Giulietta eran la viva expresión del desánimo, de la impotencia. Tragaba saliva y gesticulaba sin fuerzas. Sentí que su sufrimiento era el mío al verla así.

Además, le costaba mantenerse serena. Daba la impresión de que podía derrumbarse por menos de nada. Pero yo sabía que no iba a desmayarse y que no lloraría. Y no lo hizo. Eso sí, las palabras empezaron a pesarle cuando explicaba lo destrozados que estaban sus tíos y cómo había reaccionado su tía contra ella. Tía Mildred frunció el ceño y dijo:

—¿Pero cómo es posible?

—No lo he entendido, Mildred, de veras. Mis tíos siempre han sido muy buenos conmigo.

—Lo imagino... No le des mayor importancia —dijo mi tía—. Es un momento muy delicado, ha desaparecido su hija, hasta cierto punto es normal. Tenemos que hacer algo... Hay que encontrarla. El otro día en la tele se habló de un caso parecido, si mal no recuerdo, hablaron de «El flautista de Hamelin» o algo así.

—Ese ha sido el secuestrador, según la policía ese es el sospechoso.

—No lo puedo creer, ¿y lo viste?

—Sí.

—¿Y cómo se ha portado la policía?

Giu se encogió de hombros. Mi tía añadió:

—Oh, pobre, estás agotada.

Al oír que silbaba la tetera me alejé a la cocina. Traje la taza de te negro y cuando se la entregué Giulietta me dijo gracias con una sonrisa. Me senté al lado de mi tía. Giu nos miró a los dos y añadió como si se excusara:

—He tenido que traer mis cosas.

Entonces tía Mildred captó su súplica y pareció indignarse:

—Pero por favor, Giulietta, me parece muy bien que hayas traído tus cosas. Ya te dije que esta es tu casa, puedes quedarte lo que necesites. Es más, debes quedarte. Yo en tu lugar me quedaría... Aunque a lo mejor echas de menos a tus padres, si quieres puedo llamarles.

—¡No! —se apresuró a decir Giu—. Es mejor que no, y no los echaré de menos. Nunca los he echado menos. En realidad, desde pequeña soy hija de padres de fin de semana, así que estoy acostumbrada.

—Perfecto entonces, como tú quieras. Ahora Greco va al gimnasio y yo te ayudo a instalarte.

—No, no voy —dije convencido.

—¿No? —se sorprendió tía Mildred.

—No, prefiero quedarme.

Me puse en pie y recogí mi bolsa con intención de devolverla a la habitación. Giulietta soplabla la taza antes de sorber. Quise coger esa taza entre las manos, las tenía frías. No pensaba separarme de Giu.

—Está bien, pues enséñale a tu amiga su cuarto.

Giu bebió y debió de sentir el té excesivamente caliente, porque desplazó una mano a la altura de la traquea en señal de molestia. Luego dejó la taza sobre la mesa y se levantó. Me hice cargo de su bolsa.

—¡La de la música, la del fondo, donde están los discos de vinilo y los platos antiguos!, ¿sabes cuál te digo, Greco? —Escuché que gritaba tía Mildred cuando Giu y yo ya estábamos pasillo adentro.

—¡Sí!

Era la habitación donde mi tía, cuando era más joven y compartía la casa con varios amigos, solía escuchar música. Aquí se encerraba sola o acompañada cuando le apetecía desconectar. La llamaba la habitación de la música. Había una cama pequeña, un sofá, unas estanterías repletas de vinilos, dos platos, dos auriculares antiguos, por cuyo aspecto prometían pesar como la cabeza de un jabalí y unos cuantos posters con fechas de conciertos: Sex Pistols, The Stranglers, New York Dolls y otro, el que más me gustaba, de Johnny Thunders and the Heartbreakers que anunciaba actuación en el Marquee. Era muy acogedora, una habitación en la que el tiempo bien podría pasar desapercibido.

—Puedes usar este armario —le dije abriendo una puerta.

—Muchas gracias, Greco. Ayer me fui y no sabía seguro si te volvería a ver y ahora...

—Me alegro mucho de que hayas venido, Giu. Vamos a encontrar a tu prima. Espero que lo tengas igual de claro que yo.

—Gracias, Greco. Eres la primera persona a la que pensé en acudir.

—¿Cómo era ese policía?

—Era un señor hindú. No parecía policía porque vestía de paisano, llevaba botas de *cowboy*.

—Tienes mala cara. Necesitas descansar.

—Tú no, estás guapo, se nota que has dormido bien.

Giu sonrió esperando consuelo, pero no supe cómo dárselo.

—Era él, Greco, era el hombre del que hablan en la tele, alto, corpulento, con capa.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Pero ¿lo viste?

—Claro, con mis propios ojos.

—¿A qué distancia?

Giulietta dio unos pasos atrás en la estancia, miraba el suelo, se desplazó a la izquierda, luego

levantó la vista y dijo:

—Como de ti a mí.

—Eso no es nada.

—Ya te digo que lo tuve delante. Pero era muy rápido, saltó por la ventana como una salamandra, con Martha en brazos. Cuando llegué, ya no estaba. Se escurrió.

—¿Y Martha no se quejaba, no lloraba, no le resultaba extraño?

—¡No! Greco, y eso es lo peor, me dio la sensación de que estaba contenta, encantada de irse de allí. Pero fue todo muy rápido.

—No lo entiendo.

—Y eso no es todo: Martha había hecho un dibujo de él el día anterior. Como si fuera el retrato de un amigo, como si lo conociera.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—¿Dónde está ese dibujo?

—Se lo entregué a un policía, ¿qué iba a hacer?

—Eso es...

—Chicos, son las once y cuarto —apareció tía Mildred y me cortó la frase—. ¿Qué os parece si vamos a dar un paseo y le compramos algo de ropa para Giulietta? Y después de comer, volvemos y así podrás descansar un poco... ¿O prefieres descansar ahora?

—No, prefiero salir, el aire fresco me sentará bien. Pero necesito unos minutos para recomponerme.

—En ese caso se anula el *brunch*. Os voy a llevar al mercado de Camden para que miréis trapos y luego os voy llevar a un puesto de comida china que me encanta. Los platos son algo grasientos, debo admitirlo, pero deliciosos. Pero ahora tómate tu tiempo. En cuanto termines de instalarte venís al salón. Quiero escuchar las noticias. Y luego quiero que me lo cuentes todo de nuevo, desde el principio.

Giulietta asintió. Rebuscó en su bolsa y sacó el neceser con maquillaje. Entendí que era el momento de retirarme.

Una vez en el salón tía Mildred encendió la televisión esperando noticias.

Yo prendí el iMac de mi tía y me conecté a Firefox. Cuando Giulietta se unió a nosotros, le dije:

—Relátame la entrevista con ese tal Nayal, quiero saberlo todo. Vamos a ponernos las pilas, Giu. Vamos a encontrar a tu prima.

Giulietta me contó todo de nuevo. Yo tecleé «Flautista de Londres» en Google ya parecieron cuantiosas notas de prensa. Todos los periódicos de tirada nacional y digitales hacían eco del caso. El de Martha era el sexto secuestro en apenas dos semanas y el asunto estaba sacudiendo emocionalmente a la población.

—¿Sabéis cuál era el lema de nuestra generación? —preguntó mi tía mientras cambiaba de canal buscando los informativos de veinticuatro horas—. Hazlo tú mismo. *Do it yourself*. Es la gran herencia que dejamos los punks. Hazlo tú mismo. Y eso es lo que vamos a hacer.

Por lo pronto descubrimos que todos los secuestros estaban teniendo lugar en Londres, pero en sitios muy distintos y separados, en barrios que no tenían nada que ver unos con otros.

—Hay otra cosa que no os he dicho. Y que el inspector me ha prohibido sacar a la luz

pública.

—¿Qué? —preguntamos mi tía y yo a la vez.

—Mi prima es autista, y los otros cinco niños secuestrados, también.

Tía Mildred dejó el mando a distancia y reflexionó en silencio. Yo miré a Giu, sorprendido, y repetí para mi «seis niños autistas».

—¡Aquí está, chicos!

Inmediatamente Giulietta y yo clavamos la vista en la pantalla.

«Una vez más, y ya van seis en lo que va de mes, la ciudad de Londres ha despertado alarmada por la desaparición de otra niña, en este caso llamada Martha». En la pantalla declamaba la misma corresponsal de la vez anterior. Sujetaba un micrófono ante las dependencias de Scotland Yard: «... mantiene secreto de sumario pero todo indica que el secuestrador es el mismo, el ya conocido como Flautista de Londres. En esta ocasión ninguna cámara ha podido grabar ningún acontecimiento relacionado con el secuestro, pero sí que hubo testigos presenciales que pueden aportar datos y ayudar a esclarecer un caso que está poniendo todas las alarmas en los sistemas de seguridad del estado. Las autoridades están convencidas de que es el momento de movilizarse sin restricciones. El inspector Nayal sostiene al respecto que desde Scotland Yard y desde los altos organismos institucionales se está haciendo un esfuerzo extraordinario debido a las características de este caso.

La prima de Martha, Giulietta Hamilton, natural de Bournemouth, de 16 años de edad, que se encontraba visitando a sus familiares en Londres, pudo ser testigo del secuestro cuando llegó a casa a las once y cuarenta y siete minutos de la noche y presencié la huida del delincuente. Giulietta Hamilton ha declarado esta misma mañana en comisaría. Sin embargo, la joven, a la salida, no ha querido hacer declaraciones. Estas han sido sus apreciaciones:

»No tengo nada que decir, todo está en manos de Scotland Yard. Por favor, les ruego que respeten nuestra intimidad en difíciles momentos», decía Giulietta en televisión mientras mi tía, ella y yo mirábamos boquiabiertos la escena.

Me di cuenta entonces de que era la mano de Giu la que apretaba la mía desde hacía rato.

Capítulo 6

GIULIETTA

Mis recuerdos de aquella tarde de domingo son algo difusos. Mi cuerpo se movía como un autómatas mientras mi mente estaba en otra parte. Además, tengo la impresión de que pasé todo el tiempo hablando por teléfono.

Tía Mildred y Greco me llevaron al mercado de Portobello. Ambos se mostraban atentos conmigo y parecían tener entre ellos el tácito acuerdo de mantenerme entretenida para que no pensara en Martha. En esa tarea tía Mildred se desenvolvía mucho mejor que su sobrino: mientras ella iba hilvanando con gracia una tras otra anécdotas relacionadas con un puesto de venta de bisutería, con una camiseta, con un cuadro o un grupo de música, Greco sonreía forzado pegado a mí como si temiera que me fuera a desmayar o a perderme entre aquel hormiguero humano.

Antes de la hora de comer ya me había comprado un par de camisetas (una a rayas azules y amarillas y otra de Misfits, la serie de televisión, no el grupo), unos vaqueros, un vestido negro de lana hasta las rodillas, un jersey de cuello vuelto, calcetines a rayas, medias y ropa interior para una semana. Podría haber cogido el tren hasta Bournemouth y haber vuelto con una maleta llena de ropa en menos de seis horas; pero no me apetecía estar sola ni alejarme de la ciudad por si había noticias de mi prima.

Mientras comíamos en el puesto elegido por Mildred, sonó el teléfono. Era mi padre. Estaba en Barcelona cerrando el traspaso de no sé qué jugador de fútbol. Me dijo que había hablado con su hermano, el tío Ernest, y que estaba al tanto de la situación. Así lo llamó, «la situación». Me preguntó si necesitaba dinero, pero no me preguntó cómo me sentía. Luego me dijo que si quería podía quedarme en su piso de Chelsea, que Patricia, su novia, me acogería encantada. Lo más triste es que esa posibilidad no se me había pasado por la cabeza en ningún momento. En el instante en que me había visto obligada a buscar refugio, la casa de tía Mildred había sido mi primera y única opción.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, al poco de colgar llamó mi madre. Había ido a la Biennale de Florencia y había decidido quedarse allí a pasar unos días. Dijo estar «horriblemente apesadumbrada por la noticia» y luego me preguntó si necesitaba dinero. También le contesté que no. Tuve ganas de añadir que lo que necesitaba era una madre, pero me pareció demasiado melodramático e incluso algo cruel. Mis padres hacía tiempo que habían decidido tratarme como

a una adulta y yo lo había aceptado de buena gana sin ser consciente de las consecuencias. El problema es que no lo era, yo no era una adulta aún, solo lo fingía. Y a pesar de toda la libertad que tenía, hubiera renunciado a ella felizmente con tal de sentir que ellos se preocupaban por mí.

Después de colgar me disculpé con Greco y tía Mildred. Necesitaba hacer una llamada.

—¿Hola?

—Hola, ¿está *Mrs. O'Connor*? —pregunté con voz temblorosa.

—Yo misma, ¿quién es?

—Lauren, soy yo, Giu, Giuletta.

—¡Cariño! No te había reconocido la voz. Ya tienes voz de señorita. ¿Cómo estás, preciosa?

Como toda respuesta, rompí a llorar. Lauren O'Connor, irlandesa de Dublín, católica del Papa y temerosa de los fantasmas, como ella misma se definía, me había cuidado desde que nació hasta que cumplí los trece años. Ella me había despertado cada mañana, me había preparado el desayuno, me había vestido y llevado al colegio, me había recogido, me había preparado la comida, me había bañado, se había quedado conmigo cuando estaba enferma e incluso, cuando mis padres se divorciaron, me acogió varias Navidades en su casa con su familia. En pocas palabras, ella me había criado, con mucha paciencia, mucho cariño y muchas historias de fantasmas, demonios, banshees y todo tipo de criaturas fantásticas que pueblan el rico folclore irlandés. Hasta que un día, aprovechando que *Mrs. O'Connor* estaba perdiendo la vista y tenía problemas para manejarse como antes, decidieron que yo ya era mayor para tener «niñera» y la despidieron a pesar de mis protestas. Como si yo fuera el único lastre que la ataba a Bournemouth, Lauren y su familia regresaron a Dublín. Y desde entonces no la había visto, aunque nos llamábamos ocasionalmente, cada vez con menos frecuencia.

—Mi niña, ¿están llorando? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Le conté lo que había sucedido con mi prima, cómo me sentía, mis miedos, mi angustia, cómo la echaba de menos. Ella me escuchó como acostumbraba, dándole importancia a mis palabras, leyendo entre líneas, ofreciéndome su apoyo incondicional y animándome a que fuera a visitarla si lo necesitaba. Rechacé su oferta y antes de colgar le prometí mantenerla informada y que, cuando todo se resolviera, iría a verla.

Ya de vuelta a Bloomsbury Square, me disculpé ante mis anfitriones y me encerré en mi nuevo cuarto. Desde la ventana podía ver un lateral del Museo Británico. Saqué toda la ropa que había comprado de las bolsas y la guardé en el armario. Me senté en la cama y con el portátil sobre las piernas busqué en las páginas webs de los periódicos por si había alguna noticia de última hora del infame «Flautista»; sin resultado. Finalmente me quedé dormida, un sueño pesado del que me desperté un par de horas después cuando sonó de nuevo el timbre de mi teléfono. Al ver en la pantalla el nombre de mi tío Ernest me puse muy nerviosa y de un salto salí de la cama. No había noticias de la policía. A pesar de tener la pista de las cámaras, al parecer en algún momento habían perdido el rastro de la furgoneta negra.

—Un hombre ha llamado preguntando por ti —me informó tío Ernest.

—¿Un hombre? ¿Quién? —pregunté, curiosa.

—Un librero, un tal *Mr. Blacksmith*. Me ha dado un número de teléfono para que le llames. Dice que necesita hablar contigo, que es importante. ¿Tienes para apuntar?

Extrañada, anoté el número. ¿Quién sería ese tal *Blacksmith* y para qué querría hablar conmigo?

Mientras dudaba si telefonarle ya o esperarme al día siguiente, Greco me llamó para que bajara a cenar. Tía Mildred había preparado puré de guisantes acompañado de arroz al *curry* y grandes vasos de coca-cola.

—El *curry* hace que la coca-cola me sepa mejor —anunció Mildred con una enorme sonrisa. El olor me despertó el apetito y reparé en que apenas había comido en todo el día.

—Escoge un disco para cenar —me pidió Mildred.

—Cada noche uno escoge un disco —me explicó Greco—. Es una de las pocas reglas de la casa, cenar con música.

Rebusqué entre la impresionante colección de vinilos y me decanté por el primer disco de The Housemartins. Necesitaba algo que me animara.

—Excelente elección, jovencita —aplaudió Mildred.

Mientras dábamos cuenta de la cena, Mildred nos contó que muchos años atrás había ido a Liverpool con unas amigas para ver un concierto de los Housemartins y que había terminado emborrachándose con el bajista, que luego se convertiría, tras la disolución del grupo, en el famoso Fatboy Slim. Por sus palabras se deducía que entre ellos había habido algo más que unas cervezas, ¡menuda pieza tenía que haber sido la buena de Mildred! Me hubiera encantado conocerla en aquella época. Pero lo que más me gustaba de ella es que no nos hablaba como los adultos suelen hablar a los adolescentes, terminando cada historia con una moraleja, tratando de aleccionarnos. Aunque era evidente que ella era la dueña de la casa y la encargada de mantener el orden, nos trataba como iguales, con respeto, y eso hacía que tuviera ganas de estar a su altura.

Cuando terminamos, recogí los platos y los llevé a la cocina para lavarlos.

—Dame —pidió Mildred—. Yo lavo y tú secas, ¿de acuerdo?

Aquello tan simple me pareció de repente extraordinario. En mi casa teníamos lavaplatos, así que nunca había tenido que lavarlos con mi madre, y en ese momento pensé que me había perdido algo importante.

Como si me leyera la mente, Mildred dijo:

—Ya sé que mucha gente usa lavaplatos, pero a mí me gusta lavarlos a mano. Me relaja. Es como una actividad zen para mí.

—*Mrs. O'Connor*, la mujer que solía cuidarme cuando era niña, decía que le relajaba planchar —recordé—. Pero yo reconozco que soy muy vaga para las cosas de casa.

Tía Mildred rio. Su risa franca y contagiosa. Luego añadió:

—La naturaleza es sabia, ¿sabes?

La miré sorprendida: no sabía a qué se refería.

—Cuando era joven, yo era... bueno, era una «cabeza loca» —continuó—. Si entonces me hubiera quedado embarazada, seguramente habría sido una madre horrible. Pero, como te digo, la naturaleza es sabia y fue generosa conmigo al no dejarme tener hijos. Pero ahora que ya he superado la mitad de mi vida y tengo estabilidad suficiente, me está permitiendo disfrutar de la compañía de mi sobrino. Y, bueno, contigo ahora aquí, aunque sea por culpa de una noticia desgraciada, me siento muy feliz.

La miré emocionada, sin saber qué decir.

—Lo que trato de decir es que entiendo lo duro que es para ti todo lo que está pasando, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo y con Greco y quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras, incluso cuando lo de tu prima se haya arreglado, ¿de acuerdo?

Sin saber qué responder ante esa asombrosa muestra de cariño y generosidad, me abracé a ella con fuerza y por primera vez en mucho tiempo sentí que estaba en casa.

A la mañana siguiente me desperté tarde. Cuando salía de la ducha, Greco volvía del gimnasio. Tía Mildred no estaba en casa, así que desayunamos juntos los dos solos. Le conté lo de la llamada del tal *Mr. Blacksmith* y decidimos telefonarle. Puse el móvil en manos libres. Al cabo de un par de tonos, contestó una voz de hombre con un fuerte acento norteno:

—Hola, buenos días, librería Pendragon, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, mi nombre es Giuletta Hamilton y ayer...

—Señorita Hamilton —me interrumpió—. Mi nombre es Milton Blacksmith y quería decirle que lamento el infortunio que está pasando y añadir que creo que tengo una pista acerca de su prima.

Lo dijo así, del tirón y empleando un tono de lo más pomposo. Greco y yo nos miramos sorprendidos.

—Ah, ¿y de qué se trata? —acerté a preguntar.

—Es francamente complicado de explicar por teléfono. Debería venir por aquí, a mi librería, para que pueda mostrárselo. No me cabe la menor duda de que será de su interés. Me encuentro en Cecil Court.

Greco asintió con la cabeza, parecía conocer la calle.

—De acuerdo —contesté—. Voy para allá.

—Podemos ir caminando —dijo Greco cuando colgué—. No está lejos de aquí.

—Tendría que haberle preguntado por qué no había hablado con la policía, ¿no? Si tiene una pista, es lo lógico.

—Quizá ya lo ha hecho —dijo Greco—. A no ser que sea un periodista en busca de una primicia. Pero no creo, sería raro que te citara en una librería. Cecil Court es una pequeña calle peatonal donde todos los negocios son librerías antiguas o especializadas.

Subí a mi cuarto a vestirme y maquillarme. Me puse el vestido de lana que me había comprado el día anterior: estrenar ropa hace que el día que empieza sea menos duro.

Greco y yo caminamos hasta Cecil Court. Las calles del centro estaban engalanadas con adornos navideños y la gente iba de un lado a otro cargada con bolsas de compras, especialmente los turistas.

Al llegar a la librería Pendragon, miramos por el escaparate antes de entrar. Era un establecimiento especializado en libros antiguos y grabados. En el interior, al fondo, vi a un hombrecillo que me sonreía.

Una campana sobre la puerta sonó anunciando nuestra llegada. *Mr. Blacksmith* salió de detrás del mostrador a recibirnos. Era bajito, apenas un poco más alto que yo, con entradas pronunciadas que daban paso a una cabellera rala y larga hasta los hombros de un pelirrojo apagado que le otorgaba un aire decididamente excéntrico. Llevaba unas gafas redondas de montura de metal que se le caían hasta la punta de la nariz e iba vestido con un traje marrón de tres piezas, camisa a cuadros azules y marrones y una pajarita *beige*. Al caminar cojeaba ligeramente apoyado en un bastón blanco con empuñadura de metal y no pude evitar fijarme en que calzaba unos náuticos, algo inusual para mediados de diciembre. Era de esas personas a las que no podrías adivinar la edad aunque la vida te fuera en ello: tanto podría tener cuarenta y cinco años como pasar de los sesenta.

—Señorita Hamilton, veo que viene acompañada.

—Mi nombre es Greco, encantado —dijo mi amigo ofreciéndole la mano.

—¿Greco? —repitió *Mr. Blacksmith* como si el nombre le resultara familiar.

—¿Y bien? —pregunté—. Disculpe que vaya directa al grano, pero le confieso que su llamada nos ha dejado intrigados. ¿De qué información se trata?

—Por supuesto, ya me imagino su desconcierto —contestó al tiempo que le daba la vuelta al cartelito de «abierto» que había colgado en la puerta—. Así no nos molestara nadie —dijo sonriendo.

Había en su forma de hablar y de gesticular un aire antiguo, de una educación casi reverencial.

Regresó al mostrador y nosotros le seguimos.

—¿Les suena el nombre de William Willoughby? —nos preguntó.

Greco y yo nos miramos y nos encogimos de hombros.

—¿Debería sonarnos? —preguntó Greco.

Mr. Blacksmith sonrió. Luego trazó un arco con el brazo como señalando las estanterías de libros antiguos que abarrotaban su negocio y continuó:

—Como pueden ver, me dedico a la compra y venta de libros raros, difíciles de encontrar, incunables, en su gran mayoría relacionados con la mitología o con las leyendas artúricas... A menudo, cuando algún erudito fallece, sus deudos me llaman para que vaya a tasar sus librerías. Si encuentro algo que me interesa, suelo hacerles una oferta y quedármelos para luego venderlos. Recientemente adquirí una remesa de libros entre los cuales encontré un diario manuscrito. Esto no es ni de lejos nada habitual. Sin embargo, no era un diario del difunto, sino de un personaje que gozó de cierta notoriedad en círculos esotéricos allá por la década de los setenta. Por supuesto, estoy hablando de William Willoughby —el librero hizo una pausa dramática y nos miró a los dos como asegurándose de que seguíamos el hilo de su explicación—. Por aquella época, Willoughby era el relojero jefe de nada menos que el Big Ben, pero sus intereses iban más allá de la relojería. Solía recorrer el mundo en busca de reliquias y objetos... digamos mágicos. Se dice que incluso llegó a poseer una calavera de cristal de origen maya.

Aunque aquello sonaba tan extraño como interesante, no acababa de ver qué relación podía tener con mi prima Martha y comencé a impacientarme:

—*Mr. Blacksmith*, no quiero parecer maleducada, pero no veo adónde quiere ir a parar.

—Le ruego solo un poco de su paciencia —dijo él con una sonrisa amable—. Pronto encontrará relación con su... problema. Pero antes debo ponerles en antecedentes para que entiendan la magnitud del asunto.

—De acuerdo.

—Bien. Al leer el diario de Willoughby me sorprendió una entrada en la que relataba un viaje a Grecia. Según anotó de su puño y letra, en una pequeña tienda de antigüedades de Tesalónica encontró las piezas de un extraño artefacto con complicados engranajes de metal, que intuyó era muy antiguo por los grabados que tenía. A pesar de no saber muy bien de qué se trataba, compró esas piezas llevado por una intuición y se las trajo a Londres. Aquel artefacto se convirtió en una obsesión para él y empezó a limpiarlo y arreglarlo en virtud de su habilidad como relojero. Después de semanas de trabajo e investigación, Willoughby hizo no solo el mayor descubrimiento de su vida, sino uno de los más importantes de la historia de la humanidad: aquel

artefacto no era otra cosa que la mitológica Caja de Pandora.

—Un momento, un momento —le interrumpió Greco—. ¿Esto es una broma? Porque si lo es no tiene ninguna gracia.

—En absoluto —se limitó a responder el librero con el semblante serio—, no tengo costumbre de bromear.

—¿Nos está diciendo que ese tal Willoughby encontró la caja de Pandora? ¿Un recipiente que según las leyendas contiene todos los males de la humanidad?

—Eso es. Aunque los expertos no se ponen de acuerdo en qué es exactamente eso de «todos los males de la humanidad». Sin embargo, y siempre según su diario, Willoughby descubrió que esa caja era en realidad una especie de cerradura que abriría un portal a otra dimensión, cuya apertura desataría algo así como el infierno sobre la Tierra. En otras palabras, el fin del mundo.

Greco y yo intercambiamos una mirada de asombro. No sabía que decir.

—Entiendo su incredulidad —continuó diciendo *Mr. Blacksmith*—. Pero si he acudido a ustedes es porque, después de su experiencia en la Academia Fénix, confiaba en que serían capaces de creer en lo imposible.

Al escucharle mencionar la Fénix, instintivamente di un paso hacia atrás, todo mi cuerpo se puso en tensión.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabe eso? —pregunté.

—Salió en los periódicos —dijo él—. Por otro lado, señorita Hamilton, además de lo que podríamos llamar la gente normal, es decir, esa mayoría de gente que cree que los monstruos y lo sobrenatural son solo cuentos para niños, existe una pequeña pero nutrida minoría de personas que sabe que lo fantástico convive entre nosotros. Y entre esa pequeña comunidad en la que me incluyo, lo que ustedes dos hicieron el pasado verano no pasó desapercibido. Por eso, al verla ayer en las noticias, supe que usted podría entender lo que está pasando y que quizá yo podría ayudarla. Y al aparecer aquí con su amigo Greco, ya no me cabe duda de que el destino nos ha reunido para desentrañar este misterio.

—Buf, creo que me vendría muy bien una taza de te —dijo Greco.

—Por supuesto, discúlpenme. No sé en qué estaba pensando —dijo el librero al tiempo que cogió una vieja tetera y se marchaba a las trastienda.

Greco y yo nos miramos en silencio sin saber qué decir. Aquello sobrepasaba cualquier cosa que pudiéramos esperar. Por un lado, incluso resultaba consolador que un adulto conociera la historia de la Fénix y que la creyera, que no pensara que estábamos locos; por otro lado, al mismo tiempo resultaba de lo más inquietante.

—¿Qué opinas? —le pregunté a Greco en un susurro.

—Estoy fuera de juego —contestó—. Demasiada información. ¿Qué es eso de qué «hay gente para quienes no paso desapercibido lo que ustedes hicieron el pasado verano»? ¿Y qué tiene eso que ver con Martha?

El librero regresó portando una bandeja con tres tazas humeantes. Intenté tratar de atar cabos.

—Vamos a ver, *Mr. Blackwell*, ¿me está diciendo que ese tal Willoughby, la caja de Pandora y la desaparición de mi prima están relacionadas de alguna manera?

—Exactamente. Pero déjeme que termine mi explicación y lo entenderá mejor, se lo aseguro, le ruego un poco más de paciencia —dijo al tiempo que disponía las tazas en el mostrador—. Willoughby se asustó tanto con su descubrimiento que decidió que lo mejor era destruirlo, pero

finalmente su vanidad se lo impidió. Ningún descubridor se resiste a renunciar del todo a su mayor triunfo —sonrió—. Para acallar su conciencia, decidió dividir la caja en varias piezas y esconderlas por toda la ciudad. Y solo dejó escrito una indicación en forma de acertijo que permitiría encontrar la primera de esas piezas. Al leerlo, me dio por apuntar en una libreta el acertijo, como un simple juego, un desafío para mi humilde intelecto... Y menos mal que lo hice, porque hace tres semanas, un ladrón entró aquí, en mi librería, y robo el diario.

—Vaya, lo siento —dije al tiempo que cogía mi taza de te para calentarme las manos: toda aquella historia había conseguido destemplarme.

Mr. Blacksmith nos miró con expresión grave, como si fuera a contarnos que un camión había atropellado a nuestra mascota favorita.

—Lo curioso del caso es que el ladrón lo único que robó fue ese libro, nada más. No se llevó el ordenador ni cogió otros libros que son mucho más valiosos. Solo se llevó el diario de Willoughby, como si supiera que yo lo tenía guardado aquí en un cajón: no lo tenía a la venta, lo guardaba para mí... —Entonces el librero señaló al techo y vimos una pequeña cámara que enfocaba la puerta de entrada—. A la mañana siguiente, accedí al fichero de la cámara de seguridad y me encontré con esto —dijo al tiempo que giraba la pantalla de su ordenador para que Greco y yo pudiéramos verlo.

El archivo de la cámara era de un granuloso blanco y negro, pero pudimos ver como la silueta oscura y encapuchada de un hombre alto y corpulento forzaba la puerta de entrada en la noche con habilidad. Casi me caigo de espaldas al verle: a pesar de que no se le podía distinguir bien, no me cabía duda de que se trataba de el Flautista, el mismo tipo que dos noches atrás se había llevado a mi prima Martha delante de mis narices sin que yo pudiera impedirlo por apenas unos segundos.

—¡Es él! —exclamé—. ¡Es el tipo que se llevó a Martha!

—¿Estás segura? —preguntó Greco, alarmado.

—Sí, sí, es él.

El librero asintió:

—Es lo que yo pensé cuando un par de semanas después la televisión difundió la imagen de el Flautista con un niño cogido de la mano. Por supuesto, acudí a la policía, pero cometí el error de comentarles el tema de la Caja de Pandora y me temo que me tomaron por un chalado. Me dijeron con una insoportable condescendencia que no había relación entre mi robo y los secuestros, que debían ser tipos diferentes; pero algo en mi interior me decía que no, que se equivocaban, que ambas cosas estaban conectadas. ¡Imagínense mi frustración! Pero entonces ayer la vi a usted en las noticias, y entendí que era mi oportunidad de hacer lo correcto.

Me sentí aturdida. Todo aquella información resultaba demasiado extraña, demasiado confusa, seguía sin ver la conexión de la que hablaba el librero. Greco debía estar pensando lo mismo que yo porque entonces preguntó:

—Pero ¿por qué el Flautista robaría el diario de Willoughby y a continuación comenzaría a secuestrar niños?

Mr. Blacksmith cogió aire y nos miró apesadumbrado.

—Aquí es cuando la cosa se pone ciertamente desagradable —anunció—. Según el diario de Willoughby, para llevar a cabo el ritual que abre la caja de Pandora, además de tener obviamente que reunir todas las piezas, es necesario bañar la caja con la sangre fresca de seis inocentes. Me

temo que la idea del tal Flautista es encontrar las piezas y abrir el portal.

Al escuchar eso me tuve que agarrar a Greco para no caerme.

—¡Giu! —gritó Greco asustado.

—Señorita Hamilton, ¿se encuentra bien? No, claro que no. Siéntese aquí.

Sentí que me ahogaba. Un sudor frío me bajó por la nuca y me fallaron las rodillas. Fueron los cinco segundos más largos de mi vida. Pero me dije que no podía dejarme vencer por el pánico. Respiré hondo.

—Pero, tenemos que encontrarla... —balbuceé. Mil pensamientos cruzaban mi cabeza.

—Lo haremos, encontraremos a Martha —trató de tranquilizarme Greco.

—No, no. Tenemos que encontrar las piezas antes que él. Al menos la primera. Así no podrá montar la caja y desbarataremos sus planes.

—Eres increíble —me sonrió Greco con admiración.

—Eso es lo que yo pensé —dijo el librero—. Como les dije antes, por fortuna se me antojó fotocopiar la página con el acertijo que desvela el lugar donde se encuentra escondida la primera pieza de la caja. Aunque les advierto que he sido incapaz de descifrarlo.

—Mi tía Mildred es una adicta a los crucigramas, acertijos y cosas así; ella nos ayudará, seguro. ¿Lo tiene por ahí?

Mr. Blacksmith sacó una hoja doblada de un cajón de su escritorio y nos la ofreció. La cogí y leí lo que había escrito en voz alto:

—«Los caballos no son los de antes. Las ruedas de los carruajes ya no giran en medio de un establo lleno de personas que vienen y van sin saber dónde mirar».

Capítulo 7

GRECO

Al final va a ser verdad eso de que la vida no es nunca como la esperamos y que dependemos del azar. A pesar de la realidad que estábamos viviendo, conocer a *Mr. Blacksmith* me pareció un golpe de suerte: ahora sabíamos a qué nos enfrentábamos. La situación era más dramática y extraña de lo que podíamos imaginarnos.

Al acompañarnos hasta la puerta olvidó el bastón y se acentuó su cojera. Esa imagen me enterneció: teníamos que ayudarnos mutuamente.

No hizo falta que Giulietta me dijera nada respecto a dónde nos dirigíamos porque los dos lo sabíamos.

El metro de Tottenham Court Road no nos llevaba directo a Westminster pero hicimos el trasbordo y llegamos antes de lo que lo hubiéramos hecho andando.

Una aglomeración de turistas se extendía por las calles cercanas a Westminster. Había de todo tipo de nacionalidades: colegios de españoles que se gritaban entre ellos, japoneses con cámaras o franceses con cara de susto. Una chica italiana —la reconocí al instante por su cartera *invicta* y su peculiar acento— nos detuvo con un mapa desplegado para preguntarnos por el Big Ben. Giulietta ni siquiera abrió la boca, y me temo que no le gustó que me entretuviera unos segundos en indicarle.

—Lo tiene delante y tiene que preguntarte... Esta tía es tonta —opinó Giu, algo molesta.

Iba a responder, pero me callé, no supe a qué se refería exactamente.

Tras pasar los controles de seguridad y enseñar nuestras documentaciones, pudimos acceder. Pisar las oficinas centrales de Scotland Yard fue penetrar en un universo paralelo a la realidad. El barullo generalizado contrastaba con nuestro silencio. Atravesamos una inmensa sala en la que se acumulaba el calor humano. Pese a ser de día, todas las luces, líneas de fluorescentes altamente reflectantes, estaban prendidas y otorgaban a la atmósfera un matiz quirúrgico.

Desde el primer momento en que lo vi supe que el inspector Nayal nos recibía a regañadientes.

—No tengo todo el día —fue su primera frase, antes incluso de tendernos la mano.

Percibí que aquella actitud no era del agrado de Giulietta, que arqueó las cejas mientras le saludaba como si con ese gesto quisiera decir «si tú supieras...».

Todavía tenía el sabor del te en el paladar y su resabio dulce me hizo declinar el ofrecimiento

de un café por parte del inspector. Giu hizo lo mismo y después, para mi sorpresa, añadió:

—Nosotros tampoco tenemos todo el día, inspector.

La frase de Giu hizo que me diera media vuelta sobre la silla para apreciar su rabia. En su expresión se palpaba la inquietud por la desaparición de Martha, pero reinaba la valentía y podía más el deseo de salvarla. Era una pose engañosa: donde cualquier otro hubiera podido reconocer chulería, yo identifiqué la sensibilidad propia de Giu y toda su buena intención.

—Yo sé que usted nos toma por unos pesados, pero si venimos aquí en lugar de rastrear todo Londres por nuestra cuenta en busca de mi prima es porque consideramos que hemos descubierto algo que también puede ser de gran ayuda para el caso.

Esa frase de Giu hizo reafirmarme en mis pensamientos.

—Dígame entonces, señorita Hamilton, la escucho, soy todo oídos.

Giulietta giró la vista hacia mí y supe leer en su mirada la súplica de una ayuda para explicarse porque, en efecto, estaba más alterada que yo. Empecé a hablar:

—Acabamos de conocer a un librero de Cecil Court, *Mr. Blasksmith*, y creemos tener una pista sobre el Flautista. Un tipo absolutamente idéntico al Flautista robó un libro muy particular en su tienda hace tres semanas, justo antes de que empezaran los secuestros...

Le seguí explicando mientras Giulietta asentía. Solo me quitó la palabra para decir:

—Era él, inspector Nayal, era él quien aparecía en el vídeo. Estoy segura de ello. Y siento advertirle de que vamos contrarreloj, porque creemos que la desaparición de Martha y la del resto de niños está relacionada con el diario de Willoughby...

A pesar de que Nayal se rascara la barba más absorto que concentrado, Giulietta siguió hablando del ritual para abrir la caja de Pandora, y del peligro que suponía no adelantarse al Flautista en la carrera por encontrar las piezas. Y cuando habló de la sangre inocente que, según el diario, se precisaba para poder resquebrajar ese terrible secreto, Nayal dijo:

—Basta, ya basta, por favor.

El silencio se hizo cargo de la oficina. Me fijé en el gigante mapa de Londres que colgaba de la pared, detrás de Nayal, lleno de cruces y símbolos marcados con rotulador rojo. El inspector dio un último sorbo y entonces sonó el teléfono. Al instante descolgó y pidió que no le molestaran durante un par de minutos. Todavía mirando el aparato nos habló:

—Mirad, chicos, no es que no quiera escucharos. Ya sé que tratáis de ayudar pero, por favor, si echáis un vistazo a este mapa veréis que tenemos acordonada toda la ciudad, que el despliegue y el esfuerzo que estamos realizando para encontrar a ese individuo es extraordinario —entonces se puso en pie y golpeó sin excesiva fuerza la mesa, como si la fuera a aporrear y en el último segundo se hubiera arrepentido; pero bastó ese aspaviento para que la taza vibrara sobre un fajo de papeles y viera en ese temblor un fiel reflejo de mis párpados—. ¡Me paso cada día horas repasando videos de un montón de esquinas de la ciudad! Me estoy dejando la piel en este caso, tengo a decenas de hombres peinando la ciudad y ahora me venís con que un librero tiene un video en el que aparece... —Se volvió a sentar y se pasó las manos por la cara, como si se frotara los ojos por picor o cansancio—. Lo siento pero no puedo perder más tiempo con vosotros.

Cuando me quise dar cuenta, Giulietta ya estaba en pie.

—Entiendo su frustración, señor Nayal. Solo espero que no tenga que arrepentirse: imagine cómo quedaría usted y toda la policía de la ciudad si resulta que tenemos razón.

—Perdón, señorita Hamilton, insisto en que no quiero que se haga una idea equivocada, es solo que en Scotland Yard hacemos las cosas a nuestra manera.

De vuelta a Bloomsbury sentí un enorme deseo de ver a tía Mildred. El día se estaba haciendo largo. Eran demasiadas cosas. Una vez más, en el andén del metro nos dimos de bruces con una marabunta de turistas. Tropiezos, mapas, preguntas, esperas, cansancio. Entre tanto guirigay era imposible hallar un metro cuadrado de sosiego.

En el vagón fue imposible encontrar un sitio libre y mucho menos dos juntos. Por culpa de alguien que salía a toda prisa nos separamos. Giulietta quedó de pie, unos pasos más allá, frente a mí. Apoyé la espalda en una de las puertas. Ella se mantenía en silencio, agarrada a una de las barras metálicas mientras yo la observaba. Resopló en señal de fatiga. Entonces se quitó el abrigo. Y unos segundos después me miró y me sonrió. Y en mitad de todo aquel trasiego de gente con prisas, Giu me guiñó un ojo y yo le devolví la cortesía, como si jugáramos a que nadie del vagón supiera que éramos amigos. Descubrí que el vestido de lana que estrenaba le quedaba francamente bien. Era la primera vez que la veía con un vestido. Debería comprarse más, pensé.

Fui consciente de que la tensión que acumulaba Giulietta, por momentos, podía no favorecer nuestra complicidad. Y ella, ahora, me estaba diciendo que no se me ocurriera abandonarla. Fue un alivio porque a veces tenía la sensación de agobiarla. Cuando Giu estaba con tía Mildred se le notaba más relajada, incluso con mayor confianza. Estaba claro que los dos necesitábamos a tía Mildred, y por eso lo primero que hicimos al verla en el salón fue darle dos besos cada uno, antes de sentarnos a su lado.

—¿Te negro? —pregunté a Giu poniéndome en pie al instante.

—Sí, por favor —repuso dejándose caer en el sofá cuando el desfallecimiento le cerraba los ojos.

Sonaba música. Sobre la mesa descubrí la carátula de un álbum: *Second Coming*, de The Stone Roses. Estaba firmado por los miembros del grupo y dedicado a tía Mildred.

Una vez en la cocina puse a calentar el agua para el té, encontré el azúcar, busqué algo de fruta, abrí la nevera y... grité:

—¡Espera a llegue Giu, quiero estar presente cuando se lo cuentes!

Escuché cómo en el salón habían reducido el volumen de la música. No quise perderme detalle de lo que Giu le contara a tía Mildred. Así que fui para allá más decidido que nunca. Tan pronto me senté en el sofá le fuimos relatando a tía Mildred todo lo acontecido. Cuando mencionamos la caja de Pandora, sus ojos se abrieron como platos. Pero no nos habíamos vuelto locos. Era el mundo el que estaba loco. Solo que nosotros ya éramos conscientes de ello. Sin embargo, para nuestra sorpresa, tía Mildred había escuchado antes el nombre de Willoughby.

Sonó entonces el silbido de la tetera. Estaba hirviendo el agua. Me levanté. A toda prisa preparé las tazas. Agarré la bandeja y, antes de que me diera tiempo a apagar la luz de la cocina, entró tía Mildred.

—Un momento, sobrino, unas palabras —susurró para mi asombro.

Vi como cerraba la puerta. Devolví la bandeja a la mesa:

—¿Tú qué opinas de todo esto? ¿Realmente te crees toda esta historia del librero? —preguntó tía Mildred aún en voz baja.

Me encogí de hombros y añadí:

—Ella está convencida... ya sé que suena raro, pero yo creo a Giu. Estamos hablando de

niños autistas secuestrados por un extraño...

—Mira Greco, entiendo que la creas y trates de ayudarle, te estás comportando como un verdadero amigo, y eso me enorgullece. Y si con todo esto mantenemos entretenida a Giulietta, cuenta conmigo; ahora bien, que sepas que todo esto me parece un disparate. Ten en cuenta que me estáis hablando de la caja de Pandora, un objeto mitológico... y yo, qué quieres que te diga... ya tengo cincuenta años.

Volvimos al salón con las tazas de té.

—Mi segundo marido, *Mr Mackintosh*, era muy aficionado al ocultismo, a las sociedades secretas, y frecuentaba círculos esotéricos —nos informó—. Se sabía la biografía del tal Willoughby de memoria: le fascinaba, al igual que a todos sus amigos. De hecho, llegó a ir a su funeral. Todo un personaje. Y os voy a confesar una cosa: hasta yo coqueteé con la wicca, pero eso os lo contaré otro día.

Para terminar le explicamos nuestra visita a Scotland Yard y la conversación con Nayal.

Dicho esto, tía Mildred se puso en pie, dio una vuelta por el salón, pensativa, y luego preguntó:

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—El acertijo, la frase, el jeroglífico...

Giulietta también se levantó. Volví a apreciar su sugerente figura ceñida en el vestido de lana. Con un movimiento de barbilla Giu señaló su abrigo. Tía Mildred supo lo que le indicaba y buscó en los bolsillos. De uno de ellos extrajo un papel en cuyas arrugas quedaba constancia de la tensión que acarreaba Giulietta.

Tía Mildred extendió el papel como pudo y leyó despacio, como si masticara las palabras:

—«Los caballos no son los de antes. Las ruedas de los carruajes ya no giran en medio de un establo lleno de personas que vienen y van sin saber dónde mirar».

Dos segundos después dijo:

—¡Camden! ¡Esto es en Camden, seguro! Vamos, no tenemos tiempo que perder.

—Pero ¿estás segura? —preguntó Giulietta tan asombrada como yo.

—¡Claro! En el mercado de Camden había un antiguo establo, de ahí todas esas estatuas de caballos... Un mercado: «lleno de personas que vienen y van sin saber dónde mirar».

—Pero... Pero, tía, si fuera tan sencillo, ¿no crees que a *Mr. Blacksmith* ya se le habría ocurrido? —pregunté.

—Querido, no tengo ni idea. Pero no se me ocurre otro lugar de Londres que encaje con esa descripción. El problema será encontrar la pista en el mercado. Además, ¿qué podemos perder por probar?

Giu y yo intercambiamos una mirada: mi tía tenía razón. Dejamos las tazas sobre la mesa.

Paramos un taxi y saltamos dentro. De camino escuchamos a tía Mildred hablar de Camden: dijo que al ser día laborable no habría tanta gente como un sábado y que ese detalle podría jugar a nuestro favor. Explicó que allí convivían hasta seis mercados heterogéneos e independientes: Camden Lock Market, Camden Lock Village, Inverness St., Buck St Market, Camden High St. Market y Stables Market, el que más nos interesaba. ¡Cualquiera pensaría que mi tía era una guía de Londres!

Durante el trayecto continuó con su explicación: estaba convencida de que era allí, porque

antes de convertirse en un enclave histórico y comercial, fue hospital veterinario de caballos. De ahí su nombre, Stables Market, y de ahí que las antiguas cuadras fueran tiendas en las que encontrar de todo, especialmente ropa de segunda mano. Ella adoraba su talante popular.

Al llegar a Camden estallaron ante nuestros ojos las luminosas fachadas de tiendas imposibles y un montón de atrevidos peinados y extravagantes ropas se nos aparecían cada tanto. La cultura alternativa encontraba un sitio en el que recrearse y sentirse a gusto. Al ver a un par de punks con crestas amarillas, me imaginé a tía Mildred en sus años de juventud más temprana. Lo establecido quedaba al margen. En aquel espacio había ambientes de todo tipo: *pin-up*, gótico, punk, retro y *vintage*. Camden era algo más que un mercadillo, era la cuna de la moda para mucha gente, el punto de referencia para todos aquellos que no se dejan llevar y admiran la sorpresa.

Pero aquella tarde no íbamos a ir de tiendas. Tía Mildred aceleraba el paso y a Giu, por momentos, le costaba seguirnos el ritmo.

—En 1854 esto eran los establos del hospital veterinario de caballos —repitió mi tía citando de memoria mientras caminaba sin demora.

Después de atravesar un raudal de establecimientos de comida internacional, aparecimos en los viejos establos. Lo primero que llamó mi atención en una de las paredes fue el relieve de una escultura que mostraba un carruaje tirado por caballos. Por más que arrugué los ojos yforcé la vista no hallé por ningún lado el nombre de ningún escultor. El suelo empedrado dificultaba los pasos y sentía en mis pies la presencia de los adoquines. En una de las puertas del Stables Market un hermoso caballo mantenía las patas delanteras levantadas como si estuviera encabritado.

—Hay muchas estatuas de caballos: ellos daban servicio de remolque a los barcos que circulaban por el canal. ¿En cuál de ellos se esconderá la pieza? —seguía murmurando mi tía como si hablara para sí misma.

Tía Mildred sostenía el escrito en las manos. Pero a esas alturas, ya nos lo habíamos aprendido de memoria. Ya teníamos interiorizado eso de que «Los caballos no son los de antes. Las ruedas de los carruajes ya no giran en medio de un establo lleno de personas que vienen y van sin saber dónde mirar» y precisamente esas palabras se reproducían ante nosotros: caballos de otra época inmortalizados en esculturas, ruedas de carruajes de más de ciento cincuenta años, establos reciclados como comercios y ríos de gente cuyas miradas se esquivaban y no llegaban a tocarse.

El olor a *pizza* recién hecha distrajo mi atención y clavé la mirada allí donde un grupo de chicas esperaba ser atendido. Junto a ellas vi una enorme escultura de una cabeza de caballo.

—Chicas —avisé— mirad ese caballo.

Giraron la vista. Me hicieron caso y se acercaron.

Los tres miramos aquella cabeza, expuesta al aire libre, inmortalizada en un gesto que mezclaba furor y urgencia, con un ojo abierto, redondeado, que parecía moverse o que pudiera salirse y caerse del arrugado párpado de bronce que lo envolvía.

—Si está escondida en alguna parte, parece que lo más lógico sea que esté en alguna hendidura de un caballo, ¿no? —dijo mi tía—. Debe haber algún compartimento secreto.

Giu y yo volvimos a intercambiar una mirada. Aquello resultaba más propio de un libro de Harry Potter que de la vida real.

Como nosotros no reaccionábamos, sin pensárselo, tía Mildred, que era la más alto, palpó

aquel ojo y lo golpeó. Su intención estaba clara: si había una pieza escondida, debía haber algún tipo de resorte oculto. Pero no hubo suerte. Luego acarició el lomo del caballo como si fuera el hombro de un colega.

—¿Nos separamos y buscamos cada uno por nuestra cuenta? —preguntó Giuletta.

—Buena idea —repuso tía Mildred.

Quedamos en encontrarnos en este mismo caballo una hora más tarde. Así empezamos a recorrer Stables Market por nuestra cuenta. Me interné de nuevo por pasillos comerciales y por el interior de algunas tiendas en las que había esculturas. En cada una de ellas trataba de encontrar la pieza. Cuantos más caballos hallaba, más veía, como si su presencia se multiplicara. Imitando a mi tía, exploraba en las patas deteniéndome en los cascos, en las cuartillas y en los menudillos. También rebusqué en hocicos, ollares y canales de babilla. En las partes traseras: la punta de corvejón, la pospierna, los tendones, las cernejas. (Sí, mi padre hizo hípica y me dio la brasa con el tema siempre que tuvo ocasión). Pero no hubo suerte. No aparecía. Nada se abría, ni una sola pista. Me agaché para internarme bajo uno de ellos, y rebusqué entre la vaina, la babilla, el vientre y el paso de cincha. Y después de repetir hasta siete veces la operación en otros tantos caballos me di por rendido y empecé a sopesar la idea de que tía Mildred se hubiera equivocado. ¿Y si no era en Camden? La frustración empezó a apoderarse de mí.

Al cabo de media hora volví al lugar donde habíamos quedado. Tenía sed. Como no habían llegado seguí la flecha que indicaba el camino a los servicios. Bebí un trago de agua, me lavé la cara y me dije a mí mismo, ante el espejo, que Giu no se merecía ver mi abatimiento. No podía mostrar ni un ápice de debilidad.

Al subir las escaleras de los lavabos y reaparecer al aire libre miré el cielo. Aún no eran las cuatro, todavía quedaba un resquicio de luz. Oscuras nubes parecían aproximarse y amenazaban con descargar una tormenta. Era una fotografía repetida, el mismo cielo encapotado de Londres al que le estaba cogiendo cariño. También a los cielos de las ciudades se acostumbra uno.

—¡Greco! —Me giré para ver a mi tía y a Giu, que venían juntas—. ¿Has encontrado algo?

Negué moviendo la cabeza y entendí que ellas tampoco.

Cada cual explicó su recorrido. Habíamos peinado toda la extensión del mercado. Si Tía Mildred estaba desanimada, no lo mostraba. Pidió paciencia y, cuando yo iba a proponer que volviéramos a leer el poema y que pensáramos entre todos otra posibilidad, indicó:

—Vamos a sentarnos. Un momento de respiro no nos vendrá mal. ¿Os apetece una coca-cola?

Giu y yo nos miramos y asentimos. Tía Mildred tomó asiento en el banco junto al caballo y el carruaje. La noté cansada.

—¿Quién va? —Estaba claro que tía Mildred nos invitaba pero tenía que ir yo a comprar las bebidas.

—Yo mismo.

Me dio un billete de veinte libras y me acerqué al puesto de *pizzas* que seguía emanando el mismo aroma de antes, mezcla de queso fundido, orégano y masa recién horneada.

Pedí dos coca-colas normales y una zero. Me tentaron las porciones de *pizza* que se extendían en finas bandejas metálicas, pero no caí en la trampa que me tendía el subconsciente. Giu y tía Mildred tenían razón: me había vuelto un obseso de la comida saludable.

Recibí las latas, tres vasos de plástico y el cambio. Y me dirigí de nuevo donde me esperaban

Giu y mi tía.

Entre los vasos, las monedas, los billetes y las latas me hice un lío y, al tratar de entregar el cambio a mi tía, no pude evitar que un par de monedas se me cayeran y rodaran por el suelo ante las risas de las chicas. Agachado pude escuchar sus cuchicheos:

—Ay, Greco, cariño, a ver si un día te quitas los calcetines de las manos —era Mildred.

—¡Siempre le pasa! —se rio Giu. Me gustaba la complicidad que se había creado entre las dos... Aunque fuera a costa de reírse de mí.

Mi espalda se resintió al agacharme. Recogí la segunda moneda, que se había quedado encajada entre dos adoquines, bajo la estatua a tamaño real de un caballo con carruaje que había detrás nuestro. Me metí debajo, cogí la moneda y al levantarme me golpeé cabeza contra el carruaje. Me apoyé en los radios de la rueda, a través de los cuales vi a las dos reírse de mí con afecto.

Volví a su lado, tomé asiento. Una idea empezó a gestarse en mi cabeza:

—Un momento, chicas, hemos registrado los caballos, pero el texto habla de ruedas que no giran, ¿y si hay alguna que gira?, ¿lo habéis comprobado?

Ellas me miraron arqueando las cejas.

—Vamos a probarlo.

Me abalancé sobre la rueda y traté de forzarla para ver si se movía. Sin resultado.

—Esta no se mueve, Greco —añadió Giu.

—La mía tampoco, pero hay más carruajes —dijo tía Mildred mientras lo intentaba con la cuarta rueda— ¿nos movemos?

—De acuerdo —asentí.

Con los vasos en las manos nos abrimos paso entre el torrente de compradores. En esta ocasión seguimos a tía Mildred, que supo como atajar hasta el siguiente carruaje. Al llegar nos encontramos con unos turistas que se fotografiaban junto a él. Esperamos y en cuanto se marcharon repetimos la operación con las ruedas.

—Aquí, aquí, creo que esta se mueve —gritó Giu—. Greco, ayúdame.

Entonces me agaché, me aferré a los radios y tiré con fuerza. Sí, descubrí que se movía. Reincidí en el movimiento y se escuchó claramente un clic: algo cedió. Nos miramos los tres con emoción. Hiné las rodillas al suelo. Metí la mano por debajo del carruaje y tanteé el metal en busca de algo. Sentía a mi espalda las miradas entusiastas de Giu y tía Mildred. Volví a recorrer la cicatriz de mi cara con el índice. No sé por qué pero ese gesto me tranquilizaba. Percibí un hueco en la parte interior de la rueda. Colé la mano y saqué algo, una caja. Quise decir algo pero no pude, no podía creerme que lo hubiera encontrado.

Levanté la mano en la que sujetaba una caja de metal oxidado y de forma triangular. Todavía de rodillas en el suelo seguí manoseándolo, como si no me atreviera a mirarlo por miedo a que aquello no fuera cierto sino una ilusión, una trampa.

—¡La tengo! —anuncié—. Creo que he encontrado la pieza —dije sin acabar de creérmelo. ¿Sería posible que la fortuna hubiera decidido echarnos una mano?

Y fue entonces, al dirigir la vista a ellas con la pieza en la mano, cuando descubrí que tía Mildred era la más asombrada. Miré los ojos azules de Giu. Una ligera humedad brillaba en ellos.

Al empezar a levantarme las dos se agacharon hacía mí y no me dejaron ponerme en pie. Mi

tía y Giu se abalanzaron y quisieron tocar la pieza, verla, tenerla. Los tres nos miramos como en éxtasis. Si me obligaran a definir la felicidad no sabría como hacerlo. Pero aquel sentimiento que me inundó de pies a cabeza sé que debe ser algo muy parecido a ella. Por primera vez en mucho tiempo era feliz a la vez que era consciente de ello.

—¡Sí!, ¡la tenemos!

No poca gente se había detenido para mirarnos, un tanto sorprendida, ante nuestra peculiar celebración.

—Volvamos a casa —propuso tía Mildred.

Al abandonar Camden, cuando la emoción seguía en cada uno de nuestros pasos, las mismas nubes de antes decidieron que había llegado el momento de quebrarse y unas primeras gotas empezaron a mojarnos. Y ese leve chaparrón me pareció reconfortante. El autobús estaba a punto de salir frente a la tienda Mind in Camden.

—¿Y ahora qué? —preguntó Giu—. Si realmente hemos encontrado la pieza, ¿qué debemos hacer ahora?

Los tres nos miramos.

—Bueno, esto demuestra que el tal *Mr. Blacksmith* tenía razón —dijo tía Mildred—. Todo esto es mucho más misterioso y complejo que un simple secuestro de niños autistas.

—E incluso más espeluznante —añadí yo.

—La cuestión es que, con esta pieza en nuestras manos, el maldito Flautista, ese loco, no podrá llevar a cabo su plan. Si no puede montar la caja de Pandora, si es que eso es lo que realmente es, no tiene sentido para él seguir adelante con todo esto.

—Pero él no lo sabe —dijo Giulietta—. No puede saber que nosotros hemos encontrado la pieza.

Nos quedamos los tres pensativos. Parecía que habíamos conseguido desbaratar los planes de el Flautista. Pero seguramente él seguiría intentando descifrar el enigma. Y mientras tanto, las vidas de seis niños inocentes continuaban en peligro.

Todavía en el autobús, Giu no se resistió a palpar la extraña pieza de metal que parecía pertenecer a un *puzzle*. Tenía adherido un papel arrugado y amarillento. En él había un párrafo escrito con letra apretada y tinta negra. Tía Mildred lo leyó en voz alto:

«Bajo un guardián tres veces centenario, Matilda Boyson no se levantará, pero en su eterna caridad esconde un regalo».

—Arrea —dijo tía Mildred, una expresión que nos hizo sonreír—. Menos mal que este acertijo ya no hará falta que lo solucionemos.

Nos bajamos del autobús cerca de Bloomsbury Square. Después de la euforia inicial provocada por encontrar la pieza escondida décadas atrás, ahora un enorme cansancio se había apoderado de nosotros. Pero lo peor estaba por llegar. Al abrir la puerta azul de casa, tía Mildred pisó un sobre con nuestros nombres escritos que alguien debía haber pasado por debajo.

—¿Qué es esto? —preguntó nerviosa, y se agachó a cogerlo.

Lo abrió y leyó en voz alto lo siguiente:

«Como volváis a la policía, ni la primita inocente ni vosotros viviréis para contarlo. Sí, es una amenaza».

Londres, 18 diciembre 2012

The Guardian

Última hora. Sucesos

ANDREW KALAJDIN (THE GUARDIAN)

Londres desconfía. En vísperas de las fiestas navideñas el recelo se ha adueñado de las calles. Las vacaciones escolares se han visto enturbiadas por el desánimo que cercena una sociedad estremecida. El temor se ha adueñado del ambiente y a diferencia de otros años, el encendido de las luces de navidad brilla con una intensidad frágil. La tradicional alegría Infantil se ha visto sustituida por una generalizada profusión de susceptibilidad.

Recorriendo Charing Cross, Trafalgar Square, High Holborn, Oxford Street saltan a la vista arrebatadoras escenas por desgracia habituales: padres y madres esperan a las puertas de los colegios para llevarse a sus hijos a casa a toda prisa, ante la incompreensión de los niños, incrédulos del temor de sus progenitores, ávidos de recorrer calles comerciales, de verse reflejados en escaparates y de dejarse iluminar por el torrente de luz y alegría que suelen traer consigo fechas tan señaladas en el calendario infantil.

Dos semanas después de haber descubierto el primero de los seis secuestros de niños, todos ellos menores de diez años, persigue la búsqueda del principal sospechoso.

Apodado como «El Flautista» por la opinión pública, una borrosa imagen captada de este misterioso individuo por una cámara callejera es, por el momento, la única pista que de él se conoce. Esos segundos, apenas un gesto de huida al doblar una esquina, es el insuficiente argumento al que se aferran los expertos de Scotland Yard.

El misterio que envuelve la reputación de el Flautista es más poderoso de lo que a priori se pensaba y la alargada sombra de su presencia se extiende por la ciudad. Los días pasan mientras se prolongan el miedo y la furia en el caso del secuestrador más famoso de Inglaterra, que sigue en paradero desconocido. La comisión de investigación no ha suspendido ni un solo día sus actividades pero desde Scotland Yard se insiste en el silencio y en una rigurosa reserva; como si la prudencia fuera el único aliado que queda. El fin del año se acerca y crece la sospecha.

Preguntados por este diario, fuentes de Scotland Yard aseguran que mantienen desplegado un extenso dispositivo, que revisan e investigan elementos hallados y a cualquier sospechoso. No han tardado en surgir las primeras críticas contra la eficacia de Scotland Yard. Hay opiniones que ponen en entredicho la fiabilidad de nuestras fuerzas de seguridad y no han faltado alusiones a la escasez de experiencia y la nula capacidad de anticipación. Ciertas discrepancias entre portavoces de familiares y miembros de Scotland Yard, quienes luchan por evitar cualquier tipo de filtración, ponen en tela de juicio el modus operandi policial ante un caso caprichoso y especialmente delicado.

Londres aguarda impaciente el desenlace. Las luces de navidad están encendidas y las vacaciones a la vuelta de la esquina. Pero los niños no ríen porque a pesar del brillo, reina la

oscuridad.

Capítulo 8

GIULIETTA

Greco cerró la puerta de casa con un portazo, como si temiera que alguien pudiera colarse detrás nuestro. Los tres nos miramos, en silencio, ninguno de nosotros sabía qué decir. Era tan grande el miedo y la sensación de vulnerabilidad: el Flautista había seguido nuestros pasos, sabía dónde vivíamos y había metido una carta bajo la puerta para que supiéramos a qué nos enfrentábamos. Tía Mildred aún sostenía la carta con ambas manos y la releía para sí misma una y otra vez. Estaba temblando. Entonces me fijé: detrás de la carta había un dibujo hecho con bolígrafo, en tintas negra y azul. Era de mi prima, reconocía su forma de dibujar. Y me había dibujado a mí, con mi flequillo negro y mis grandes ojos azules, llorando. A pesar de que habíamos dejado encendida la calefacción de la casa, un escalofrío me recorrió entera.

Cogí a Mildred del brazo y ambas fuimos hasta el salón y nos sentamos en el sofá. Greco permanecía de pie, caminando de un lado a otro con la cabeza agachada: parecía un felino atrapado en una jaula. Cogí la carta y la leí entera en voz alto:

«Como volváis a ver a Nayal, ni la primita inocente ni vosotros viviréis para contarlo. Sí, es una amenaza. Sé que habéis conseguido la primera pieza de la caja de Pandora. Enhorabuena: habéis logrado más en un día que yo en tres semanas. Pero no penséis que aquí ha terminado la partida. Sigo teniendo a los niños conmigo. Si queréis que esto acabe bien para todos, vais a buscar todas las piezas para mí. Y lo tenéis que hacer deprisa: si no las encontráis antes del día 31 de diciembre, acabaré con los niños y luego con vosotros tres. Os estoy vigilando, así que más os vale no hacer tonterías».

—No deberíamos coger la carta con las manos —dijo Greco—. Podría tener sus huellas.

—No —dijo tía Mildred. Antes de seguir hablando respiró intensamente, como si estuviera cogiendo fuerzas—. Ese hombre lo tiene todo controlado. Sabe dónde vivimos, con quiénes hemos hablado y dónde hemos estado. Mira el papel de esta carta: es el más normal que se puede encontrar. Está escrita con ordenador y la ha traído él mismo, en mano: se guro que ha sabido borrar bien su rastro. De hecho, empiezo a pensar que esto no puede ser obra de un solo hombre: ¿secuestrar a los niños, mantenerlos vigilados y ocultos y al mismo tiempo seguirnos a nosotros? No creo que una única persona pueda encargarse de todo eso.

—Claro, alguien debía conducir la furgoneta negra que se llevo a mi prima —dije al caer en la cuenta—. Seguro que la policía sospecha lo mismo aunque no haya aparecido en la prensa.

Greco cogió la nota y la leyó en silencio.

—¿A qué día estamos? —preguntó finalmente.

—Hoy es día dieciséis.

—Es decir, tenemos quince días para encontrar el resto de las piezas del artefacto de Willoughby —calculó Greco—. Pues eso es lo que vamos a hacer. No nos queda otra alternativa.

Miré a Greco: estaba orgullosa de él. Me gustaba su manera tan masculina de afrontar las cosas: si se presenta un problema, hay que resolverlo cuanto antes, sin darle más vueltas.

—Quieto, tigre, no te precipites —alertó tía Mildred—. Vamos a recapitular lo que sabemos hasta ahora para poder actuar con buen juicio... Pero antes prepararé una tetera. Mientras tanto, Giu, cielo, ¿puedes mirar en Internet a ver si encuentras algo acerca de esa tal Matilda Boyson?

—¿De quién? —preguntó Greco.

—Es el nombre que aparece en la segunda pista.

Subí a mi cuarto, dejé el abrigo colgado detrás de la puerta y bajé con mi portátil. Greco estaba de pie junto a la ventana pero escondiéndose con la cortina y escudriñando el exterior.

—¿Todo bien?

Greco dio un respingo y se giró hacia mí con la cara colorada.

—Giulietta, te voy a poner un cascabel como a los gatos para que dejes de darme esos sustos. Se me hizo raro que me llamara por mi nombre completo, Giulietta.

—Lo siento —dije.

—No, no es culpa tuya. Es que la simple idea de que ese tipo sepa dónde vivimos me pone los pelos de punta. Me siento tan...

—¿Desvalido?

—Eso es. Exacto.

—Lo sé.

Greco me miró fijamente. Imposible saber qué pensamientos pasaban por su mente en ese instante.

—Pero tenías razón antes, Greco. Debemos resolver esto entre nosotros tres.

—Sí. Se lo debemos a tu prima y a los otros niños.

No me pude reprimir: dejé el ordenador en la mesa y me abracé a Greco. Al principio se quedó congelado, lo cual hacía que fuera aún más entrañable. Luego me devolvió el abrazo, pero sin fuerza, como si temiera hacerme daño.

Tía Mildred apareció en ese momento con una bandeja en la que humeaban tres tazas de te y un platito con pastas. Nos sentamos a la mesa.

—Bien —comenzó a decir Mildred—. Vamos a repasar los hechos. Resulta que hace... ¿cuánto? ¿Cuatro décadas? Hace más o menos cuarenta años Willoughby, todo un experto en temas esotéricos, relojes y no sé cuantas cosas más encontró lo que parece que era la mismísima caja de Pandora: que resulta que podría ser algo así como un portal a otra dimensión. Vaya tela. Asustado por su descubrimiento, Willoughby desmontó la caja en siete piezas y las escondió por toda la ciudad. ¿Es eso?

—Eso es lo que nos contó *Mr. Blacksmith* —asentí.

—*Mr. Blacksmith*, el librero que por casualidad encontró el diario de Willoughby. Pero, evidentemente, alguien más sabía de ese diario, porque entró en la librería para robarlo y poder abrir ese portal. Un portal que para abrirse necesita la sangre de seis niños inocentes. Ahora, ese

individuo, o individuos, saben que nosotros tenemos la primera pieza y nos obligan a buscar el resto bajo amenaza de muerte.

Sentí otro escalofrío recorriéndome el cuerpo. Agarré la taza de te y la apreté entre mis manos.

—Así las cosas —prosiguió Mildred—, ¿qué opciones tenemos?

—No podemos acudir a la policía —contestó Greco.

—Eso está claro. Y tampoco podemos largarnos una temporada del país, que es lo primero que se me ocurrió —confesó Mildred—. No podemos dejar colgados a esos niños. A tu prima Martha.

Negué con la cabeza.

—Pues bien, tal como decías, sobrino, no nos quedan muchas opciones.

—Me temo que no.

—Entonces, pongámonos a ello. Pero, atención, quiero que no salgáis jamás, y repito: jamás salgáis solos de casa. Donde quiera que vayamos, iremos en pareja o los tres juntos. Y mientras intentamos recuperar las piezas, deberíamos también de investigar quién puede estar detrás de esto. Pero con mucha discreción, porque sabemos que nos vigilan. Tenemos que hablar con el tal *Mr. Blacksmith* para ver si a él se le ocurre una lista de posibles sospechosos: en Londres viven un buen montón de bichos raros, pero quién esté detrás de esto debe ser todo un experto en esoterismo.

Mientras tía Mildred hablaba, yo ya había tecleado en Google el nombre que aparecía en la segunda pista: Matilda Boyson. Me salieron varias entradas, pero ninguna significativa.

—Busca algún listado de cementerios —propuso Mildred.

—¿Cementerios? —preguntó Greco—. ¿Crees que es el nombre de una muerta?

—Casi seguro. Mira lo que pone en la pista: «Bajo un guardián tres veces centenario, Matilda Boyson no se levantará, pero en su eterna caridad esconde un regalo». Si no se levantará, es que está muerta, ¿no? Y el regalo debe ser la otra pieza. Lo que me desconcierta es lo de «eterna caridad». Y lo de «un guardián tres veces centenario». ¿A qué se referirá? ¿Será una estatua?

Tecleé buscando algún listado de difuntos, sin resultado. Descubrimos que en Londres hay literalmente cientos de cementerios, porque muchas pequeñas y antiguas iglesias tienen sus propios camposantos. Después de un buen rato buscando sin resultado, Greco soltó una maldición digna de un pirata.

—Cálmate, cariño —le dijo tía Mildred—. Perder los nervios no nos llevará a ningún lado. Tenemos que ser listos.

—Hay algo que se nos escapa —dije—. No puede ser tan complicado.

—Eso es cierto —dijo Mildred—. En el fondo, todo aquel que esconde algo lo hace con la idea de que alguien pueda encontrarlo.

Entonces se me encendió una bombillita: tecleé «cementerios de Londres + guardián de trescientos años».

—¡Bingo! —exclamé—: En el cementerio de Highgate hay un árbol de trescientos años a cuyo pie hay una especie de corredor de tumbas y panteones.

Mildred y Greco se pegaron a mí para leer la entrada del ordenador: incluso había una foto.

—¡Por todos los dioses del *rock*, quién me iba a decir que a mi edad me iba a convertir en una profanadora de tumbas!

Capítulo 9

GRECO

No tenía ni idea de que en Londres pudiera haber más de cien cementerios. Entender que la ciudad estaba construida sobre tumbas me hizo sentir frágil. A partir de ese momento observaría Londres con otros ojos, porque saber que todos caminamos por encima las historias de nuestros antepasados te hace ver las cosas con perspectiva.

Cuando murió mi abuelo, en Exeter, yo tenía ocho años y mis padres no dejaron que asistiera ni al funeral ni al entierro, por lo que era la primera vez que visitaba un camposanto.

La sensación que tuve al estar ante las puertas de Highgate mezclaba asombro y temor. Eran las diez de la mañana de un lunes. Nos quedaban catorce días para encontrar todas las piezas. La niebla densa convertía aquel cementerio en el escenario ideal para una película de miedo. Recubierta por una capa de hielo la tierra que pisábamos estaba resbaladiza. Durante la noche había caído la primera nevada del año y su herencia se dejaba ver por encima de las copas de los árboles, de las cruces y de las estatuas. Se respiraba un aire limpio. Avanzábamos por un laberinto de panteones. Al ver el primer sendero entendí por qué íbamos en grupo. Era fácil perderse.

Éramos los únicos británicos del grupo de diez visitantes en el que nos incluyeron después de que tía Mildred pagara las tres entradas. La guía era una chica joven, quizás habría terminado historia del arte al año anterior. Hablaba a borbotones. Tenía pinta de disfrazarse de vampira todos los Halloween. Llevaba un *piercing* en la nariz. Iba muy abrigada. Usaba mitones. Sujetaba en una mano unos papeles enrollados pero se sabía el discurso de memoria. La otra mano trataba de tenerla en el bolsillo el mayor tiempo posible.

Con un tono de voz entusiasta iba explicando anécdotas y peculiaridades del cementerio. Gracias al mapa que había impreso Giu, sabíamos que la visita sería larga y el círculo del Líbano, donde sabíamos que se hallaba el árbol de trescientos años, se encontraba a mitad del recorrido. Estábamos impacientes por llegar. Cuando eso ocurriera, teníamos previsto actuar.

Tía Mildred no dejaba de hacer fotos con su teléfono móvil mientras escuchábamos a la guía. Los turistas la imitaban. Sorprendía la cantidad de tumbas que había a un lado y al otro del camino. La visión de esas estatuas me trasladaba a una época remota, de antepasados, en blanco y negro. En un ambiente de leyenda se sucedían obeliscos y columnas que me hacían creerme Indiana Jones. Por aquella avenida se repetían las figuras de ángeles y animales esculpidos en

piedra gris y blanca desgastada por el tiempo. Uno podía fácilmente imaginar a los The Cure cantando en cualquier recodo. Esas lápidas hablaban de muertos burgueses. Leía nombres y apellidos grabados en la piedra y trataba de imaginarlos al descifrar las fechas de su nacimiento y de su muerte.

El camino era cuesta arriba. La vegetación era poco frondosa, pues el frío del invierno había dejado a muchos de los árboles sin hojas. Continuamos enfilando la Avenida Egipcia y nos detuvimos frente a una puerta de hierro. Ante nosotros quedaba una pequeña fortaleza. Cada vez que nos parábamos sentía el frío en mis pies. La guía no se entretuvo demasiado. Al llegar al cedro del Líbano y empezar su discurso Giulietta me miró: ese era el guardián que mencionaba la pista de Willoughby. Llamaba la atención la cantidad de símbolos ornamentales que guarnecían las diferentes tumbas y panteones. Por ejemplo, la antorcha boca abajo presente en algunas puertas indicaba la vida extinguida, y la serpiente que se mordía la cola dibujando un círculo, que aparecía en otras tantas puertas de panteones, simbolizaba la inmortalidad, porque no tiene principio ni fin. La guía insistió en que al pie de muchas cruces había tres escalones, de menor a mayor, que representaban fe, esperanza y caridad.

Al escuchar esta última palabra Giulietta me dio un codazo y tía Mildred nos miró a los dos. Era la clave de lo que buscábamos: debíamos encontrar la tumba de Matilda Boyson antes de irnos.

Era el momento de poner el plan en marcha. Giu y yo nos rezagamos simulando tomar fotos y dejamos que el grupo avanzara. Tan pronto estuvimos solos empezamos a mirar cruces tumba por tumba, ordenadamente, con el objeto de dar con la última morada de nuestra Matilda.

—Si tú no estuvieras aquí conmigo me moriría de miedo —dijo Giulietta a pesar de que el sol empezaba a asomarse.

—Mira, Giu, si salimos de esta, tendremos que celebrarlo con algo grande, tú y yo solos —añadí yo sin pensar lo que decía.

Giulietta me miró durante un segundo, como si estuviera analizando mis palabras. Bajó la mirada. Se había sonrojado.

Algunas lápidas aparecían cubiertas de nieve. Solo cuando pasábamos la mano quedaban al descubierto nombres y fechas. Teníamos que darnos prisa si no queríamos quedarnos encerrados. Después de cada visita se cerraban las puertas del cementerio y temíamos que la guía descubriera nuestra ausencia. Había perdido la cuenta de los nombres y las cruces que llevábamos vistas y Matilda se empeñaba en jugar al escondite con nosotros.

Giulietta resbaló de repente por culpa de una capa de hielo. Instintivamente la cogí por la cintura y la acerqué contra mi cuerpo. Terminamos pegados, el uno frente al otro. Parecía una escena sacada de una mala película romántica. Hacía mucho que no tenía a una chica tan cerca de mí. No pude evitar que mis piernas flaqueasen. Creo que ella sintió lo mismo porque giró la cabeza. Entonces dijo:

—Aquí está. Es esta.

Nos arrodillamos. Pasé la mano para acabar de limpiar la nieve que quedaba sobre la lápida: Matilda Boyson, 8-3-1898 — 10-7-1909. «Nuestro amado ángel, que nuestro señor se llevó prematuramente».

Resultó que Matilda era una niña.

Empujamos el escalón que según la guía correspondía a la «caridad». Aquello no se movía.

No había manera. Willoughby había hecho bien su trabajo al esconder la segunda pieza. Probamos los otros dos escalones bajo la cruz, el de la esperanza y el de la fe. Sin resultado.

—Tiene que haber truco. Debe haber algún resorte.

—Sí, Giu, pero no tenemos tiempo.

Vi a Giuletta palpar todas las letras de la lápida.

—Prueba en las «os» de Boyson. Parecen huecas.

Suspiramos a la vez. Imaginé cómo debió sentirse Howard Carter al hallar la tumba de Tutankamon. Giuletta introdujo sus dos dedos índices en las dos letras «os» de Boyson. Tras un par de segundos que se me hicieron eternos, se oyó un crujido de piedra. Habíamos acertado. La esquina derecha de la base de la tumba se abrió. Por un segundo me pregunté cómo Willoughby se las había ingeniado para esconder la pista ahí: ¡menudo tipejo siniestro debía haber sido!

Las blanquísimas manos de Giuletta extrajeron una pieza romboidal envuelta en un papel amarillento. Sin ni siquiera leerlo, Giu la guardó en su pequeño bolso negro y recompuso la esquina de la tumba. Nos abrazamos y noté la punta de su nariz helada en mi cuello, y por extraño que suene me pareció la sensación más agradable que pueda existir. Echamos a correr sendero abajo. Teníamos miedo de que las puertas ya estuvieran cerradas. Por fortuna divisé a lo lejos a tía Mildred entreteniendo a la guía. Como si intuyera nuestra llegada se giró y sin dejar de correr alcé los pulgares. Misión cumplida.

Capítulo 10

GIULIETTA

Hasta que no llegamos a casa y nos cercioramos de que estábamos solos, no nos atrevimos a leer la última pista encontrada junto a la pieza. Tía Mildred leyó en voz alto: «En el jardín más famoso de Londres, pregunta por un barco de humo esperando zarpar».

Los tres nos miramos sin saber qué pensar.

—¿Perdona? —preguntó Greco—. ¿Puedes volver a leerlo, tía?

La segunda lectura nos dejó tan a oscuras como la primera. ¿A qué se podía referir? Pero no había tiempo que perder. Mientras Greco y yo encendíamos mi portátil, tía Mildred rescataba un mapa de un cajón y lo desplegaba sobre la mesa. Ante mi mirada interrogante, dijo:

—Londres está llena de jardines y parques, si no sería una ciudad asfixiante.

—¿Hay algún jardín cerca de los muelles? —pregunté—. Por lo del barco, digo.

—Pero, una cosa: ¿los barcos de hoy echan humo? —preguntó Greco.

—Ahora que lo dices, creo que no —apuntó Mildred—. Eso era en la época del Titanic.

Teníamos un montón de preguntas y ninguna respuesta. Tirando del hilo, empecé a buscar compulsivamente en Internet algo relacionado con Londres, los barcos y el humo. Pero sin resultado. Cada pista nos llevaba a otra, a otra idea, pero nada que remotamente nos aclarara las cosas. Tía Mildred incluso trató de dibujar un barco en el mapa de la ciudad.

—¿Y si la pista está en uno de los barcos para turistas que recorren el Támesis? —preguntó Greco—. Deberíamos montarnos en uno y preguntar.

—Pero eso no tiene sentido con lo de «el jardín más famoso de Londres» —dije—. Tiene que ser más sencillo, ¿no?

Tía Mildred levantó la montura de las gafas hasta la frente y se frotó los ojos con el pulgar y el índice. Miré por la ventana. Se había hecho de noche sin darnos cuenta y ni siquiera habíamos parado para comer.

—Si queréis nos tomamos un descanso —propuse.

Sin responder siquiera, tía Mildred se levantó y fue decidida a la cocina. Greco estaba ansioso, se le notaba la tensión en los hombros: parecía un animal enjaulado a punto de saltar.

—Creo que se nos está pasando algo por alto —dije.

—Tienes razón —dijo frustrado. Y luego, pensativo—: Pero ¿qué se nos está pasando por alto?

Suspiré. Ni yo misma lo sabía. Pero abrí la boca y las ideas empezaron a dispararse:

—A ver. Para empezar, esta pista tiene más de cuarenta años, pero habla de un barco a punto de zarpar. Raro, ¿no? Además, de un barco de humo. Yo creo que no debemos ser literales. Creo que debe ser algo en plan metafórico o poético, ¿sabes? Lo que parece más sólido es la parte de «el jardín más famoso de Londres». A ver, si es el más famoso, debe ser Kensington Gardens.

—O Covent Garden —apuntó Greco.

—Pero eso no es realmente un jardín —dije.

—Pero lo fue, me lo contó mi padre una vez.

Tía Mildred entró entonces con una bandeja llena de sándwiches de atún y maíz. Greco y yo nos abalanzamos sobre la comida. De repente se nos había abierto el apetito.

—¿Sabéis qué es lo que realmente me molesta de esta pista? ¿Lo que realmente me irrita? —preguntó Mildred—. Lo de «pregunta». Esa es la palabra clave, estoy convencida. Preguntar, vale, pero, a quién. ¿Se supone que alguien en el jardín más famoso de la ciudad está esperando a que vayamos? Inquietante cuando menos.

—¿No vas a comer nada, tía? —le pregunté. Era la primera vez que llamaba a Mildred «tía».

Ella sonrió y me acarició la cara con el dorso de la mano en un gesto maternal que agradecí.

—No, no tengo hambre. Creo que voy a dar un paseo a ver si me aclaro las ideas. Si pasa cualquier cosa, me llamáis. Y si veis que falta algo en la nevera, lo mismo.

Tía Mildred se puso el abrigo y la bufanda violeta de lana que le daba un aspecto de chica revolucionaria. Paradójicamente, su estilo *vintage* la rejuvenecía.

—Tía, deberías guardar la pieza en la caja fuerte antes de irte.

—Tienes razón, pequeño. Es muy importante mantenerla a buen recaudo por lo que pueda pasar.

Al cabo de unos minutos nos quedamos Greco y yo a solas. Verle dibujando círculos a mi alrededor me ponía nerviosa.

—Lo echas de menos, ¿no? —pregunté.

Él se giró con mirada interrogante, pero enseguida supo a qué me refería.

—Sí. Hace tres días que no hago ejercicio.

—Si quieres salir a correr, vete. Yo estaré bien.

—¿Seguro?

—Sabes que soy más fuerte de lo que parece.

Dos minutos después acompañé a Greco hasta la puerta y la cerré dando dos vueltas de llave. No quería aparentar miedo, pero quedarme sola en la casa no era mi escenario favorito. Supongo que he visto demasiadas películas de terror en las que una chica espera en una casa con demasiados huecos donde esconderse.

Subí a mi habitación y me senté en la cama con el ordenador sobre las piernas. Seguía dándole vueltas a la pista del barco de humo. Cada vez tenía más claro que debía de ser algo metafórico pero ¿el qué?

De pronto me pareció escuchar un ruido en el piso de abajo. Me dije a mí misma que serían imaginaciones mías, pero no conseguí convencerme. Así que me armé con una pesada linterna de metal que encontré en un cajón y me levanté sigilosamente al más puro estilo gato... Cuando de repente sonó el móvil y me sobresalté de tal modo que se me cayó la linterna sobre la moqueta y el corazón se me disparó en el pecho. Por un momento irracional la imagen encapuchada de El

Flautista se me apareció. Respiré hondo y comprobé quién llamaba. Era tío Ernest. Me hizo ilusión que se acordara de mí a pesar de la situación. Me preguntó si había vuelto a Bournemouth, con quién me alojaba, cómo estaba. Aunque me quemaba en la lengua, no me atreví a contarle lo que sabíamos de El Flautista; no podía hablarle de nuestra desesperada búsqueda de las pistas sin ponernos a todos en peligro. Tampoco le pregunté por mi tía, pero él se adelantó y me contó que seguía mal, que se estaba medicando para poder conciliar el sueño. Nos despedimos con la vaga esperanza de reencontrarnos para pasar las Navidades todos juntos, compartiendo mesa con mi querida prima Martha.

De pronto me pareció escuchar de nuevo ruidos en el piso de abajo. Ahora no podía habérmelos imaginado. Agarré de nuevo la pesada linterna de metal y, descalza como estaba, bajé sigilosamente la escalera, tanteando cada escalón para evitar que crujiera. Oí una respiración que parecía provenir de la biblioteca: sin duda había alguien en la casa. En un principio, no supe qué hacer. Quizá debía volver a subir y llamar a la policía. O a Greco. O a tía Mildred. O a todos. Pero la posibilidad de atrapar al Flautista era demasiado golosa para perder el tiempo. Decidí arriesgarme. De puntillas, me acerqué a la puerta y, después de coger aire para armarme de valor, la empujé con el pie y salté dentro blandiendo la linterna y al grito de «¡Alto ahí estoy armada!».

Lo que me encontré fue a Greco en medio de la sala, haciendo ejercicio empleando dos gruesos libros a modo de pesas. Al oírme se asustó y se le cayeron al suelo. Leí los títulos y dije atacada de la risa:

—Estoy convencido de que Dickens y Tolstoi se revolverían en sus tumbas si supieran cómo utilizas su literatura, pedazo bruto.

Estaba sudado y pareció sentir pudor de que yo le viera así, todo acalorado.

—Lo siento, pero he cambiado de opinión en cuanto a lo del gimnasio. Y como no te vi aquí abajo, supuse que estabas durmiendo.

—Me has dado un buen susto.

—Lo siento. Oye, voy a darme una ducha —dijo—. Por cierto, ¿has averiguado algo?

—No —me lamenté—. Y no creas que no le he dado vueltas.

Greco se me acercó y me pasó el dorso de la mano por la cara, repitiendo la caricia que apenas un par de horas antes me había hecho su tía.

Mientras Greco estaba en la ducha, sonó su móvil. No pude evitar mirar quién le llamaba. Era tía Mildred. Contesté.

—Niños, creo que lo he resuelto. Coged un taxi inmediatamente y venid a Covent Garden.

Capítulo 11

GRECO

Cuando bajamos del taxi todavía tenía el pelo mojado. Nos encontramos con tía Mildred en una de las cafeterías del piso de abajo. Acababa de tomarse la segunda Bombardier. Había numerosos turistas y un artista callejero cantaba ópera a pleno pulmón. Si algún día me llega a conmover la ópera, querrá decir que me he hecho mayor.

No llegamos a sentarnos. Tía Mildred tenía la misma prisa por contarnos que nosotros por que nos contase:

—No os vais a creer la suerte que hemos tenido. He salido de casa con la intención de aclarar mis ideas y recorrer a pie todos los jardines de la ciudad. Y a la vuelta, he pensado en pasar a comprar jabones hechos a mano. La palabra «Garden», no sé por qué, me ha animado a quedarme aquí, a recorrer todas las tiendas. Y creo que lo he encontrado. He encontrado el barco de humo a punto de zarpar. Me ha costado lo suyo relacionarlo, pero creo que he dado con la pista. He pasado setecientas mil veces por delante y nunca había reparado en ella —dijo señalando una tienda del piso de arriba.

Giu y yo nos miramos confusos. Subimos a toda velocidad. La tienda estaba situada en una esquina del interior de Covent Garden. Se trataba de un establecimiento de pipas y artículos para fumadores. En la puerta habían colocado a modo de reclamo la figura de un soldado escocés ataviado con el kilt tradicional y una gaita al hombro. En el escaparate había todo un muestrario de pipas de marfil detalladas. Llamaba la atención un par de ellas con forma de barco. Tía Mildred nos apremió con la mirada para que la felicitáramos.

—Creo que no lo pillo. ¿A qué te refieres? —preguntó Giu.

—Yo tampoco lo pillo —añadí.

—A ver, niños, estamos en Covent Garden, el jardín más famoso de Londres, unos barcos de humo a punto de zarpar... Mirad estas pipas en forma de barco. Barcos de humo a punto de zarpar. Tiene que ser aquí. Creo, sin duda, que la clave tiene que estar aquí dentro. Pero no me atrevía a entrar sola, prefería que lo hiciéramos juntos.

Fue ella quien abrió la puerta. Una campanilla anunció nuestra entrada. El aspecto del dependiente tenía todos los números para llevar allí más de medio siglo. Unos anteojos se sujetaban milagrosamente de la punta de su nariz. Lucía un retorcido bigote al más puro estilo Dalí.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarles?

Tía Mildred carraspeó, dibujó la mejor de sus sonrisas y finalmente añadió:

—Lo que le voy a preguntar seguramente le va a sonar muy raro pero ¿por casualidad le dice algo la frase: «un barco de humo a punto de zarpar»?

Aquel señor nos miró atónito durante unos instantes, fijando la vista en cada uno de nosotros por turnos, hasta que prorrumpió en una estruendosa carcajada. Parecía mentira que un hombre tan pequeño pudiera reír tan fuerte.

—Llevo cuarenta años esperando este momento. Esperando que alguien entrara por esa puerta y me preguntara exactamente eso —anunció con el semblante feliz mirando a tía Mildred—. Un segundo, enseguida vuelvo.

Se dirigió a la trastienda. Nos miramos sin decir palabra. En la temblorosa mirada de Giulietta se leía la excitación por saber más. La intuición de tía Mildred había resultado milagrosamente acertada. Desabroché la cazadora y tía Mildred se soltó el pañuelo del cuello. De pronto todos teníamos calor.

El señor apareció a los pocos minutos con una caja similar a las que habíamos encontrado en Camden y Highgate. La dejó sobre la mesa. De un cajón sacó un trapo de gamuza con el que la limpió escrupulosamente. Se ajustó la montura de las gafas y dijo:

—Antes de que muriera, mi padre me habló mucho de su amigo William Willoby. Esta caja era suya y me dijo que algún día alguien vendría preguntando por ella. Nunca imaginé que ese alguien fuera un trío tan peculiar como el que ustedes forman.

Hasta en el lenguaje que utilizaba parecía un hombre de otra época.

Yo mismo abrí la caja. Era rectangular y perfectamente podían caber un par de zapatos dentro. Enfundada en el terciopelo rojo del interior aparecía una refinada pipa cuya cazoleta era de marfil y tenía labrada la forma de un barco. La cánula era de madera. Junto a ella había una pieza semejante a las dos que ya teníamos. Pero no había ni rastro de ningún papel con la siguiente pista.

El dueño de la tienda estudió nuestras caras en busca de respuestas. Giu cogió la pieza, la miró a la luz y enseguida se la guardó en su abrigo.

—Una menos —dijo—. Pero falta la siguiente pista, el papelito.

Asintiendo, me adelanté para coger la pipa. Me pareció muy ligera. Intuí que estaba hueca. Cuando vi que en el interior de la cazoleta no había nada, no dudé en separarla de la cánula. Lo hice con un movimiento rápido, casi violento, que hizo que el dueño abriera los ojos expectante como un niño la mañana de Navidad. Entonces probé en golpearla contra la palma de mi mano y del interior empezó a salir un finísimo papel enrollado. Había encontrado la siguiente pista.

El dependiente estaba tan maravillado como nosotros.

—No será el mapa de algún tesoro, y yo sin saberlo —preguntó el hombre, medio en broma medio en serio.

—De momento no podemos explicárselo, pero tan pronto podamos, volveremos y le contaremos toda la verdad del asunto. Aunque dudo que nos crea cuando sepa toda la historia —opinó tía Mildred por boca de todos—. Y ahora debería decirnos cuánto le debemos.

—No puedo cobrarles, por favor... Lo que sí necesito es el compromiso por su parte de que me harán partícipe de este misterio cuando lo resuelvan.

Tía Mildred estiró la mano.

—Tenemos un trato —dijo mientras el dependiente se la apretaba con solemnidad.

Ya con la puerta abierta, a punto de salir, Giulietta se giró, se acercó al mostrador, se puso de puntillas y plantó un sonoro beso en la mejilla del señor, que sonrió como si hubiera encontrado el tesoro.

Hicimos el camino de regreso a paso ligero. Una especie de miedo nos incitaba a llegar a casa cuanto antes. Giulietta miraba a cualquier hombre que se nos cruzara con el temor de que fuera el Flautista. Ella apretaba la pieza en el bolsillo de su abrigo, asegurándose que seguía ahí cada segundo. En la pausa de un semáforo, tía Mildred dijo:

—Dejamos la pieza en la caja fuerte y nos vamos de cena, nos lo hemos ganado. ¿Qué os apetece?

Tanto Giu como yo nos encogimos de hombros.

—Tú lo has encontrado y tú lo decides, tía —dijo Giu.

—Pues me apetecen mucho unos burritos y unas fajitas, así que os voy a llevar a mi mexicano favorito.

Al llegar al portal, de pronto se nos apoderó el miedo de hallar una nueva carta del Flautista, pero ni en el suelo ni en el buzón había nada. Respiramos aliviados y al entrar en casa ocupamos el sofá. Tía Mildred encendió las dos lámparas. Como si aquello fuera un servicio religioso, empecé a leer la nueva pista: «el pequeño músico se alza sobre unos libros que esconden más que palabras».

Capítulo 12

GIULIETTA

El miércoles diecinueve de diciembre se nos acabó la suerte. Esta última pista resultó mucho más compleja. No había nada que nos ayudara a acotar la búsqueda. Por más que la leyéramos una y otra vez, no le encontrábamos sentido. Las palabras clave eran «pequeño músico» y «alzado sobre dos libros». Durante los tres días siguientes, me dediqué a rastrear por Internet cualquier referencia, sin resultado. Greco fue a la biblioteca y repasó en las hemerotecas periódicos de la época de Willoughby en busca de alguna referencia. Por su parte, tía Mildred escribió un correo electrónico a todos sus amigos y conocidos, que eran legión, preguntándoles si les sugería algo esa pista, con la excusa de que estaba participando con nosotros en un juego de rol. Visitamos salas de conciertos, conservatorios, tiendas de instrumentos tradicionales y modernos, tiendas de discos, a un par de viejos *luthiers* que nos tomaron por locos e incluso fuimos al Royal Albert Hall, la sala de conciertos más famosa del país; pero cuanto más buscábamos, más perdidos nos sentíamos. Y mi prima Martha y el resto de niños continuaban desaparecidos. En la prensa se seguía haciendo eco de la noticia, pero al no haber más secuestros la ciudad estaba sumida en una especie de tensión sin esperanza. En los medios de comunicación los expertos vaticinaban que cuantos más días pasaran, menos posibilidades había de encontrar a los pequeños con vida.

El sábado de esa misma semana me levanté sin fuerzas. Faltaban tres días para Navidad y nueve para fin de año, la fecha en que el Flautista cumpliría su amenaza si no encontrábamos las piezas que faltaban para completar la caja de Pandora. Me duché y me vestí, otra vez con el vestido negro de lana que me había comprado en Portobello. Sentí que necesitaba ponerme otra ropa para animarme. Puede que suene frívolo, pero echaba de menos mi armario.

En la casa no había nadie. Encontré una nota de Greco diciendo que se había ido al gimnasio: «necesito eliminar tensión». Tía Mildred, siempre tan atenta, me había dejado unos sándwiches de pavo y pepinillo cortados en forma de estrella. Me preparé una taza de te y me senté con el desayuno delante de la tele con la intención de ver los dibujos animados de los sábados por la mañana. Necesitaba algo que me distrajera aunque fuera durante media hora. Pero lo primero que apareció en la pantalla fue el rostro de mi tío Ernest. Di un respingo en el sillón. ¿Habría habido un nuevo secuestro? Subí el volumen. No, se trataba de un reportaje donde un periodista de la BBC se hacía eco de la noticia: que no había nuevas noticias. Pensé en mis tíos, en cómo se

sentirían, en cómo me habían excluido, y de repente eché de menos a Mildred: tenía muchas ganas de abrazarla. Entonces tomé una decisión.

Agarré el abrigo, mi bolsa de bandolera con un libro y mi iPod y escribí una nota que luego pegué en la nevera con un imán: «Queridos Mildred y Greco: me bajo a Bournemouth en busca de ropa y a ver a mi madre. Volveré mañana para la hora de comer. Si hacéis algún descubrimiento llamadme enseguida, por favor. Abrazos, Giu».

Cogí el metro hasta Waterloo Station y compré un billete para el primer tren que salía con destino a mi ciudad natal. Me senté junto a una ventana y me puse el segundo disco de The Arctic Monkeys, mi favorito de los suyos. Aunque Londres estaba nublado, a medida que nos alejábamos de la capital el cielo comenzaba a despejarse tímidamente.

Cuando llegamos a Bournemouth lucía un sol radiante, lo cual contrastaba con los adornos navideños que cubrían tiendas y calles. De pronto, toda la tristeza que yo arrastraba conmigo parecía fuera de lugar: me sentí como si en lugar de haber recorrido algo menos de ciento cuarenta kilómetros hubiera hecho un viaje hacia atrás en el tiempo, a cuando era niña y por estas fechas mi única preocupación era que Santa Claus me trajera muchos juguetes.

Me subí al autobús en dirección a casa. Se me hacía raro: parecía que hubieran pasado un par de meses en lugar de un par de semanas.

En mi casa había luz. Mi madre me había mandado un SMS hacía un dos días anunciándome su regreso. Rebusqué en mi bolsa y saqué las llaves. Dentro se escuchaba música, parecía *soul*, Marvin Gaye. Me extrañó, porque mi madre siempre protestaba cuando ponía mi música apenas un poco más alto que el zumbido de una mosca. Abrí la puerta y nada más entrar me topé con un hombre con una espesa barba negra que solo llevaba puestos unos calzoncillos. Me llevé tal susto que de forma instintiva me saqué la bolsa que llevaba colgada y haciéndola girar sobre la cabeza le golpeé en la cara. Mientras el hombre caía de culo sobre la moqueta escuché a mi madre gritando mi nombre desde lo alto de la escalera:

—¡Giulietta se puede saber qué haces!

—No sé... —balbuceé—. Me he asustado.

Mi madre bajó las escaleras de dos en dos. A pesar de que era casi la una de la tarde, iba vestida con una especie de camisón que transparentaba más de lo que yo hubiera deseado. En lugar de acercarse a abrazarme, se agachó para ayudar al hombre a levantarse.

—Eugenio, esta es mi salvaje hija Giulietta.

Eugenio se levantó, parecía divertido con la escena.

—Es muy guapa —dijo con un fuerte acento extranjero.

—Giulietta, este es Eugenio, un amigo español.

Lo miré de arriba a abajo: era mucho más joven que mi madre, debía rondar los veinticinco años.

—Enhorabuena, mamá. Papá y tú cada vez os parecéis más: ambos compartís el gusto por la juventud.

Mi madre me lanzó una mirada que podría haber partido por la mitad a un roble de doscientos años.

Recordé mis buenos modales y estiré la mano hacia Eugenio:

—Encantada.

Él me la estrechó con fuerza y dijo:

—Mejor me pondré algo de ropa.

—Gracias —dije. Y luego, dirigiéndome a mi madre—: Solo he venido a coger ropa. Me quedaré esta noche, si no te viene mal, y mañana por la mañana volveré a Londres.

La expresión de mi madre se relajó.

—Claro, esta sigue siendo tu casa siempre que quieras, Giulietta —dijo.

¿Lo era?, me pregunté a mí misma. ¿Era realmente mi casa, mi lugar?

Medía hora más tarde, mi madre y Eugenio salieron a comer. Me invitaron a que fuera con ellos, pero decliné la oferta. Durante el trayecto en tren había imaginado el reencuentro con mi madre, cómo nos abrazábamos y me preguntaba cómo estaba y yo le contaba mi estancia con Mildred y Greco, lo duro que habían sido las dos últimas semanas y cómo ella me daba ánimos y me reconfortaba. Pero había salido por la puerta con su nuevo novio y ni siquiera me había dado un beso de bienvenida.

Pedí comida tailandesa a domicilio. Mientras esperaba que me la trajeran, me pasee por la casa. Mi dormitorio parecía más pequeño. Sin duda, era la mitad del que tenía en casa de tía Mildred. Cogí la maleta más grande que encontré y la empecé a llenar de ropa. Al terminar me sorprendí pensando que, si me iba y no volvía más, no echaría nada de menos de aquel cuarto. Sonó el timbre y bajé a abrir al repartidor. Luego me senté en la cocina y encendí la radio para que me hiciera compañía. Me había acostumbrado a compartir comidas con Greco y Mildred, y comer sola otra vez se me hacía raro y triste.

Decidí que no podía quedarme encerrada en casa todo el día. Cogí el móvil y marqué el número de Kate. Aunque en los últimos tiempos nos habíamos distanciado, Kate había sido lo más parecido a una amiga que había tenido durante la infancia. Íbamos juntas a clase y vivíamos en la misma calle y eso, cuando eres niño, es suficiente para formar una amistad. Pero al cumplir los doce ella había cambiado de colegio y poco a poco fuimos perdiendo contacto. Sin embargo, cuando nos cruzábamos siempre nos saludábamos con cariño y a veces quedábamos para tomar un te y ponernos al día. Nunca habíamos salido juntas de fiesta, pero esa tarde necesitaba salir y hablar de cosas de chicas y olvidarme del Flautista y de la caja de Pandora y de la amenaza que flotaba sobre mi cabeza. Pero Kate no contestó el teléfono. Abatida, subí a mi habitación, me tumbé en la cama y al cabo de un rato me quedé dormida.

El timbre del teléfono me despertó sobresaltándome. Mi primer pensamiento fue para Greco. Pensé que él y tía Mildred habrían descifrado la pista y me llamaban para decirme que tenía que volver a Londres inmediatamente. Pero no. Era Kate. Me invadió una extraña mezcla de alegría y decepción.

—¡Hola, desaparecida! —gritó—. ¡Cuánto tiempo!

Me separé el auricular de la oreja: ¡tanto entusiasmo podía dejarme sorda!

—Lo sé, Kate, lo siento. Soy un desastre.

—Anda, chica, déjate de disculpas, no seas tonta. Dime, ¿qué te cuentas?

—Pues nada, que estoy en Bournemouth...

—Eh, no sabía que habías estado fuera —me interrumpió.

—Buf, sí, es una larga historia. Ya te contaré. Oye, ¿haces algo esta tarde?

—¡Claro! ¡Es sábado y estamos de vacaciones! He quedado a las ocho con unos amigos de mi instituto para dar una vuelta por el paseo marítimo, han puesto una feria. ¿Te apuntas?

—Ah, bueno, no sé...

—Hey, ahora no te hagas la difícil —dijo Kate hablando a toda velocidad—. Te vienes y punto. Te paso a recoger en... dos horas y media. Y ponte guapa; hay un chico, Robert, que hace un montón para ti.

—Pero yo...

—No hay peros que valgan, niña. Hasta dentro de un rato. ¡Besitos!

Cuando colgué me quedé un rato mirando el teléfono como una tonta, intentando asimilar toda la información. Sonreí. Una noche así era justo lo que necesitaba.

Siempre he pensado que lo mejor de salir de fiesta son los preparativos, cuando piensas que te vas a poner y se te agarra en el estómago la sensación de que cualquier cosa es posible. Siempre elijo mi atuendo en función del calzado que me apetece ponerme: escogí unas botas Doc Martens azules con los cordones amarillos, una combinación de colores que me encanta, en plan bandera de Suecia. Luego unas medias azules, unos calcetines blancos que sobresalían por encima de las botas, un pichi también azul que me llegaba justo encima de las rodillas, debajo una camiseta de manga larga de rayas horizontales azules y blancas y rematé el conjunto con un cinturón fino amarillo y un clip para el pelo del mismo color en forma de estrella. Esta feo decirlo, pero estaba muy mona.

Cuando estaba maquillándome llegaron mi madre y Eugenio. Entraron riendo y montando alboroto como dos adolescentes borrachos. Desde el divorcio de mis padres, parecía que se habían invertido los papeles y que yo era la adulta responsable. Y la verdad es que ya estaba cansada de eso.

—Cariño, ¿vas a salir? —me preguntó mi madre irrumpiendo en el lavabo.

—Sí, he quedado con Kate para dar una vuelta.

—¡Cómo me alegro! —exclamó. No supe si se alegraba por mí o por poder estar a solas con su «amigo».

Se me quedó mirando de arriba a abajo, como si me pasara un escáner por el cuerpo. Luego soltó la pregunta que yo ya sabía que iba a pronunciar:

—¿Y vas a salir así vestida?

—Mamá, por favor, no empieces.

—No, no, si yo no digo nada... Es solo que eres tan guapa que si te sacaras algo más de partido. ¿Por qué no te pones algo con escote?

—Mamá, estamos en pleno invierno, te lo recuerdo. Además, no sé con qué lo iba a llenar.

—Querida, existen unos sujetadores especiales que...

—¡Mamaaaaá!

—Vale, vale, no he dicho nada.

Terminé de ponerme sombra de ojos y, cuando iba a pintarme los labios, mi madre me interrumpió:

—Espera. Un segundo. Si vas a maquillarte para salir, debes hacerlo bien.

Rebuscó en sus cajones y sacó un pintalabios Chanel nuevecito.

—Prueba este.

Lo hice. Era de un rojo intenso, perfecto.

—¿Lo ves? Te queda ideal. De hecho, quédatelo. Te lo regalo.

—¿En serio?

—Claro, toda mujer debería tener un pintalabios como este.

Era la primera vez que mi madre me llamaba «mujer». De repente todo el rencor se disipó. Me di la vuelta y me abracé a ella. Me abracé con fuerza.

—Cariño, ¿va todo bien?

No, tuve ganas de contestar. Nada va bien. Pero no lo dije. ¿De qué serviría? Si le contaba todo lo que estaba pasando, lo primero que haría es pensar que me había vuelto loca. O peor: trataría de meterme en un avión y llevarme lejos, obligarme a huir de los problemas como siempre hacíamos en mi familia. Pero yo ya no era una niña.

Escuché el timbre de la puerta.

—Esa es Kate —anuncié.

Me puse mi abrigo marinero y bajé a toda prisa. En la entrada estaba Eugenio, sujetando la puerta y coqueteando descaradamente con Kate, que llevaba unos Louboutin de tacones de vértigo que debían de ser de su madre, un vestido negro cortísimo y ajustado a sus generosas curvas y un bolso rojo en la mano. Y nada más.

—Tía, te vas a congelar.

—Chica, que yo soy del norte —dijo riendo.

Los padres de Kate eran de Newcastle, pero escuchándola cualquiera diría que habían nacido en Laponia.

—Chica, estás igual —anunció dándome un abrazo.

Claro, pensé. Al fin y al cabo apenas hacía unos meses que nos habíamos visto. Sin embargo, aunque me viera igual por fuera, me sentía diferente por dentro. En los últimos tiempos había descubierto que hay un mundo distinto a nuestro alrededor, un mundo que da miedo, y eso te ha de cambiar por fuerza.

Los amigos de Kate lo formaban un grupo ruidoso y divertido de chicos y chicas de nuestra edad. Algunas caras me sonaban de haberlas visto por la ciudad. Kate me los presentó a todos precediendo mi nombre con la frase «mi buena amiga» y sin soltar mi brazo. Parecía haberse tomado muy en serio la labor de cuidar de mí esa noche. Y yo no podía estar más agradecida.

Comimos *fish and chips* en un puesto de la playa y luego fuimos a la feria junto al malecón. Aunque soplaban un fuerte viento, el ambiente era tan festivo como lo recordaba de siempre: las luces parpadeantes de las diferentes atracciones, el sonido de las máquinas tragaperras y las exclamaciones de júbilo que llenaban el aire, el olor a comida rápida y dulces. Nos subimos primero en la noria y luego en una pequeña montaña rusa. Cuatro veces. Al bajar corríamos todos para volver a ponernos en la cola. Al hacerlo nos entraba la risa, sin motivo. Todo parecía tan fácil que pensé que jamás me cansaría de estar ahí. Podría quedarme a vivir en la feria para siempre y alimentarme de palomitas, algodón de azúcar y refrescos.

Después le tocó el turno a los autos de choque. Kate, siempre sonriente, se subió en uno con un chico alto que llevaba una gorra de visera puesta del revés y que agarró el volante con una mano y pasó el otro brazo sobre los hombros de ella. ¿En serio, Kate?, pensé. ¿En serio? Puedes conseguir algo muchísimo mejor.

—¿No subes? —me preguntó Robert. Era el chico que Kate había dicho que «hacía mucho» para mí. La verdad es que era guapo, pero se notaba demasiado que él era consciente de ello, como esos cantantes con que algunas chicas forran sus carpetas.

—No sé conducir —contesté.

—Para manejar uno de estos cacharros no hace falta saber conducir —dijo riendo—. Se trata

solo de pisar el acelerador y mover el volante. Súbete conmigo.

Dudé un instante. Me encogí de hombros:

—Bueno, por qué no.

No sé cómo algo tan primitivo y absurdo como es el hecho de chocar un cochecito contra el de otra gente resulta tan divertido, pero la verdad es que funciona. Al cabo de unos segundos me encontraba chillando y riéndome como una niña histérica. Cuando terminó la música y los vehículos se detuvieron, grité:

—¡Más! ¡Quiero más!

—Vale, pero ahora conduces tú.

Robert y yo nos cambiamos de asiento. Su costado derecho estaba pegado a mi izquierdo, y podía sentir su calor. Era una sensación agradable. La música machacona volvió a sonar y nos pusimos en marcha. Tardé unos segundos en hacerme con el volante, pero resultó serían fácil como Robert había dicho.

—¿Cómo es que no te había visto antes? —me preguntó.

—No sé. No salgo mucho, supongo.

—Pues eso vamos a tener que solucionarlo.

Su voz sonó tan impostada que no pude evitar reírme. Sin embargo, era halagador que un chico así intentara ligar conmigo. Aunque fuera de una forma tan torpe.

Después algunos quisieron entrar en la Casa del Terror. Yo dije que pasaba. Ya había bastantes sustos reales en mi vida como para disfrutar de unos falsos.

Mientras esperaba fuera de la atracción, Robert apareció con dos vasos de plástico con cerveza. Me ofreció uno. La acepté para no parecer una remilgada y bebí un trago.

—Vives en la misma calle que Kate, ¿no?

Asentí sin ganas de dar muchas explicaciones.

—¿Y qué instituto vas?

—A ninguno.

Ante su cara de sorpresa, me vi obligada a añadir:

—Me estoy tomando un año sabático hasta que sepa qué quiero estudiar.

—¿En serio? ¿Tus padres te dejan hacer eso?

—Bueno, sí.

—Vaya, qué enrollados.

—Sí. Ni te imaginas —resoplé.

Bebí otro trago de cerveza. Entró mejor que el primero.

—Si te apetece podríamos quedar algún día para ir al cine. Tú y yo.

Me volví a reír. El chico no se andaba con rodeos.

—Claro —contesté sin pensar.

Cuando Kate y el resto del grupo salió de la Casa del Terror, decidieron ir a un *pub*.

Resultó que el chico alto con la gorra hacia atrás era mayor de edad y consiguió pintas de cerveza para todos. El local estaba abarrotado, pero encontramos una mesa en una esquina y nos apretujamos todos a su alrededor. Yo estaba sentada entre Kate y Robert, que no dejaba de mirarme como un cachorrillo esperando que le lanzara un hueso.

—Ya te dije que hacíais buena pareja —me susurró mi amiga al oído.

—¿Tú crees? Yo no lo tengo tan claro.

—Toca la guitarra —dijo Kate como si fuera una contraseña—. Y le gustan grupos viejos como a ti.

Resultó que los «grupos viejos» a los que se refería eran Pulp, Suede, Blur y Oasis.

—A mí solo me gustan los dos primeros discos —dije refiriéndome a los de Manchester—. Luego se volvieron aburridos.

—¿En serio? Pues a mí me gustan todos sus discos —dijo Robert como disculpándose. Tenía tantas ganas de agradarme y coincidir conmigo que resultaba encantador a su manera.

De pronto sonó una canción que no supe reconocer y Kate y las otras chicas soltaron un grito. Sin saber cómo, me arrastraron al espacio entre mesas que hacía las veces de improvisada pista de baile. El ambiente estaba muy cargado y al cabo de dos canciones ya estaba sudando. Kate me echó el brazo por encima de los hombros y nos sacamos una foto con su móvil. Cuando me la enseñó me sorprendí al verme: me costó reconocermé en esa cara alegre.

—Parece que le gustas a Robert —dijo.

—¿De verdad? —me burlé—. Nunca lo hubiera sospechado.

Continuamos bailando y al cabo de un rato me acerqué a tomar un sorbo de cerveza.

—Qué calor hace aquí —dijo Robert—. ¿Te apetece salir a tomar el aire?

—Claro —accedí y cogí mi abrigo.

En el exterior, en una esquina había una nube apretujada de fumadores. Robert y yo fuimos a la otra. Del mar llegaba una brisa fresca y las luces navideñas parpadeaban encima de nosotros tiñéndolo todo de vivos colores. Era una bonita noche.

De repente, Robert se acercó a mí y cuando quise darme cuenta sus labios estaban a milímetros de los míos. Instintivamente le empujé. Durante unos segundos me miró sorprendido y luego bajó la vista.

—Lo siento —dijo.

—No. Lo siento yo.

—Pensaba... creía que te gustaba.

Me sentí fatal, incómoda, y no supe qué decirle.

—No es culpa tuya —dije finalmente tirando de tópico.

—¿Hay otro?

—¿Qué?

—¿Hay otro chico que te guste?

Greco apareció en mi mente.

—Si. Bueno, no. No sé. No puedo pensar en eso en este momento.

—Mejor entremos, ¿no? —propuso.

Al volver a la mesa y ver a Kate y a sus amigos bailando despreocupadamente me di cuenta: yo no pertenecía ahí. Por mucho que me apeteciera quedarme con ellos y olvidarme de todo, tarde o temprano me sentiría fuera de lugar. Mi sitio estaba en Londres, con Greco y Mildred.

Me despedí de Kate alegando que mi madre me había telefoneado. Me supo mal mentirle, pero era mejor que explicarle la verdad y estropearle la noche.

Cogí un taxi y volví a casa. Al llegar las luces estaban apagadas, así que pude subir a mi habitación sin tener que hablar con nadie. Ya en la cama, le mandé un mensaje a Greco: ¿Todo bien? Me contestó enseguida: Sin novedades. Te hemos echado de menos.

A la mañana siguiente me desperté, me duché y bajé con la maleta a la cocina. Mi madre

estaba tomándose la primera taza de café del día. Se ofreció a hacerme una.

—Odio el café, mamá —mi tono era de «ya deberías saberlo»—. Pero me prepararé un té.

—Al menos dejame que te haga unos huevos revueltos con salmón ahumado. Eso sí que te gusta, ¿no?

Asentí. Desayunamos juntas. Me contó de sus nuevos proyectos, las últimas adquisiciones que había hecho para la galería. Finalmente me explicó que estaba pensando en marcharse a España para pasar las Navidades.

—Siempre que a ti te parezca bien.

—Claro, mamá. No te preocupes por mí, en Londres estoy con buenos amigos.

—Tú siempre tan independiente. En eso has salido a tu padre —y en su voz había una nota de lamento—. De todas formas, aunque se sepa algo de tu prima, házmelo saber. Y llámame si necesitas algo.

Luego me tendió un sobre con más dinero en metálico del que una chica de mi edad debería llevar encima y nos despedimos con un abrazo. Me fui antes de que pudiera verme llorar.

El tren de vuelta a Londres estaba casi vacío. En mi vagón solo había una pareja de turistas japoneses y yo. No sé si era por llevar tanto dinero encima, pero me puse nerviosa. Las dos horas y media que duró el trayecto se me hicieron eternas. Tenía ganas de llegar cuanto antes a la casa de tía Mildred, de volver a ver a Greco. Por primera vez me di cuenta de que a su lado siempre me sentía protegida, incluso con la amenaza del Flautista flotando sobre nuestras cabezas.

Al llegar a Waterloo Station me sentí extrañamente inquieta. Al bajar al andén me giré como si temiera que me siguiera alguien. Era consciente de que se trataba de una sensación absurda, pero no podía evitarla. Casi corrí en busca de la salida, ansiosa por subirme en un taxi. De pronto me vino a la mente la advertencia de tía Mildred, días atrás, cuando nos dijo que no debíamos salir solos de casa.

—Señorita Hamilton.

Una mano se posó sobre mi hombro y no pude evitar soltar un pequeño chillido. Me giré: era Nayal, el inspector de policía.

—Lamento haberla asustado. ¿Se va de viaje?

Suspiré y traté de recomponer la compostura.

—No. En realidad vuelvo. He ido a Bournemouth a ver a mi madre.

Nayal sacudió la cabeza, pensativo.

—¿Es que... ha habido noticias de mi prima?

—No. Me temo que la investigación sigue en curso sin novedades.

Hubo un silencio incómodo. El policía me miraba como si quisiera leer mis pensamientos.

—Bueno, pues me voy.

Nayal volvió a sacudir la cabeza a modo de despedida. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Cuando me subía al taxi, una pregunta me vino a la cabeza: ¿estaba el policía siguiéndome?

Capítulo 13

GRECO

Volví del gimnasio temprano para estar presente cuando llegara Giulietta. Al abrir la puerta encontré una nota de tía Mildred: la habían invitado a comer unos amigos que por Navidad se iban a Jamaica. De pronto, me recorrió un escalofrío. Sin tía Mildred y sin Giu la casa se me caía encima. Yo también tenía miedo. Me sucede a menudo cuando me quedo solo. Aburrido, me puse a regar las plantas. Puede parecer cursi, pero me gusta conversar con ellas cuando estoy a solas. El color de las flores me transmite alegría.

—Greco, estás peor de lo que me pensaba. ¿De verdad estás hablando con una planta?

—Ostras Giu, me había olvidado de que tenías llaves, qué susto...

—Sí, sí, pero contesta a mi pregunta, ¿hablas con las plantas?

—Sí —tardé unos segundos en decirle—. Bueno, en realidad han empezado ellas y ya sabes que es de mala educación no contestar. Además, preguntaban por ti.

Giu se acercó a abrazarme riendo.

—Solo ha pasado un día y parece que haya pasado un mes —soltó—. ¿Estás solo con ellas? —insistió señalando las plantas.

—Sí, tía Mildred está comiendo en Primrose Hill, en casa de unos amigos. Yo iba a comer algo, pero estaba esperando a que llegaras.

—Gracias, ¿me ayudas con las maletas? He traído un montón de ropa.

La verdad es que el maletón que me cargué al hombro pesaba bastante, probablemente mucho más que ella.

—¿Qué tal tu madre? —pregunté al llegar a su habitación.

—Mejor no hablamos de eso —dijo bajando la cabeza. Luego, cambiando de tema, añadió—: ¿Sabes a quién me he encontrado en la estación?

Me encogí de hombros.

—Al inspector Nayal. Creo que me ha seguido. Bueno, no estoy segura del todo, pero me lo he encontrado al bajar del tren y me ha preguntado por el caso.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. Ni una palabra. ¿Qué le podía contar? ¿Que un loco nos está obligando a buscar las piezas escondidas de un artefacto que puede ser la mítica caja de Pandora?

—Podrías habérselo dicho simplemente para ver qué cara ponía.

—¿Qué tal vosotros por aquí? ¿Alguna noticia?

Negué con la cabeza. No había nada que contar.

Pensé en lo que nos esperaba si no encontrábamos la nueva pista.

—Oye, Greco, una cosa: ¿Y si Nayal fuera el flautista? Ya no me fío de nadie.

No supe qué contestar. Esperé a que Giu fuera al lavabo mientras le daba vueltas a la pregunta. Ni siquiera deshizo las maletas. Salimos a la calle y empezamos a caminar rumbo al centro. La sensación de perdernos entre la marabunta de turistas era ambigua: por un lado podía resultar agobiante, por otro nos dotaba de libertad.

Observé a Giu: su expresión reflejaba concentración y cansancio. Había imaginado que el viaje a Bournemouth la habría animado, pero era evidente que no era así.

—Mañana sería conveniente ir a ver al librero —dijo Giu.

—Sí, iremos, —contesté pensando cómo distraerla—. Pero esta tarde vamos a tomárnosla libre. ¿Tienes mucha hambre?

—Ahora que lo preguntas... no como nada desde esta mañana.

—Yo estoy harto de ensaladas, arroz hervido y pescado a la plancha... Me apetece algo *crunchy*, algo grasiento, vamos al Kentucky.

—Guay, Greco —sonrió—. Hace siglos que no voy a uno.

Como es habitual el Kentucky de Leicester Square estaba hasta arriba de gente. Había parejas, grupos y turistas con niños. En el comedor se juntaban todas nacionalidades imaginables, aquello parecía la ONU. Después de diez minutos de cola, pedimos varias piezas de pollo crujiente y picante y encontramos una mesa para dos en el piso de arriba, junto a una ventana.

—Giu, ¿sabes qué?

—Dime.

—Tenía ganas de que llegara un momento así. Tú y yo como un par de amigos normales.

Giulietta asintió.

—Ya nos preocuparemos mañana de la siguiente pista —continué—. Creo que nos merecemos un respiro.

No sé si fue el hambre o la ansiedad, pero el caso es que Giulietta se quemó los labios al morder el pollo. Reparé en que estaban pintados de un rojo más intenso. Estuve a punto de reír, pero me contuve. Giu se había perfilado los ojos con un lápiz negro alargando brevemente la línea. Me sorprendía que una chica tan delgadita y arreglada me ganara en voracidad. Pensé que por fin estábamos haciendo algo de gente de nuestra edad. Solo faltaba una cosa:

—Y después vamos al cine.

—Ah. —Giu tenía la boca llena. Cuando terminó de masticar añadió—: Buena idea, pero algo ligero que no tengo ganas de pensar. La elijo yo.

—¿*Ketchup*? —le pregunté.

—Vale.

Con los dedos pringados agarré una de las bolsitas de tomate y la abrí con los dientes. Si me hubiera visto el monitor del gimnasio es probable que dejara de hablarme. Cubrí las patatas de Giu dibujando una sonrisa roja. Al verlo, a Giulietta se le iluminó la cara y vi en su barbilla una mancha. Sin pensarlo y sin pedir permiso, le ordené:

—Quieta, un momento.

Por instinto deslicé el dedo desde la comisura de sus labios a la barbilla para rebañar el *ketchup*. Giuletta se quedó parada y al ver que me chupaba el dedo con el que la había limpiado se sonrojó. Nunca la había visto así, tan guapa.

De súbito se instaló entre nosotros el silencio. Terminamos de comer sin decir palabra. Me di cuenta entonces de la cháchara de las conversaciones vecinas. Fui el primero en levantarme, pero ella habló antes:

—Ya sé que película me gustaría. La última de Robert Pattinson, la acaban de estrenar.

Al oír ese nombre hice el gesto de meterme los dedos en la boca para vomitar. Aunque en realidad sentía celos.

Llegamos a los cines Empire. Eramos una pareja más en una cola interminable.

Faltaba media hora para que empezara la película y ya estaba lleno de gente esperando la primera sesión. Se notaba que era el último domingo antes de Navidad. Ya estaban encendidas las farolas de la plaza. Vi como Giuletta se ajustaba la bufanda negra.

—Esto lo pago yo. Mi madre me ha dado mogollón de pasta —dijo arqueando las cejas.

Las bombillas de la marquesina que anunciaba la película parpadeaban sobre nosotros. Por un momento miré a los ojos de Giuletta y me imaginé besándola. Me sorprendí y me sentí incómodo al pensar que ella podría notarlo. Me daba pánico creer que Giuletta pudiera llegar a sentirse incómoda conmigo. En ese momento sentí una vibración en el bolsillo que me sobresaltó. Giu se rio de mí y me contagié mientras sonaba mi móvil.

—Quisiera hablar con Andrew Charlton, por favor.

Me asusté, ya nadie me llamaba así. Llevaba tiempo sin oír ese nombre.

—Yo mismo. ¿Quién es?

—Buenas tardes. Soy la doctora Fukada del London Clinic. Su pariente Mildred Johansson me ha dado su teléfono para que le ponga sobre aviso.

Mi corazón tronó antes de balbucear:

—¿Qué... Qué le ha pasado a mi tía?

—Ha sido agredida. Solo ha sido un susto, pero le hemos hecho un TAC para asegurarnos de que está bien. No reviste gravedad, pero es conveniente que se quede en observación. Me ha pedido que le avise.

—De acuerdo, voy para allá.

Giuletta me interrogó con la mirada, angustiada.

—Han ido a por tía Mildred, seguro que ha sido el flautista.

Detuvimos el primer taxi libre que pasó por *Charing Cross* y le dimos la dirección al chófer. Durante el trayecto la pena, la rabia y el miedo se mezclaban en mi pensamiento. A pesar de las palabras de la doctora, necesitaba ver a mi tía cuanto antes. No me quedaría tranquilo hasta escuchar su voz.

En la entrada aparcaba una ambulancia cuya sirena sonaba estrepitosamente. Buscamos la puerta principal y en recepción pregunté por mi tía. Se hallaba en la segunda planta, traumatología.

Por no esperar el ascensor, subí las escaleras de dos en dos. Al llegar al rellano de la planta me di cuenta de que había dejado atrás a Giu.

—No te separes de mí.

—Lo intento, pero yo no tengo las piernas tan largas.

Encontramos la habitación. Ver a tía Mildred postrada en la cama y cubierta por una sábana azul fue un golpe bajo. Al descubrir que estaba adormilada contuve el ímpetu de abrazarla. Un aparatoso apósito cubría la mitad de su frente. Tenía los pómulos hinchados. Pese a su estado, se esforzó en abrir bien los ojos y levantó la mano hacia mí. Al verla con ese aspecto desvalido y frágil me pareció mayor, más de lo que aparentaba, y sentí tanta pena por ella que su imagen me recordó a una vieja foto de mi abuela, su madre, que murió cuando yo era muy niño. Tratando de contener las lágrimas dejé que fuera Giulietta quien la besara primero. Me fue imposible controlarme, rompí a llorar cuando me tocó abrazarla.

—Hey, pequeño, ¿qué pasa? Ni se te ocurra llorar.

—¿Qué ha pasado?

—No os asustéis, si me veis aturdida es porque la enfermera me ha dado un calmante para caballos, debe pensar que voy a correr la carrera de Ascott. No ha sido nada. Como sabes, tu madre y yo somos de cabeza dura.

—¿Qué te han hecho, tía Mildred? —preguntó Giulietta con un hilo de voz.

—Me han atacado esta tarde saliendo de casa de mis amigos, en Regents Park, mientras acortaba para llegar antes a casa.

—¿Quién? —pregunté.

—Ha sido el flautista.

Giu y yo nos miramos, estupefactos.

—Ha sido una advertencia. Mientras me retorció el brazo y me tapaba la boca, me ha dicho al oído: «no estáis haciendo nada. Esto no es un juego. O encontráis las piezas o iré a por vosotros. El tiempo corre y no estoy para bromas»...

—¿Cómo era?

—No le he visto la cara.

—¿Iba encapuchado?

—No lo sé, me cogió por la espalda y cuando he intentado revolverme me ha golpeado. Todo estaba oscuro.

—¿Qué más te dijo? —insistí, nervioso. Crecía en mí la sed de venganza. Me sentía culpable. Teníamos que encontrar la pieza como fuera.

Ante nosotros apareció una enfermera. Su voz abrió un interrogante y dejó flotando en el aire una duda:

—Aquí tiene el informe, señora Johansson. Es indispensable para presentar denuncia por asalto.

Nos miramos los tres. Meter a la policía significaba volver a estar en el radar del inspector Nayal, y eso no nos interesaba. No me atreví a hablar. Giu tampoco. Entendimos que era mi tía quien debía decidir.

—No hará falta —le dijo a la enfermera—. Pero lo conservaré. Muchas gracias. ¿Cuándo podré salir de aquí?

—Pensaba darle el alto esta misma noche, pero he consultado con el doctor Cohen y preferimos que pase aquí la noche. La dejaremos en observación para ver cómo evoluciona el golpe de la cabeza. Y, si todo va bien, mañana será libre de nuevo y espero tardar mucho tiempo en volver a verla.

A pesar de sus buenas intenciones no consiguió arrancarnos una sonrisa. La amenaza que

había recibido mi tía la sentía en mis propias carnes.

Cuando la joven abandonó la estancia tía Mildred levantó la vista y nos pidió que nos acercáramos.

—Tengo miedo por vosotros —nos dijo—. No quiero dejaros solos.

—No temas. Contigo nos ha dado un aviso, no creo que insista más por el momento. Sabe que estamos alertados. Además cerraremos con llave —dije.

—Sí, tía, lo importante es que te recuperes y así mañana vuelvas a casa para pasar la nochebuena juntos.

Era el momento de despedirnos. Tía Mildred bostezó. Tenía mala cara.

—¿Tenéis dinero para el taxi de vuelta?

—Sí, tenemos —habló Giu—. Mi madre me ha soltado una pasta indecente para compensar su ausencia durante las vacaciones.

—Bien, pues ahora id cuanto antes, no lleguéis muy tarde. Y, sobre todo, ni se os ocurra aprovechar mi ausencia para registrar la casa en busca de vuestros regalos. Sería de lo más mezquino por vuestra parte.

De esta manera Tía Mildred sí consiguió hacernos sonreír. Giulietta y yo nos despedimos. Una vez en la calle notamos el frío del invierno. Había una parada de taxi en la otra acera. Nos subimos al primero.

—Bloomsbury square.

Capítulo 14

GIULIETTA

Lo primero que hicimos en cuanto llegamos a casa fue cerrar la puerta con doble vuelta de llave y echar el pestillo. Luego nos aseguramos de que todas las ventanas estaban bien cerradas.

Después, mientras Greco preparaba unos sándwiches de mortadela italiana y Cheddar rojo, cogí mi portátil y me instalé en el salón. Una idea me rondaba la cabeza: si la pista hablaba de una estatua, quizá en el Ayuntamiento habría algún tipo de registro de monumentos.

—Déjalo, Giu.

Me giré sorprendida. Greco depositó sobre la mesa baja que había frente al sofá la bandeja con los sándwiches, un cuenco grande con patatas fritas con sabor a cebolla y dos vasos tamaño pinta llenos hasta de arriba de coca-cola.

—Esta noche no quiero pensar en nada. Ya investigaremos mañana. Tenemos pendiente ver una peli y eso es lo que vamos a hacer.

Le sonreí. Tenía razón. Tía Mildred estaba en el hospital y nuestras vidas suspendidas de un hilo. Pero esa noche íbamos a ser solo dos chicos normales que van a pasar una velada agradable. Dos chicos como tantos otros un viernes por la noche. Al menos, íbamos a intentarlo. Apagué el ordenador.

—¿Qué te apetece ver? —le pregunté.

—Me da igual. La verdad es que no entiendo nada de cine. Pero mi tía tiene un montón de pelis en DVD. Escoge la que más te apetezca y seguro que estará bien.

—¿Te fías de mi gusto?

—¡Más que del mío!

—De acuerdo.

Me levanté y eché un vistazo a la colección de películas. Casi todas eran clásicas: la mayoría me sonaban, aunque nunca las había visto. De pronto, un título me saltó a los ojos: El apartamento, dirigida por Billy Wilder. Recordaba haberla visto con mi padre el día que cumplí catorce años. Había pasado el fin de semana en Londres con él y cuando salimos del cine fuimos a cenar a un restaurante japonés. Era el último recuerdo feliz que tenía con mi padre. Y me pareció que era la película perfecta para construir un buen recuerdo con Greco.

—Ya está —dije enseñándole la carátula—. Si no te gusta, te devuelvo el dinero de la

entrada.

Greco sonrió. La primera sonrisa de la noche. Apagamos las luces y nos sentamos en el sofá dejando un espacio de apenas un palmo entre nosotros. Era raro: por un momento, parecíamos una pareja. Nuestra primera noche solos y juntos en una casa demasiado grande para nosotros. La pantalla del televisor se iluminó en blanco y negro. Durante las siguientes dos horas nos sumergimos en la trama y nos olvidamos de la amenaza que se cernía sobre nosotros, sobre tía Mildred, sobre mi prima y el resto de niños.

Al terminar la película, con ese final esperanzador, Greco y yo nos miramos fijamente durante unos segundos. No sé por qué, un estremecimiento me recorrió el cuerpo.

—¿Tienes frío? —me preguntó Greco.

—No, no. Tengo sueño. Ha sido un día duro.

—Dejemos aquí los platos, ya los lavaremos mañana.

Asentí. Subimos al piso de arriba y, antes de encerrarnos en nuestros cuartos, sin pensarlo nos despedimos con un beso en la mejilla. Me acosté en silencio. Toda la casa parecía aguantar la respiración.

Me despertó la voz de tía Mildred en el piso de abajo. La luz de la mañana se filtraba por entre las cortinas. Miré el reloj de mi móvil: ¡había dormido más de diez horas! Todavía en pijama, bajé a saludar.

—Hola, mi niña.

—¡Tía Mildred! —Corrí a abrazarla.

Si además de un apósito en la frente tenía alguna secuela de su accidente, nadie lo diría: me apretó contra su pecho con la fuerza de un estibador del puerto.

Greco apareció cargando con gracia una bandeja con el desayuno y un jarrón con una flor «*queen of the night*», un tulipán negro. Parecía que se había propuesto tenerme bien alimentada y cuidada. Y yo no podía estar más agradecida. Incluso había lavado los platos de la noche anterior y recogido la cocina. Un detalle que nunca me hubiera imaginado de mi padre: había esperanza para el género masculino.

Después de dar buena cuenta de unos huevos revueltos con tostadas, tomates y zumo de naranja recién exprimido, decidimos salir a la calle en busca de pistas. Tía Mildred anunció que se quedaba: a pesar de nuestras protestas, insistió en que tenía que hacer los preparativos para la cena de nochebuena.

—Tía, no tienes por qué hacer nada. Podemos pedir comida a domicilio —propuso Greco.

—Supongo que no estarás insinuando que cenemos una *pizza* en nochebuena, ¿no? —preguntó tía Mildred poniendo las manos en jarra sobre las caderas.

Greco sonrió como un niño al que han sorprendido con una mano en el tarro de las galletas justo antes de la hora de comer.

—Supongo que no.

—Querido sobrino, si crees que algo puede impedirme que prepare mi mundialmente famosa receta de pavo a la cerveza acompañada de hummus, es que todavía no me conoces lo suficiente.

Ya en la calle, el sol brillaba en un cielo despejado. Quizá el clima había decidido darnos un regalo por anticipado. Por supuesto, las calles estaban llenas de gente cargando bolsas con regalos de última hora.

—Deberíamos comprarle algo a tu tía.

—Ya lo he pensado. Pero no se me ocurre el qué. Soy un desastre a la hora de hacer regalos.

—Bueno, vamos a ver al librero y ya se nos ocurrirá algo.

—Me encantas cuando estás positiva —dijo.

Entonces reparé en que no, probablemente no era la persona más positiva del mundo. Ya tenía un buen propósito que afrontar para el año siguiente... Si es que sobrevivíamos para verlo.

Caminamos hasta Cecil Court. La librería de *Mr. Blacksmith* estaba vacía: no pude evitar preguntarme si un negocio como ese era rentable.

Greco empujó la puerta: la campanilla delató nuestra presencia y el librero salió de la trastienda. Al vernos su expresión mostró alarma, como la que pondría alguien que se encuentra con unos parientes inoportunos cargados con maletas llamando a su timbre; pero enseguida nos sonrió.

—Giulietta y Greco, ¿todo bien?

—Espero que no lleguemos en mal momento, señor Blacksmith, tenemos...

—Por favor, llámame Milton —me interrumpió—. Y no, no llegáis en mal momento. Como podéis ver —dijo abriendo los brazos en abanico— las cosas están muy tranquilas por aquí.

—Milton. Estamos en problemas. Y quizá usted... quizás puedas ayudarnos.

—Contad con ello en la medida de mis posibilidades —dijo señalando la pierna con la que cojeaba.

Por un momento me pregunté si realmente creía que habíamos acudido a verle para ayudarnos con una mudanza, correr una carrera de relevos o algo parecido.

Le contamos todo lo acontecido desde la vez que nos habíamos conocido y nos había puesto al tanto del diario de William Willoughby: cómo habíamos encontrado las primeras pistas, los mensajes amenazantes, el incidente de la tarde anterior.

—Entonces, ¿tu tía Mildred se encuentra bien?

—Sí. Solo ha sido un susto —dijo Greco.

—Es una mujer extraordinaria —rematé.

—Cuanto me alegro... A pesar de todo, me resulta difícil de creer que lo que contaba el diario fuera verdad. Que realmente las piezas de la caja de Pandora estén repartidas por la ciudad.

—Ese es el problema. No conseguimos descifrar la siguiente pista. Creemos que se trata de una estatua, pero no podemos estar del todo seguros.

—Pero, entonces, ¿las piezas las tenéis guardadas en casa de tu tía?

—Sí. Están en su caja fuerte.

—Muy bien. Buena elección. Me temo que llevarlas a la policía sería un grave error dado que ese... perturbado os tiene localizados.

—Eso creemos nosotros —dijo Greco.

—Como te decía —proseguí—, el problema es que no sabemos dónde puede estar la siguiente pista. ¿Se te ocurre algo? —dije mostrándole mi moleskine donde apuntaba las pistas y las diferentes ideas que se me ocurrían al respecto.

Mr. Blacksmith leyó la pista una vez más, en silencio pero moviendo los labios. Durante unos segundos pareció olvidarse de nuestra presencia, como si su mente estuviera viajando muy lejos. Luego negó con la cabeza.

—Me temo que no se me ocurre nada en este momento. Pero coincidido con vosotros:

seguramente es una estatua. Puede que un detalle de una catedral o un monumento. Dejádme investigar en mis libros de la ciudad y prometo llamaros si se me ocurre algo.

—Por supuesto.

—Y, por favor, si hacéis alguna averiguación, os ruego que me mantengáis informado. ¿Lo haréis?

Le dimos nuestra palabra y nos despedimos con una sensación agridulce: la visita no había servido de nada y, para colmo de males, ahora *Mr. Blacksmith* podría estar en la lista negra de El Flautista, si es que no lo estaba ya. Al salir de la librería miré a ambos lados buscando a alguien con pinta de sospechoso. La cuestión es que, como bien sabíamos, cualquiera, por muy normal que parezca, puede esconder un monstruo en su interior.

En Oxford street cogimos un autobús y fuimos hasta Portobello, mi barrio favorito de la ciudad. Seguro que allí encontraríamos algún regalo apropiado para tía Mildred. Empezamos con entusiasmo, pero después de curiosear por varias tiendas sin resultado, el cansancio se apoderó de nosotros.

—El problema es que no sé qué buscar —dijo Greco.

—No se trata de buscar. La mejor manera para escoger un regalo para una persona es que un objeto en concreto te recuerde a ella.

Greco sacudió la cabeza pensativo, como si le acabara de desvelar una de las grandes verdades del universo. Y eso me gustó.

—¡Entonces ya sé qué regalarle! —exclamó y acto seguido dio la vuelta—. Sígueme.

Desandamos el camino hasta llegar a una tienda de arte y muebles antiguos.

—Mira —dijo señalando el escaparate.

Había una foto grande un blanco y negro de un caballo solitario en un paraje que bien podrían las tierras altas escocesas. Era una foto muy bonita, pero al mismo tiempo transmitía mucha fuerza.

—Ese caballo me recuerda a mi tía.

Sonreí. Entendí por que lo decía:

—Me parece un regalo perfecto.

Entramos y Greco la compró, marco incluido.

—Ahora solo queda el mío —dije.

—Podemos decir que es de parte de los dos.

—No. Tú ya has encontrado tu regalo. Ahora vamos a buscar el mío.

Al cabo de un buen rato, nuestros estómagos empezaron a rugir.

—¿No tienes mucha hambre? —preguntó Greco.

—Yo siempre.

—Por aquí hay un restaurante italiano que está muy bien. Le mando un mensaje a tía Mildred diciéndole que comemos fuera, ¿vale? Y luego seguimos buscando.

—De acuerdo.

De camino al restaurante, pasamos junto a una tienda de discos de segunda mano.

—A mi tía le encantan los vinilos —dijo Greco dándome un codazo.

Entramos en la tienda. En un expositor de cristal encontré una rareza de David Bowie: una copia del single de *Starman* firmada por él mismo. Ya tenía mi regalo, no me importaba lo que costara.

Felices con nuestras compras, nos metimos en el coqueto restaurante italiano y nos sentamos junto a la ventana. No sé si será por mis antepasados transalpinos, pero me encantan los clásicos locales con manteles de cuadros y botellas vacías de Chianti a modo de sujetas y velas. Greco se pidió una enorme *pizza* con al menos una decena de ingredientes y yo me decanté por un plato de espaguetis al pesto y pan con ajo.

Mientras esperábamos la cuenta, reparé en algo:

—Greco, acabo de caer en la cuenta de que no te he comprado ningún regalo a ti.

—Bueno, yo a ti tampoco.

—Si salimos de esta...

—Giu, saldremos de esta.

—Vale, pues cuando salgamos de esta, haremos un viaje, ¿te parece? Aunque sea a algún sitio cercano. Será nuestro regalo.

—Es un trato —dijo ofreciéndome la mano para que se la estrechara, cosa que hice.

Cuando salíamos del restaurante, sonó el teléfono de Greco. Al escucharlo los dos dimos un respingo, sin duda por el recuerdo de la llamada del día anterior.

—Es tía Mildred —me informó Greco antes de descolgar.

—Hola, tía... Sí, acabamos de terminar de comer... Sí... Pero... Sí. De acuerdo, ya vamos.

Greco colgó. Luego me miró:

—Tía Mildred dice que tiene buenas noticias: sabe dónde está escondida la pista.

Nerviosos, dudamos entre coger un taxi o volver en autobús. Optamos por esto último: con el tráfico de la ciudad a esas horas no íbamos a llegar mucho antes y el taxi nos iba a costar un buen pico.

Al llegar a casa, tía Mildred nos recibió con una sonrisa de anuncio de dentífrico. Nos sentamos junto a ella en el sofá al tiempo que tratábamos de esconder los regalos que le habíamos comprado. Enseguida nos contó la buena noticia:

—Cuando encontramos la pista, mandé un correo electrónico a todos mis amigos preguntándoles si les sonaba qué podía ser. Por supuesto, únicamente les dije que era un juego del que vosotros formabais parte. Todos me contestaron negativamente. Pero hace un par de horas he recibido respuesta de Nick. Os acordáis de Nick, ¿no?

—Claro, el dueño de la tienda de discos.

—Exacto. Pues resulta que Nick estaba pasando unos días en Amsterdam con unos amigos y no había comprobado su correo hasta hoy que ha vuelto. Resulta que ha reconocido la pista: ¡se trata de una estatua que representa a Mozart de niño! Está en un plaza de Chelsea, al lado de casa de sus padres, como un kilómetro detrás de Victoria Station. He apuntado el nombre de la plaza.

Greco y yo nos levantamos de un salto.

—¡Vamos a buscar la pieza ahora mismo! —exclamé.

—Ah, no, no, no —nos detuvo tía Mildred—. La pieza lleva ahí cuarenta años. Por un día más no pasará nada. Hoy es nochebuena y vamos a cenar como una familia.

Que tía Mildred me considerara parte de la familia, casi me hace llorar.

—Tienes razón —admití.

—Espero que no os hayáis comido demasiado en ese restaurante italiano, porque tengo comida preparada para alimentar a un regimiento.

Greco y yo nos miramos con culpabilidad. Luego nos reímos. Sin necesidad de hablar, sabía

lo que estaba pensando: mañana sería otro día. Un gran día.

Capítulo 15

GRECO

Lo que de verdad me gusta de la gente es que transmita alegría. Tía Mildred es del tipo de personas que ven el vaso siempre medio lleno y eso se contagia. Giu y yo éramos afortunados por tenerla cerca. Soy de los que creen que en esta vida se puede ser cualquier cosa menos desagradecido. Y en momentos como aquella Navidad me hubiera gustado ser más explícito, sobre todo al recibir el regalo de tía Mildred, que nos enterneció dejándonos sin palabras. Nada más levantarnos, mucho más tarde de lo habitual, Giu y yo recibimos dos billetes para viajar a Berlín el último fin de semana de enero.

—Para entonces estoy segura de que todo este embrollo ya se habrá arreglado —dijo.

—No puedo aceptarlo, esto es demasiado —dijo Giu al borde de la lágrima.

—Por supuesto que puedes. Mira, Giu, te diré una cosa: yo fui tan feliz allí, que quiero que vosotros viváis esa ciudad y que la disfrutéis. Eso sí, os he reservado habitaciones separadas —indicó guiñando un ojo.

Vi como Giu se sonrojaba y yo no pude evitar imitarla. Ambos abrazamos a tía Mildred.

Cuando era niño, era feliz en cualquier parte. El mínimo juguete me bastaba para entretenerme. En mi clase había niños que recibían esplendorosos obsequios pero luego, en el día a día, difícilmente sonreían. Jugaban con ellos menos de una semana y, como si ya se aburrieran, los despreciaban y sus rostros regresaban a su estado de fastidio con el mundo que les rodeaba. No era mi caso. Recuerdo que, cuando mis padres se separaron, hice un repentino viaje a Londres con mi madre. Parece ser que se sentía baja de defensas y requería la compañía de su hermana, y tía Mildred, mientras mi madre bebía compulsivamente *whisky* al tiempo que se limpiaba las lágrimas, le dijo algo así como: «a partir de ahora no te quiero ver con ningún hombre que no transmita alegría. Hay que huir de la gente triste». Yo no sabía que aquella expresión permanecería en mi memoria como el más sabio de los consejos. Por eso me gustó tanto pasar aquella noche con tía Mildred y Giuletta contentas.

Al darle nuestro regalo, tía Mildred se emocionó. Dijo que nos habíamos pasado con el vinilo. Ella siempre te hace sentir bien. En ese momento, sin que lo esperase, Giu pronunció la frase perfecta para la ocasión:

—Creo que fue Oscar Wilde quien dijo que uno no es realmente dueño de algo hasta que lo da.

Sin saberlo, sin apenas darme cuenta, ellas se habían convertido en mi termómetro: si ellas estaban bien, yo estaba bien.

Aunque era casi mediodía, preparé el desayuno para los tres. Lo único que no me gustaba de aquel día era que cerraran la mayoría de comercios y la piscina. Hubiera nadado cien largos encantado. Comimos en silencio. El único ruido que oía era el de las cucharas dando vueltas a las tazas. Ni siquiera me animé a encender la radio como solíamos hacer. Giu no se separaba de la taza de té negro, sorbía sin emitir el mínimo sonido. Tía Mildred devoraba unas galletas de mantequilla danesas que, según ella, llevaban allí desde las Navidades pasadas, cuando se las regaló una amiga.

Gracias a Nick teníamos claro el recorrido hasta la siguiente pista. Según él y la perspicacia de mi tía, la pista que buscábamos se hallaba en una pequeña plaza cercana a Victoria Station, en Chelsea.

Era un día oscuro, «*dreich*» hubiera dicho un escocés. Unas densas nubes ocupan la mayor parte del cielo evitando que la claridad se hiciera cargo del día. Las calles permanecían intactas, absolutamente deshabitadas. No se veía a nadie, y esa imagen me respaldaba. Hay dos momentos en las ciudades que me gustan especialmente: entrar a una ciudad desconocida de madrugada, en autocar, y repasar con la mirada sus calles vacías y sus esquinas iluminadas como si lo hiciera con la punta de los dedos. Y el otro es la ciudad a primera hora, salir a caminar como si la estrenara.

Todo el mundo persistía en sus casas, en familia. Nosotros, en cambio, aunque también en familia, salíamos a la aventura. Respiré la humedad en la plaza de Bloomsbury y me percaté de que una ligera lluvia empezaba a empapar nuestros hombros. No teníamos paraguas. No habíamos reparado en ello.

Por indicación de tía Mildred, cogimos el autobús para ir a Victoria. Nos sentamos en el piso de arriba, Giu junto a tía Mildred.

—No sé si os pasa a vosotros, chicos —empezó a hablar mi tía— pero en estas fechas me paso los días recordando. Y si vuelvo la vista atrás creo que a veces mido los años por las navidades.

—A mí también me pasa —repuso Giu—, pero no lo hago con nostalgia. Estas navidades son para mí las más especiales en mucho tiempo.

—Es curioso, pero algunos malos momentos, cuando se superan, se recuerdan con agrado, es muy raro... —insistía tía Mildred—. Espero que recordemos esta Navidad con esa complacencia.

—Yo nunca la olvidaré.

Hasta la tercera parada no subió nadie en el piso de autobús. Era una pareja que hablaba español, uno sujetaba un mapa de Londres y la otra una guía de la ciudad. Era temprano para hacer turismo, pero no tendrían otra cosa que hacer. Otros que pasaban las Navidades fuera de casa. Por mi torpe manía de ponerme las Converse All Star incluso en invierno noté los pies fríos, el agua había calado y era una sensación incómoda que por supuesto callé. Tía Mildred y Giu iban mucho mejor abrigadas y calzadas. Admiro esa capacidad de las chicas para adelantarse a las inclemencias.

Levanté la vista de mis pies y de pronto, en un fogonazo, un estremecimiento me recorrió. Cerca del Big Ben, una presencia hizo que despertara definitivamente. ¿Quién era?

—¿Qué te pasa, Greco, qué miras?

Apoyé las manos en las ventanas y miré al exterior. El tráfico fluido nos rodeaba. Giulietta volvió a preguntar y por fin le respondí:

—Nada, nada, una tontería.

Estaba convencido de que mi mirada se había cruzado durante un segundo con la de alguien conocido. Y sin embargo, entonces, cuando más claro lo veía, empecé a preguntarme si estaba seguro de lo que había visto, y a decir verdad, no lo estaba, me había dejado llevar por los temores de Giu. ¿Era cierto o era mi imaginación? Podían ser las dos cosas.

—¿Qué ha pasado, Greco, qué has visto?

La humedad de los pies se posó en mi mente y me hizo chasquear la lengua.

—Me ha parecido ver a alguien conocido. Ha sido raro.

Puede que la tensión de aquellos días me estuviera jugando una mala pasada. No quería tampoco imprimir más desconfianza en Giu. El victimismo está pasado de moda y no me interesa lo más mínimo.

Nos bajamos al llegar a Victoria. En algunas fachadas de Chelsea se leían pintadas a favor del equipo del barrio. Ese mismo año, unos meses atrás, habían ganado la Champions por primera vez en su historia y el nombre de Drogba, el héroe de la final, resaltaba por todas partes. La plaza a la que nos dirigíamos no estaba cerca del estadio pero igualmente se notaba que estabas en territorio «blue».

Caminábamos siguiendo a tía Mildred. Se notaba que sabía el camino. Enseguida me llamó la atención un detalle: la presencia policial era mayor que en nuestro barrio. En numerosas esquinas había cámaras. Los traslados de cuantiosas familias por Navidad no había reducido la alarma entre las fuerzas de seguridad. En un chaflán, un agente de Scotland Yard fumaba y tomaba café en un vaso de cartón, junto a un furgón. Al pasar ante él le miré a la cara y entre el humo que se evaporaba vi como sus ojos me observaban con recelo. Casi pude respirar el aroma de su café. Cada paso que daba notaba más fríos los dedos de los pies. Era como si tuviera los calcetines llenos de agua. Hasta el vaho que salía de mi boca al respirar quería quejarse de frío.

—¿Habéis visto cuánta policía? —pregunté unos pasos más allá.

—Sí —contestó tía Mildred—. Es normal, un nuevo secuestro en estas fechas sería dramático. Vivimos en una de las ciudades más seguras del mundo, para ellos, todo esto es un paso atrás importante, pone en entredicho su capacidad. El mundo puede reírse de las fuerzas de seguridad británicas, y hemos pasado unos juegos olímpicos. Por eso este despliegue... pero nosotros a lo nuestro. Y, si por casualidad surgiera un imprevisto, debemos estar preparados para ir por nuestra cuenta. Podría ser que nos viéramos forzados a separarnos. Ya somos mayorcitos.

La estatua que nos había indicado Nick se encontraba en una plaza llamada Orange, en la intersección entre Pimlico Road y Ebury Street. La vimos desde la otra punta, allí estaba el pequeño Mozart subido en un pedestal. No quise poner sobre aviso a Giu, pero estábamos cerca de Belgravia, el barrio donde vivían sus tíos. Estaba convencido de que ella no conocía el mapa de Londres como yo, pero una vez más me equivoqué.

—¿Qué hace aquí una estatua de Mozart? —preguntó Giu.

—Vivió una temporada en Londres —explicó tía Mildred cuando estábamos a escasos pasos de la figura— y aquí compuso alguna de sus primeras sinfonías. En esta estatua tiene ocho años, pero a los cinco, en su Salzburgo natal ya componía y tocaba el violín de manera prodigiosa. Un verdadero fenómeno, míralo, igualito que mis amigos de los Sex Pistols... ¡ja, ja, ja! —Y se rio

ella sola, antes de proseguir—. Su casa en Londres está ahí, a la vuelta de la esquina. Es increíble, pero desde los seis años salió de giras con sus padres.

—Vaya, un niño prodigio, —dije.

—Pobre criatura, hacer giras con siete años, tocando para la élite europea, qué *backstage* más aburrido, no se me ocurre nada más soporífero, ¿no creéis? A las clases altas siempre les ha gustado mucho la música clásica... ¿por dónde empezamos?

Era la primera vez que íbamos a tiro hecho. La estatua de ese Mozart de ocho años estaba rodeada por una pequeña circunferencia de tierra en la que las flores estaban mustias, arrasadas por el invierno. Por ordenanza municipal no se podía pisar. Giré la vista para ver cómo el furgón de policía avanzaba y se perdía de nuestro campo de visión. Con el móvil fotografié al compositor austriaco, que permanecía de pie, la cadera levemente ladeada, sobre un pedestal y sobre unos libros de bronce. ¿Dónde estaría la pieza?

—Démonos prisa —dijo tía Mildred—. Hay mucha policía rondando y no quiero problemas. Greco, eres el más indicado. Nosotras simularemos tomarte una foto.

Me encaramé a la estatua sin respetar las flores y de un salto logré instalarme a los pies del músico. De algo me servía el gimnasio. Mozart tenía los pies tan fríos como los míos, y mis manos, al tentar el helado bronce, se resentían.

La poca gente que pasaba alrededor se sorprendía de ver a un individuo subido encima de la basa de cemento. Un par de turistas japoneses incluso me fotografiaban entre risas. Nunca me ha gustado ser el centro de atención, y me notaba ejerciendo de payaso. Sentía que tenía que darme prisa. Inspeccionaba la estatua disimulando y al mismo tiempo atendiendo las indicaciones de tía Mildred y de Giu; sondeé bajo el pliegue de la chaqueta y en sus doblados puños, en los ojos, en los bolsillos, en el violín... Daba vueltas a la figura sin encontrar indicios. Pasaba el tiempo y mi postura encendía cada vez más las miradas de los viandantes. Así seguí hasta que, prodigiosamente, el vértice de un libro sonó hueco y solo tuve que manipularlo como si quisiera abrirlo con intención de leer sus páginas para que delicadamente se separara el extremo y mis ojos vieran una pieza encajada en un triángulo hecho a su medida. Una vez más, mis manos sostenían con estupor una cajita metálica. Era adrenalínico. Si bien la impresión de la primera vez en Camden fue mayúscula, esta no lo fue menos, pues un envite de emoción recorrió mi cuerpo.

Al levantar la vista vi como Giu y tía Mildred se alejaban. Sabiendo que debíamos regresar a casa cuanto antes, lejos de hacer ningún aspaviento en señal de victoria, metí en el bolsillo de la cazadora la pieza, di un salto hasta pisar las flores, sobrepasé la valla y las seguí mientras escasos viandantes me miraban perplejos, como si fuera un ladrón de objetos insignificantes o estuviera loco.

Apretó al lluvia y aligeré el paso. Ellas caminaban delante de mí. El placer circulaba por mis venas como la sangre. Lo había vuelto a conseguir. Mi pecho palpitaba, como si la satisfacción estuviera golpeando una puerta. A dos metros del semáforo, el frenazo de un vehículo me obligó a girar la vista y no tuve tiempo de nada porque de súbito dos policías abrían con furia las puertas y venían a por mí. Se me cortó la respiración. Su presencia era imponente:

—Usted, joven, ¿se puede saber qué hacía subido en esa estatua? ¿Es que no ha visto la valla de seguridad? —preguntó el primero, hablándome tan cerca que pude percibir en su exhalación el café que acababa de tomar.

—Vamos, muéstrame su documentación, por favor —ordenó el otro.

—Me parece que usted es poco amigo de las normas, ¿no es así?

Me sentí acorralado. Había empezado a dar pasos hacia atrás. El miedo temblaba en mis piernas. Mi corazón tronaba. No me salían las palabras. Tía Mildred y Giu retrocedieron hasta llegar a mi lado.

—Agentes, buenos días. ¿Qué ocurre? —habló mi tía.

—¿Conoce usted a este sujeto?

—Por supuesto, es mi sobrino.

—Le estamos pidiendo que se identifique... Nada más, control rutinario ante un comportamiento incívico.

Entendí que debía enseñar la documentación. Me llevé la mano al bolsillo interior de la cazadora y saqué la cartera. La entregué. El poli que la sostuvo no la abrió, la cedió al otro, que empezó a registrarla.

—Andrew Charlton, de Exeter, diecisiete años recién cumplidos... Además de a infringir las leyes urbanas, ¿a qué te dedicas?

—Estudio...

—¿Qué estudias?

—Secundaría.

—Señor agente, —tía Mildred acudió al rescate— está en Londres conmigo, visitando a su tía como cualquier persona que aprovecha la Navidad para reunirse con sus familiares. A él le gusta mucho la música clásica, Mozart en particular, le ha hecho mucha gracia descubrir que vivió en este barrio, que tiene una estatua y quería tener un recuerdo, fotografiarlo de cerca con el móvil, usted sabe que aquí compuso varias sinfonías y...

—Está bien, está bien. ¿No tendrás antecedentes, verdad?

—No. ¿A qué se refiere? —pregunté mientras empezaba a distraerme una extraña figura al otro lado de la calle.

—Le ruego le disculpe —mi tía seguía excusándose.

Dejé de escuchar. Estuve unos segundos desconcertado porque aquella imagen reclamaba mi atención y, a su manera, también me interrogaba.

—Le pregunto si ha estado usted detenido alguna vez.

—No, señor, nunca —reconocí, perplejo.

Respondí sin quitar ojo a la acera de enfrente, donde un tipo corpulento y muy alto, ataviado con pantalones chinos *beige*, zapatillas de deporte y un chubasquero con la capucha puesta que casi conseguía esconder sus ojos, miraba fijamente hacia nosotros. Mi tía seguía hablando con los policías y un repentino frío me recorrió la nuca. El instinto me hizo mirar a Giu, que tenía la vista clavada en sus botas. Como si adivinara mis intenciones, de pronto levanto la vista hacia mí y, en el acto, no sé por qué, con un breve golpe de cabeza le señalé hacia a aquel tipo tan sospechoso.

Sin ser realmente consciente de todo lo que decía, volví a prestar atención al policía:

—Bien, te vamos a dejar marchar. La próxima vez que te veamos subido en una estatua te vendrás con nosotros. Esto es un aviso, a la siguiente hay multa.

—Gracias, señor agente, cosas de críos, ya sabe —decía mi tía mientras yo asentía.

Al volver a buscar a Giu con la mirada vi que ya no estaba a mi lado. Enfrente, la imagen del

sospechoso se había evaporado, por la calle solo alcancé a ver la figura de Giulietta corriendo tras él.

Capítulo 16

GIULIETTA

Hay momentos en la vida que sirven para descubrir cosas de uno mismo que de otra manera no sabrías. Por ejemplo, si de pronto se prendiera fuego en tu casa, ¿qué sería lo primero que salvarías? Puedes especular al respecto, pero si no te encuentras en esa situación es imposible saber cómo reaccionarías realmente; saber si eres el tipo de persona que salvaría al gato, a su ordenador, su par de botas favoritas o si, simplemente, saldría corriendo a la calle sin mirar atrás.

Si antes de aquella Navidad alguien me hubieran dicho que soy la clase de persona que corre hacia el peligro, un peligro real, me hubiera reído a mandíbula batiente. No tanto porque sea miedosa, que no lo soy más de lo normal, sino por lo de correr. No soy exactamente una chica deportista, y me gusta sudar tanto como depilarme las axilas a la cera. Sin embargo, cuando Greco me señaló hacia el encapuchado que nos observaba desde la otra punta de la plaza, enseguida lo reconocí: era el hombre que se había llevado a mi prima Martha delante de mis narices; era el Flautista. Y eché a correr hacia él sin pensar en lo que estaba haciendo. Lo lógico es que hubiera gritado, alertado a los policías que estaban allí mismo... Pero la lógica y yo no hacemos buenas migas. Al fin y al cabo, solo soy una adolescente.

Él me reconoció también, porque en cuanto me vio correr en su dirección, dio media vuelta y se lanzó al *sprint* como si yo fuera un perro rabioso presto a darle caza. Y la verdad es que así es como me sentía: rabiosa. Corrí esquivando gente, saltando de la acera al pavimento y vuelta a la acera, sin preocuparme de nada que no fuera no perder de vista a aquel malnacido. Pero poco a poco se iba distanciando. Como ya he dicho, no soy exactamente una atleta. Al girar una calle de casas bajas, ya no estaba. Miré a un lado y a otro, me asomé al portal de un garaje. Nada. Se había esfumado en el aire como un fantasma. Maldije en arameo. Pero maldije en un susurro porque estaba sin aire. Me doblé por la cintura y apoyé las manos en las rodillas como un futbolista después de un partido con prórroga. Tenía ganas de tumbarme en el suelo y llorar. Lo había tenido tan cerca. Me di la vuelta. En la calle no había nadie más que yo. No sabía bien dónde estaba. Pero desandar el camino no debía ser muy difícil. Entonces noté que sonaba el móvil en el bolsillo del abrigo. Pero escuché algo más: un motor que arrancaba. Llevada por un instinto, corrí hacia la siguiente esquina y vi una furgoneta que enfilaba en dirección contraria a la mía. No era negra como la que se había llevado a mi prima, pero salvo por el color, amarillo, era idéntica. Me fijé en la matrícula y acerté a ver 56GCW. Lo memoricé y contesté al teléfono.

—Greco, estoy bien. Sin aliento, pero bien.

—¿Pero tú te has vuelto loca? Qué demoni...

—Era él... —dije aún jadeando—. Era el Flautista.

—¿Lo sabía! Cuando le he visto ahí mirándonos, ha sido tan extraño que... Pero ¿estás bien? ¿Dónde estás?

—Sí, sí, no te preocupes. Estoy volviendo. Esperadme en la plaza, enseguida llego. Creo que tengo una pista.

Colgué y busqué en mi móvil el número del despacho del inspector Nayal. Sonaron seis tonos antes de que descolgará y contestara sin prisas:

—Nayal al aparato.

—Hola, inspector. Soy Giuletta Hamilton. Me alegro de encontrarle en su despacho.

Hubo un silencio demasiado largo al otro lado.

—¿Inspector?

—Señorita Hamilton, no me encuentro en mi despacho, tengo las llamadas desviadas a mi móvil. ¿Se puede...?

—Le he visto —le interrumpí—. He visto al Flautista y a la furgoneta. La ha pintado de amarillo. Pero tengo parte de la matrícula. Eso podría servir, ¿no?

—Pero... ¿cómo? ¿Está segura?

—Segurísima. Estaba siguiéndonos y le hemos descubierto.

—¿Siguiéndoles? ¿A quiénes?

—Prefiero contárselo en persona. ¿Podríamos vernos ahora? Por favor, si se pudiera desplazarse hasta Bloomsbury Square 22.

Hubo otro largo silencio.

—Estaré ahí en menos de una hora.

Cuando sonó el timbre de la puerta corrí a abrir como si me encontrara en mi propia casa. Nayal llevaba sus botas de *cowboy*, los vaqueros desgastados, una larga gabardina negra y cara de haberse despertado de una siesta demasiado prolongada. Le hice pasar al salón, donde aguardaban tía Mildred y Greco.

—Encantada de recibirle en mi casa —dijo Mildred—. ¿Te o café, inspector?

—Lo que sea que ustedes estén bebiendo servirá.

Mildred, Greco y yo habíamos acordado no contarle a Nayal nada acerca de las pistas, simplemente que habíamos salido a dar una vuelta para bajar la comilona de Navidad y de pronto descubrimos al Flautista vigilándonos.

—¿Y por qué haría eso?

—¿Disculpe?

—¿Qué razones tiene el Flautista para seguirles a ustedes? ¿Qué saca él con eso?

Me quedé en blanco. No podía contestar a eso sin revelar que habíamos recibido una nota amenazante y que había atacado a tía Mildred. Fue ella quien salió en mi rescate.

—Vaya usted a saber. ¿Qué mente enferma se dedica a secuestrar a niños autistas?

Nayal me lanzó una mirada fulminante que imaginé debía emplear cuando interrogaba a sospechosos.

—Señorita Hamilton, le pedí... No, le ordené expresamente que no mencionara el detalle del autismo.

—No fue culpa de Giulietta. Ya sabíamos que Martha era autista antes del secuestro —mintió tía Mildred.

—Lo importante es que tenemos parte de la matrícula de la furgoneta —apuntó Greco—. Y además sabemos que la han pintado de amarillo.

—El color no es relevante. Ya imaginamos que lo habrían cambiado después de que salió en las noticias. Y la matrícula podría ser falsa —dijo el policía sacando una pequeña libreta de un bolsillo de la gabardina. No se la había quitado, se notaba que no pensaba quedarse más del tiempo necesario.

—No vi las dos primeras letras, pero los números eran 56 y las letras finales GCW.

—¿No pudo ver las dos primeras letras?

—No —me lamenté.

—Esas son las más relevantes: la primera letra indica la ciudad y la segunda el distrito.

—Lo siento. Estaba oscuro y la furgoneta estaba en movimiento cuando la vi.

Nayal sacudió la cabeza con un gesto comprensivo que me sorprendió: por primera vez su rostro inexpresivo se humanizó.

—Es un punto de partida. Podría servir.

Se levantó, se despidió con las consignas de rigor y se marchó tan rápido como había venido. Ni siquiera había tocado la taza de té.

Tía Mildred estaba convencida de conocer la ubicación de la siguiente pieza del rompecabezas. Según ella, la cosa estaba bastante clara:

«Bajo una columna de dorada santidad y entre fuegos de piedra, la mirada del querubín esconde lo que tú no ves».

—Solo conozco un santo encima de una columna, y está en la catedral de Saint Paul —dijo tía Mildred en cuanto leyó la pista.

—¿Seguro? —preguntó Greco—. Parece muy sencillo, comparada con las otras.

—Bueno, solo si conoces Londres como yo la conozco. En realidad, si es la columna que yo creo, se encuentra en un jardín lateral. La mayoría de la gente ni siquiera llega a verla. Pero yo solía quedar con un novio ahí hace un millón de años —dijo sin poder evitar una sonrisa. Al ver cómo la mirábamos interrogantes, cambió el semblante—: Es una larga historia.

Cuando se fue Nayal, era muy tarde para ir a investigar. Así que decidimos dar buena cuenta de las sobras de la comida y acostarnos pronto. Pero sirvió de poco. Mi encuentro con el Flautista me quitaba el sueño. Tener la certeza que nos seguía era aterrador; nos hacía tener conciencia del peligro que corríamos.

De pronto sonó el teléfono sobresaltándome. Miré la pantalla: era un número desconocido. Dudé si contestar o no. ¿Sería el Flautista? Respiré hondo y lo dejé sonar tres veces más antes de descolgar.

¿Sí?

—Hola, Giulietta. ¿Sabes quién soy? —Era una voz juvenil que no supe identificar.

—¿Quién eres? ¿Quién te ha dado mi número?

—¿En serio no reconoces mi voz?

Eso descartaba al Flautista, ya que nunca antes habíamos hablado. Me permití relajarme, pero

solo un poco.

—En serio, estoy cansada de adivinanzas estos días.

—¡Soy Robert!

—Ehhh, lo siento, Robert, voy a quedar fatal pero ahora mismo no tengo la menor idea de quién eres.

—Robert, el amigo demasiado impulsivo de Kate. Ella me ha dado tu número, espero que no te moleste.

Entonces caí: era el chico que había intentado besarme apenas unos días atrás en Bournemouth.

—Ah, hola, Robert. Disculpa, llevo unos días un poco extraños y ando despistada.

—No te preocupes. Solo te llamaba porque he pensado en ti estos días. Y porque quería disculparme por mi torpeza de la otra noche.

—No, por favor, no tienes nada de qué disculparte. En serio. No hiciste nada malo.

—En cualquier caso, la cuestión es que mis padres se van fuera en fin de año y voy a hacer una fiesta en casa para mis amigos. Y me gustaría invitarte. ¿Cómo lo ves?

Todavía estaba asimilando el hecho de que me hubiera dicho que había estado pensando en mí. Nadie antes me había dicho nada parecido. Sentí como se me encendían las mejillas. Me alegré de que Greco no estuviera presente para verlo. Hubiera sido complicado de explicar.

—Vaya, lo siento. Pero no creo que vuelva a Bournemouth antes de fin de año. Otra vez será.

—Claro, —dijo él—. Ya habrá otra ocasión. El mundo no se va a acabar.

Si tú supieras, pensé.

—Bueno, te tengo que dejar, estoy muy cansada. Las fiestas y todo eso.

—Claro, claro. Bueno, ya tienes mi número. Si algún te apetece charlar, ni lo dudes.

Después de colgar no pude evitar que una sonrisa se dibujara en mi cara. Me sentía halagada, aunque incómoda: de alguna manera, tuve la sensación de estar engañando a Greco. Sé que no tenía sentido porque entre Greco y yo no éramos más que amigos. Pero aún así...

Tía Mildred, Greco y yo nos bajamos en la parada de metro de Saint Paul. Seguía lloviendo, pero no nos importaba. Las ganas de encontrar la nueva pieza nos había hecho salir de casa sin desayunar. Sin embargo, al pasar junto a una panadería, el olor de los goffres recién hechos nos golpeó la nariz como si fuéramos personajes de dibujos animados.

—Lo siento, chicos. Esos goffres me están llamando —informé—. Os invito.

Desayunamos en silencio leyendo la prensa del día, como una familia. Salimos de la cafetería con la sensación del deber cumplido. Tía Mildred nos guio decidida.

—Espero estar en lo cierto, porque si no es aquí, si que estaremos perdidos. Y no me apetece visitar todas las columnas de Londres con esta lluvia.

Entramos en el jardín lateral de la imponente catedral. Tal como nos había indicado Mildred, vimos una columna coronada por una estatua dorada del santo. El clima desapacible jugaba a nuestro favor: no había curiosos por la zona. Greco se había adelantado preso de la excitación del momento.

—Mirad, aquí hay una cabeza de querubín entre dos antorchas, tal como decía la pista —dijo señalando una placa situada en la base de la columna.

—Estas antorchas se parecen a las que vimos en el cementerio de High Gate —apunté.

—Es cierto, es como si hubiera una conexión —coincidió Greco.

—Aquí detrás hay otro querubín entre antorchas —dijo tía Mildred desde el otro lado de la columna—. Justo encima de una fuente.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—«La mirada del querubín esconde lo que tú no ves», eso es lo que dice el texto, ¿no? —dijo Greco—. Pues seguramente habrá que apretar los ojos de uno de los dos, como hicimos cuando encontramos la pista del cementerio apretando las dos «os» de Boyson en la lápida.

—¿Así de fácil?

—Bueno, no tenemos nada que perder por probar —dijo tía Mildred.

Greco me miró emocionado: lo de encontrar las pistas sacaba el niño que había en él. Colocó dos dedos en los ojos del querubín y apretó. Yo contuve la respiración. Pero nada paso. No se abrió ningún compartimento. Volvió a apretar con fuerza durante unos segundos. Sin resultado.

—Me temo que este no es —dijo con desilusión—. Prueba tú en ese lado, tía Mildred.

No pude menos que correr junto a ella. Quería estar presente cuando cegara al angelito. Tía Mildred repitió la operación de su sobrino con idéntico resultado. Nos quedamos los tres abatidos. Como en una broma pesada, la lluvia empezó a arreciar.

—Lo siento, chicos —dijo Mildred al tiempo que se calaba la capucha de su chubasquero.

—Ya que estamos aquí, vamos a probar otras cosas —animó Greco—. Probemos con las antorchas.

Durante unos minutos, los tres toqueteamos la base de la columna. Yo incluso salté con fuerza sobre los escalones. Afortunadamente, no había allí nadie para verme.

—Chicos, me temo que es momento de volver a casa, darnos una ducha caliente y replantearnos la pista —dijo Mildred—. Quizá podríais buscar en Internet.

Echamos a caminar de vuelta al metro, cuando se me ocurrió algo.

—Un momento. Hay dos querubines, ¿no? Dos querubines, dos pares de antorchas, dos placas. Y si... Y si probamos a apretar los ojos de los querubines al mismo tiempo.

Tía Mildred me miró y se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Greco y yo nos colocamos enfrente de cada uno de los ángeles a ambos lados de la columna.

—Greco, a la de tres apretamos. Uno, dos, tres.

Clavé los dedos en los ojos y estos cedieron.

—¡Funciona! —grito Greco.

Como en las anteriores pistas, un resorte crujió y un compartimento se abrió en la antorcha que tenía a mi derecha mostrando una pieza y un trozo de papel viejo. Lo habíamos logrado.

Capítulo 17

GRECO

Era la tarde del 26 de diciembre. Quedaban solo cinco días para reunir las piezas que nos faltaban y poder salvar a los niños y nuestra propia vida. La prisa apremiaba. Sin embargo, el hecho de haber encontrado con relativa facilidad la última pieza nos animaba a creer que sería posible. Puede que por fin la suerte estuviera de nuestro lado.

El salón de casa se había convertido en nuestro centro de operaciones. En la gran mesa, entre tazas de té y restos de sándwiches, reinaban mapas desplegados de la ciudad, rotuladores, cuadernos de notas y teléfonos móviles. Giulietta llevaba una hora rastreando en Internet y tía Mildred no podía estarse quieta, daba vueltas sin parar. Fue ella quien recordó la nueva pista:

«Sobre un círculo de agua, el vengador del amor no correspondido apunta la dirección del misterio al pie del abismo». No parecía fácil. Pero Giulietta, de pronto, exclamó:

—Chicos, que los dioses bendigan a Google. Acabo de introducir: «El vengador del amor no correspondido» y la definición encaja con Anteros, hermano de Eros; que resulta que es la estatua del ángel de Picadilly Circus.

—¡Sí, es cierto! —dijo tía Mildred—. Cómo no he caído antes... Es evidente.

—¿No creéis que es demasiado fácil? —preguntó mi parte más racional.

—Yo creo que el amigo Willobhy, si ya hemos llegado hasta aquí, lo quería poner fácil —comentó mi tía—. Además, hay cierta conexión: el ángel de la columna de Saint Paul y el ángel de Picadilly... Además, no tenemos nada que perder por pasarnos por allí ahora mismo... Eso sí, Picadilly, aunque llueva, estará atestado de turistas. Vamos...

Teníamos la suerte de vivir cerca. Llegábamos antes andando que en transporte público. De camino, en un semáforo, Giulietta, pensativa, preguntó:

—Tía Mildred, ¿tú has tenido algún amor imposible?

El semáforo se puso en verde, y mientras cruzábamos, mi tía, como si la pregunta le hubiera rescatado algún recuerdo perdido, dijo:

—Querida, cuando llegas a mi edad, todas arrastramos con nosotras unos cuantos muchos amores imposibles... La mayoría dignos de venganza.

Nos reímos los tres, pero al interiorizar la respuesta me quedé extrañado de la pregunta de Giulietta. ¿En quién estaría pensando? ¿Habría algún chico en su vida?, me pregunté sintiendo una punzada de celos.

Hasta que no llegamos a nuestro punto de destino, ninguno de los tres volvió a hablar.

—Si conseguimos una segunda pieza hoy, será todo un récord —sostuvo tía Mildred.

Coincidió que pasábamos por delante de muchos teatros a la hora de la salida. Una marabunta de público casi nos saca de la acera. Los turistas sin paraguas son molestos, pero con paraguas pueden llegar a ser insufribles.

Picadilly Circus es el punto de encuentro más famoso de Londres. Alrededor de la fuente se aglutinaba gente esperando a gente.

—En mi época punki siempre nos reuníamos aquí. Hasta los turistas nos hacían fotos, muchos de ellos horrorizados por nuestras pintas. Éramos parte del decorado de la ciudad —nos contó mi tía.

Sentí nostalgia por contagio. La verdad es que me hubiera gustado conocer a Tía Mildred en aquel tiempo y poder haber asistido con ella a un concierto de The Clash.

—¿Sabéis qué?, se suele decir que si una persona se queda el suficiente tiempo aquí sentado, tarde o temprano acabará topándose con toda la gente que conozca.

Nos colocamos frente a la fuente para observar la dirección a la que apuntaba el ángel con su flecha. Ese arma debía encarnar la venganza. Lo decepcionante es que no apuntaba a nada en concreto, más bien lo hacía hacia abajo.

Giu preguntó:

—¿Creéis que se refiere a algún edificio?

—Lo que está claro es que apunta hacia el sur, hacia Lower Regent Street.

Giramos la vista hacia allí. Una calle sin duda concurrida. ¿Qué podíamos hacer? ¿Rastrear esa calle repleta de edificios de oficinas?

—A ver, el texto acaba nombrando el abismo —empezó a decir Giulietta—. ¿No os parece que podría referirse al metro? Ahí hay una boca.

Bajamos las escaleras de inmediato y, en la entrada, nos detuvimos a examinar la decoración de las paredes en busca de algo que pudiera esconder la pista. No encontramos nada. Volvimos a subir y dije:

—Sabemos que es una pieza pequeña como las otras, puede estar en cualquier parte.

Nos dio por ponernos junto a la baranda de las escaleras del metro mirando al ángel para calcular el punto exacto al que se dirigía la flecha. La baranda verde cuenta con unos adornos: sencillas bolas de metal. Desde la penúltima de ellas, si levantabas el brazo en dirección al ángel te topabas con la flecha. Decidí probar si se movía. Puse la mano sobre la esfera y me di cuenta de que mi tacto resbalaba sobre ella. Estaba mojada. La cubrí con la chaqueta y probé de nuevo. Giulietta y mi tía me observaban expectantes.

—Poneros una a cada lado para no llamar tanto la atención, por favor.

El tráfico de gente que entraba y salía del metro era constante. El repiquetear de la lluvia se mezclaba con el ruido de tantos autobuses. Me fijé en que Giu barría la zona con la mirada. Como me contó después, tenía miedo de encontrarse de nuevo con la figura vigilante del flautista.

Yo seguía intentando girar aquella esfera. Pensé en pedir ayuda, pero al ver el músculo de mis dos acompañantes, desistí. Me dije que todos los meses de duro entrenamiento en el gimnasio me habían conducido a este momento. Soy testarudo. Tenía que conseguirlo. De pronto, a tía Mildred le dio por decir:

—Querido, ¿y si pruebas a girar en el sentido contrario?

Levanté la vista hacia ella. No pude evitar reírme.

—Siempre has sido tan cabezón como tu madre.

Entonces la obedecí y, tras un desesperado impulso, noté que cedía.

—Funciona —dije.

Tía Mildred y Giu se apretaron más a mí. Me taparon mientras empecé a darle vueltas con mayor ímpetu.

—Giu, querida, para un taxi. Tenemos que irnos de aquí antes de que alguien se pregunte que hacemos llevándonos mobiliario urbano.

Cuando tía Mildred concluyó la frase ya tenía en mis manos la esfera. Pesaba menos de lo que aparentaba. Nos subimos los tres a un taxi y dimos la dirección de casa. Una vez más, volvía a tener los pies empapados.

Colocamos la bola, ya seca, encima de los mapas. La base estaba hueca. Intenté introducir la mano, pero no me cabía.

—Déjame a mí —empezó a decir Giu— que tengo las manos más pequeñas.

Lo hizo con cuidado de relojero, lo contrario que yo hubiera hecho. Enseguida extrajo la habitual pieza envuelta en un papel amarillento que empezó a desplegar en el acto.

—Realmente, el bueno Willoby se esforzó lo suyo. Me cuesta imaginarlo escondiendo las piezas en lugares tan típicos... seguramente lo hizo a altas horas de la noche... —comentó tía Mildred.

—Era un genio —dije convencido.

Cuando Giu terminó de desenvolver la pieza, desplegó el papelito y leyó en voz alto:

—La oquedad de la X 51° 30' 19" N 0° 10' 10" O.

No entendía nada, de hecho hasta pregunté:

—¿Qué es una oquedad?

Tía Mildred clavó sus ojos en mí, alarmada:

—Querido, ¿estás seguro de que abandonar los estudios ha sido una buena idea?

La miré arrugando la frente...

—Oquedad es una forma más culta de decir hueco —explicó.

—Ah, vale...

—¿Y ya está? —empezó a decir tía Mildred—. ¿Eso es todo? ¿Solo una serie de números?

Giulietta asintió. Y tía Mildred añadió pensativa:

—Pues parece que en esta ocasión, Willoby ha dejado lo más difícil para el final.

Capítulo 18

GIULIETTA

Después de unos minutos releendo la pista e investigando con mi ordenador, nos dimos cuenta de que en realidad esta vez Willobhy lo había puesto más fácil: en lugar de ofrecernos un texto con extrañas referencias del lugar, nos daba exactamente las coordenadas de su ubicación; claro que Willobhy había muerto antes de llegar a conocer las virtudes de Internet. La dificultad esta vez residía en acceder al sitio donde se escondía: las coordenadas señalaban un islote que está en el lago Serpentine, en pleno Hyde Park.

—¿Cómo narices vamos a llegar hasta esa isla? ¿Nadando? —preguntó Greco—. El agua debe estar muy fría.

—Si es que no está congelada —rematé yo—. Recuerdo haber visto por la tele como el día de año nuevo mucha gente se baña en ese lago y para ello deben romper el hielo.

—Alquilan barcas con remos —contestó tía Mildred—. Lo malo es que, si no recuerdo mal, la isla está protegida por una valla para que la gente no moleste a los patos, gansos y ocas que tienen ahí su hábitat natural. Además, deberemos hacerlo de noche para evitar que nos detengan.

—Sí, yo no quiero más encuentros con la policía —admitió Greco.

—En todo caso, os propongo ir mañana por la mañana a inspeccionar la zona. Tomaremos buena nota de todo y analizaremos las posibilidades. Pero creo que por hoy ya hemos hecho suficiente. Además, me molesta todavía el golpe. Así que vamos a cenar bien, me voy a tomar un analgésico y me acostaré pronto.

—Vale. Aunque esta noche repiten el especial navideño de Doctor Who —anuncié.

—Yo lo veo contigo —dijo Greco.

Después de cenar, tía Mildred nos dio las buenas noches y Greco y yo nos acomodamos en el sofá.

—Espera, ¿te importa que me ponga el pijama? —le pregunté a Greco.

—No, qué tontería, como estés más cómoda.

—Pero tienes que prometerme una cosa antes.

—Claro. ¿El qué?

—Que no te reirás de mi pijama.

Greco sonrió burlón:

—¿Por qué, es que es de la Hello Kitty?

—No. Aún peor. Ya lo verás.

Subí a mi habitación y me cambié. Cuando llegué a las escaleras, sorprendí a Greco expectante como esos padres en las películas americanas, los que esperan con la cámara en mano a que baje su hija vestida para el baile de fin de curso.

—Oh dios mío —exclamó—. Señorita Giulietta, eres toda una nerd.

—¿Qué pasa, que nunca has visto a una chica con un pijama de amarillo de Bob Esponja?

—La verdad es que no. Y nunca pensé que pudiera sentarle tan bien un pijama así a alguien con más de diez años.

Me sonrojé al instante. Para disimularlo, hice como que tosía para taparme la cara y me senté en el sofá. Al poco de empezar el capítulo de Doctor Who, me descalcé y me eché una manta sobre las piernas. Y poco después debí de caer dormida.

Cuando desperté, estaba en brazos de Greco. No era un sueño, realmente me estaba llevando en brazos.

—¡Greco! ¿Pero qué haces?

Ahora fue él quien se sonrojó. Me notó incomoda.

—Perdona, es que... es que te has quedado dormida y me ha sabido mal despertarte.

—No soy una niña, puedo subir yo sola.

Greco me soltó delicadamente sobre la moqueta y solo fue capaz de pedir perdón una vez más. Empecé a subir las escaleras. Él se quedó abajo, no sé por qué. Al llegar arriba, me giré y le dije:

—No, Greco, perdona tú. Ha sido un detalle encantador. Es solo... No sé, me ha sorprendido. Olvídalo. Buenas noches.

Entré en mi cuarto y me metí en la cama. A pesar de que la calefacción estaba a tope, sentí un escalofrío.

A la mañana siguiente, nada más desayunar, cogimos un autobús hasta la esquina de Oxford Street y Hyde Park. Caminamos acortando por la hierba. A pesar de que hacía bastante frío, el parque estaba lleno de parejas y familias que paseaban. Las madres vigilaban de cerca a los más pequeños; la sombra del Flautista seguía muy presente en el ánimo de todos los londinenses. Afortunadamente, cuando llegamos al lago descubrimos que el agua no estaba helada. Y el puesto de alquiler de barcas estaba abierto. Apenas había cola. Nos subimos en una embarcación los tres. Teníamos una hora. Greco y yo nos repartimos los remos. Sin dudarlo, nos dirigimos directamente hacia el islote. Tal como tía Mildred recordaba, el acceso al mismo estaba prohibido. Una valla metálica que sobresalía apenas medio metro del agua rodeaba la isla. Aún así, dimos toda la vuelta alrededor para ver si estaba rota en algún punto. Sin resultado.

—Me temo que tendremos que venir de noche y nadar —dije.

Greco soltó el remo y metió la mano en el agua para comprobar lo evidente:

—Está muy fría. Con que lo haga yo solo, bastará. No hace falta que los tres pillemos un resfriado por esto.

—Y además ahí duermen todos estos patos —añadí—. Va a ser complicado tomar tierra sin hacer alboroto.

—Vale, ya nos podemos ir —dijo tía Mildred—. Tenemos que ir de compras.

Después de devolver la barca y salir del parque, cogimos un taxi para cruzar al otro lado del Támesis. Tía Mildred conocía una tienda especializada en submarinismo. Al parecer, durante una época le había dado por sumergirse en las aguas de medio planeta.

—Greco, vamos a comprarte un buen traje de neopreno para que puedas sumergirte en el lago y una linterna resistente al agua. Giu y yo vigilarémos desde la orilla. ¿Te ves capaz de hacerlo tú solo?

—Claro. Sin problema.

Después de hacer las compras, volvimos a casa. Nos tocaba esperar a la noche. Habíamos decidido ir a la medianoche para encontrar el parque lo más vacío posible.

Después de comer, Greco anunció:

—Me voy a ir al gimnasio. Quiero nadar para estar preparado para esta noche.

Me empezaban a doler los brazos por culpa de la mañana de remo. Me disculpe con tía Mildred y subí a mi cuarto para descansar. Comprobé que nadie me hubiera llamado al móvil. Me decidí a hacer algo que llevaba tiempo dándome vueltas: marqué el número de mi tío Ernest. Tardó en contestar y cuando lo hizo fue con un susurro:

—Hola, Giulietta.

—Hola, tío Ernest. ¿Cómo estáis? ¿Ha habido alguna noticia?

—Ninguna. Al parecer la policía tiene una nueva pista, pero no nos dicen nada. Solo que esperemos. Y eso es lo más duro: esperar sin poder hacer nada. Tu tía está ahora con un psicólogo que nos visita a domicilio a diario. Bueno, ya te haces una idea.

—Claro. Bueno, si hubiera alguna novedad, por favor, házmelo saber.

—Descuida. Por cierto, ¿tú cómo estás? Llamo tu madre y me dijo que aún estás por aquí.

—Sí, me he quedado en casa de unos amigos. No soportaba la idea de estar en Bournemouth yo sola.

Nos despedimos con exagerada cortesía, como si ya no fuéramos familia. Me hice un ovillo en la cama y me eché a llorar. No sé por qué, pensé que si Greco me cogiera en brazos en ese momento, no protestaría.

Capítulo 19

GRECO

Llegamos a Hyde Park a las doce menos diez. En el camino hasta el lago solo nos cruzamos con un paseante abrigado con gabardina y sombrero que se empeñaba en repetir el nombre de su perro. Salvo la luz de alguna ocasional farola, nada iluminaba el parque. A pesar del riesgo al que me aventuraba, disfrutaba del momento. Al pisarla, la hierba crujía por culpa de la escarcha. Estaba congelada. La oscuridad, atravesada de un viento seco, dibujaba una postal tétrica. A mi lado, las chicas no hablaban, pero escuchaba sus respiraciones y cada tanto veía el vaho que exhalaban. Una capa de bruma cubría las aguas. El islote parecía flotar sobre ellas como una imagen salida de un sueño.

A dos pasos del agua dejé la mochila en el suelo y me desvestí a toda prisa. Giulietta apartó la mirada, quizás avergonzada, y mi tía me ayudó a ponerme el neopreno. Fue en ese momento, al pisar descalzo la grava, cuando reparé en que tal vez me hubieran venido bien unas aletas. En cualquier caso hubiera sido muy incómodo caminar con ellas por el islote.

Respiré hondo antes de sumergirme, y escuché a mi tía:

—Te cubrimos desde aquí. Recuerda que la equis que menciona la pista puede estar en cualquier parte, pero probablemente esté marcada en la corteza de un árbol. Cuando la encuentres, antes de volver al agua, haznos señales con la linterna, y espera a que te respondamos. Si lo hacemos significará que tienes vía libre.

—De acuerdo —dije temblando.

—Espera, Greco —añadió mi tía cogiéndome de la mano—. Que sepas que estoy muy orgullosa de ti. —Acto seguido me besó en la mejilla.

Para mi sorpresa, Giu se acercó y la imitó.

—Ten mucho cuidado, por favor.

—Lo tendré, descuida.

Pese al frío que noté en los pies enseguida me familiaricé con la temperatura del agua, hasta que metí la cabeza. Fue como si me golpeará. Sin embargo, peor que el frío, en buena parte disimulado por el neopreno, más escalofriante era la oscuridad del agua. No veía el fondo. Ni siquiera mis pies. Era como sumergirse en tinta. Para no hacer ruido me desplazaba nadando a braza. No quería que mi chapoteo llamara la atención de la policía. El instinto me guiaba y cuanto más me acercaba mejor veía el islote. Me giré para comprobar que mi tía y Giu seguían

allí. En efecto, vi su silueta recortada entre las sombras. Cuando estaba a punto de tocar tierra mi mano se topó con la valla de plástico que protegía la isla. Mis pies pisaron lodo y piedras. Me agarré del borde, cogí fuerzas y me impulsé para saltar al otro lado. Una vez allí, lo primero que hice fue encender la linterna que llevaba en un cinturón. El haz de luz iluminó un sinfín de arbustos, matorrales y zarzas. Resultaba curioso hallarse en ese pequeño rincón salvaje en mitad de una ciudad como Londres. El primer susto me lo dio un ganso que se detuvo ante mí. Por un momento pensé que me iba a atacar. Me costó lo mío sofocar un grito. Era el ganso más grande que había visto en mi vida. Entonces reparé en que estaba rodeado de aves acuáticas. La mayoría dormía. Tuve miedo de espantar a los pájaros y que su huida llamara la atención hacia mi persona. Pisar descalzo la tierra húmeda y las piedras no era en absoluto cómodo. Como un ladrón caminaba con tiento. Enfocaba a los troncos de los árboles y los estudiaba de arriba abajo buscando la equis que anunciara la pista. A mi alrededor podía escuchar muy nítidamente la respiración de las aves y su aleteo, aquí y allá. Era como si abofetearan el aire. Por momentos me sentí como un soldado en una película de Vietnam, atravesando una jungla; pero yo no tenía más arma que mi linterna. Oía a secreciones de pato que probablemente estaba pisando. Procuré no pensar demasiado en ello. Las plantas de mis pies se resentían a cada paso y las piedras más pequeñas eran como agujas. Después de haber rastreado una docena de árboles, me pregunté cuánto tiempo llevaba allí y cuánto espacio quedaba por recorrer. Me asaltó la duda de si habría pasado por alto algún detalle importante, y si de verdad la pista se hallaba en un árbol. Pero era imposible que no lo fuera. Allí no había nada artificial donde esconderla. Pensé en tía Mildred y Giu, y me pregunté qué pasaría por sus cabezas.

Entonces me llegaron voces. Haciendo caso a mi instinto me agaché y planté mis rodillas en el suelo. Presté atención y escuché el ruido de algo que caía en el agua. Las voces provenían de la orilla opuesta a la que me esperaban. Oí risas. Eran chicos haciendo el tonto. Tenía que tener sumo cuidado con la luz de la linterna. Cuando me iba a poner en pie pensando que había pasado el peligro, se oyó un silbato y la voz de unos policías que daban el alto. Los pájaros, a mi alrededor, se pusieron nerviosos. Apagué la linterna y esperé arrodillado detrás de un árbol. La bruma y la maleza no me permitían ver nada. Únicamente podía calcular la distancia por sus voces. Aunque no podía entender la conversación, por el tono se adivinaba la reprimenda de los agentes.

Aguardé unos minutos. Mis latidos se atropellaban en las sienes estruendosamente. Tanta impasibilidad empezaba a atormentarme. Cuando creí que el peligro había pasado, me puse en pie, me giré e iluminé el árbol sobre el que había estado apoyado. Dos aspas cruzadas dibujaban una desigual equis sobre la corteza. Era evidente que aquello era obra de un hombre, no de la naturaleza.

Encima de ella había un hueco tal como indicaba la pista. Tenía que meter la mano. Confieso que me daba miedo hacerlo. Pero no me quedaba más remedio. No estaba allí para nada. Con la mano izquierda agarré la linterna, iluminé la abertura y metí la derecha. De súbito noté algo que se pegaba a mis dedos y me arañaba. Reprimí el grito y en un acto reflejo saqué la mano y vi que tenía un ciempiés en el dorso. Agité el brazo como si diera un latigazo y el bicho cayó al suelo. Volví a intentarlo y en esta ocasión, esforzándome por rastrear mejor el interior del tronco, logré dar con algo que podía ser la pieza porque era metal.

Cuando la extraje me sentí como Indiana Jones. Era el momento de retirarse. Me asaltaban

las ganas de volver con las chicas. Me di la vuelta y desandé el camino. Tenía prisa, pero no podía correr. Justo antes de llegar a la orilla, algo me rasgó la planta del pie. Me mordí los labios y contuve la queja. El dolor me obligó a detenerme y a sentarme. Al iluminar el pie descubrí la sangre. Una piedra afilada me había abierto una herida. La sangre manaba pero no podía quedarme allí. Apoyando solamente el talón, prácticamente cojo, busqué la orilla. Con la linterna hice las señales y esperé respuesta. Mientras tanto volví a palpar el pie y vi mi mano teñida de rojo. Miraba fijamente a la otra orilla y no veía luces. Repetí la operación y me agaché. Al instante vislumbré los tres *flashes*. Comprobé que la pieza no bailaba en el cinturón, apagué la linterna y la guardé. Entrar al agua fue un alivio para mi pie.

Salté la valla y empecé a nadar de nuevo. Esta vez, para no perder de vista la otra orilla, preferí no sumergirme. No era mucha distancia y me pareció que el camino ahora era más corto. Sin embargo, unas luces y unas voces me alertaron y me obligaron a parar. Era la policía. Un repentino terror se apoderó de mí y, al descubrir que hablaban con tía Mildred, sentí que todo se desvanecía: mi pie seguía reclamando atención médica, tenía frío, tenía hambre, tenía sed. Y no podía moverme. Flotaba sin dejar de mover las piernas. Pensé en flotar haciéndome el muerto para no cansarme tanto, pero lo descarté por temor a llamar la atención de los policías si barrían el agua con sus linternas.

Cada tanto cogía aire y me sumergía. Entonces el agua, y la noche, pesaba sobre mis hombros. En uno de esos momentos pensé: qué fácil sería dejarse ir, morir ahogado. Y en un segundo vislumbré todo lo vivido y mi propio funeral, en Exeter, con mis padres lamentándose por no haber sabido quererme mejor y tal vez, quién sabe, el desconsuelo de mi muerte los unía de nuevo. Me pregunté quién lloraría más por mí y, no se por qué, se me apareció la imagen de Giulietta. Sentí ganas de estar con ella.

Seguí así unos segundos más y, cuando asomé la cabeza vi las señales de luz apremiándome. Reemprendí la marcha y llegué a la orilla. Allí estaban las dos con una toalla.

—¿Qué ta pasa en el pie? —Era tía Mildred—. ¿Te has hecho daño?

—Nada, es más aparatoso de lo que es.

—Sácate esto inmediatamente, sécate el pelo lo primero de todo y démonos prisa. La policía puede volver en cualquier momento.

Le hice caso y a toda prisa me deshice del neopreno, me puse la ropa y me froté la cabeza con la toalla enérgicamente.

—¿Pero puedes caminar? —preguntó Giu al ver que no era capaz de calzarme.

Antes de que le respondiera sacó de su bolso un pañuelo, se arrodilló ante mí y con mucho cuidado empezó a vendarme el pie. Seguía manando sangre:

—Esperemos que sea superficial y no te haya llegado al músculo.

La miré extrañado y añadió:

—De niña siempre quise ser enfermera.

«Y yo pirata» pensé en responder, pero no lo hice.

—Vamos, chicos, no perdamos tiempo; iremos a un hospital a que te miren eso, mejor prevenir —insistió tía Mildred.

Cuando terminé de atarme las zapatillas, caminamos despacio hacia la salida.

Detuvimos el primer taxi libre y nos sentamos en la parte trasera. Entonces abrí la mochila y rescaté el cinturón. Mientras el coche avanzaba por una Oxford Street muy iluminada, saqué la

caja. Al abrirla encontramos la última pieza del rompecabezas, pero para nuestro desconcierto, esta vez no venía acompañada la habitual frase escrita en un papel. No había nada.

Me quedé pensativo. Giulietta no tardó en decir:

—Tiene sentido. Es la última.

Antes de llegar al hospital arrugué la frente y dije:

—¿Y ahora qué hacemos?

Capítulo 20

GIULIETTA

Cuando era niña odiaba quedarme encerrada en casa los sábados por la mañana. Me daba igual que lloviera, que hiciera frío, siempre insistía a mis padres para que me sacaran a dar un paseo, aunque simplemente fuera acompañarles de compras.

Aquel sábado por la mañana, después de haber recogido las siete pistas que William Willoughby había escondido por toda la ciudad, ninguno de los tres teníamos ganas de salir de casa. Era como si después de toda la tensión que habíamos sufrido en las dos últimas semanas, se nos hubieran acabado las pilas. Estábamos agotados. Y sin ideas. Tal como había preguntado Greco, ahora que ya teníamos las piezas de la caja de Pandora, ¿qué íbamos a hacer? ¿Debíamos montarla? Tal como argumentó tía Mildred, eso quedaba descartado: si teníamos que entregársela al Flautista, no íbamos además a ahorrarle el trabajo. Pero el dilema no era ese; el dilema era que, si esperábamos a que el Flautista se pusiera en contacto con nosotros y le entregábamos las piezas, sabíamos que no soltaría a mi prima ni al resto de niños secuestrados; y si le entregábamos las piezas a la policía y le explicábamos todo lo ocurrido, corríamos el riesgo de que el Flautista cumpliera su amenaza de matar a los pequeños y luego a nosotros. Así que no nos quedaba más remedio que esperar a que diera señales de vida, pero no antes de que se nos ocurriera una idea para atar los cabos sueltos. Era veintinueve de diciembre. Sabíamos que el ritual que planeaba hacer el Flautista con la caja de Pandora y los niños sería dos días después, ya que el mensaje amenazante que nos había dejado por debajo de la puerta nos urgía a encontrar las piezas antes de esa fecha. El problema es que no sabíamos dónde planeaba hacerlo.

—Tendríamos que conseguir algún dispositivo rastreador y esconderlo con las piezas. Así sabríamos adónde va —propuso Greco.

—¿Pero el qué? —pregunté.

—No sé. Los móviles tienen GPS. Si pudiéramos de alguna manera colocarle un móvil...

—Se daría cuenta enseguida, sobrino. Ese hombre va siempre un paso por delante de nosotros.

Estábamos los tres sentados alrededor de la mesa de la cocina, dejando enfriar nuestras tazas de té.

—Quizá podríamos... —empecé a improvisar—. No sé. Quizá podríamos seguirle de alguna forma. Por ejemplo, por Internet se puede acceder a las cámaras de tráfico de Londres. Podría

conectarme a las que están cerca de aquí y, una vez se marche y veamos qué vehículo lleva, seguirle a través del mapa de cámaras. Seguramente es complicado, pero es una opción.

—No quiero ser la pesimista oficial del grupo —se disculpó tía Mildred—, pero estamos dando por sentado que vendrá aquí a recoger las piezas. No creo que se arriesgue así. Seguramente nos citará en algún lugar muy concurrido y nos hará soltar las piezas en algún sitio.

—Entonces podríamos probar la opción del rastreador —insistió Greco—. Algo lo bastante pequeño para esconderlo en una bolsa de deporte en la que dejaríamos las piezas. Lo peor que podría pasar es que el Flautista se deshiciera de la bolsa, pero al menos debemos intentarlo.

—Es un plan, sobrino. Arriesgado, pero es un plan. Voy a contactar con mis amigos a ver si alguno puede aconsejarme al respecto. Les diré que es para controlar las salidas del golfo de mi sobrino —dijo con una sonrisa.

Apuré la taza de té. Se me había ocurrido una idea:

—¿Sabes qué estoy pensando, Greco? Qué podíamos ir a visitar a *Mr. Blacksmith*, él quizá pueda contarnos algo más de Willoughby. Ya sabes, acerca de dónde habría que hacer el ritual para abrir el portal.

—Vale, buena idea —admitió Greco—. Nos vestimos y salimos. Además nos sentará bien que nos de el aire para aclarar las ideas.

—Me parece bien, pero recordad que las piezas no salen de la caja fuerte —alertó tía Mildred—. Yo me quedaré aquí hasta que volváis por si a ese horrible hombre le da por actuar. Estad pendientes del móvil.

—¿Estás segura?

—Sobrino, soy mayorcita. No me pillaré desprevenida una segunda vez.

A pesar de que Greco cojeaba ligeramente por culpa de la herida que se había hecho la noche anterior, insistió en caminar hasta la librería recorriendo exactamente el mismo camino que hicimos la primera vez que fuimos. Dijo que nos ciararía suerte. Yo no protesté: así pasaríamos por delante de *Forbidden Planet*, mi tienda favorita.

Al llegar a la librería, nos sorprendió descubrir que había un par de clientes. *Mr. Blacksmith* nos sonrió y, como si no nos conociera, nos dijo:

—Enseguida les atiendo. Miren lo que quieran mientras tanto.

Supuse que no quería hablar con nosotros habiendo extraños delante. En cuanto los clientes abandonaron la tienda, el librero le dio la vuelta al cartel de «Cerrado» y bajó los estores.

—Qué alegría verles. ¿Me traéis alguna buena noticia?

Nos condujo a la trastienda: era como una biblioteca después del paso de un huracán. Nos acomodamos a ambos lados de un arcón que hizo las veces de mesa. Le explicamos todo lo que habíamos encontrado desde nuestra última visita.

—Entonces, ¿ya tenéis todas las piezas? —preguntó visiblemente emocionado.

—Así es —contesté—. Lo que nos confunde es que la última no tenía un papel con indicaciones.

—¿Ah, sí? —se extrañó—. Bueno, claro, es la última. No tiene por qué.

—Por eso hemos venido a verle. ¿Se le ocurre dónde habría que hacer el ritual de abrir la caja de Pandora? De esa forma podríamos adelantarnos al Flautista y pillarlo por sorpresa.

—¿Estáis seguros de querer correr ese riesgo?

—Es que si no hacemos algo, una vez le entreguemos las piezas habremos perdido toda

posibilidad de salvar a mi prima.

—Claro, claro. Lo entiendo. Pero en momentos desesperados es cuando más se debe mantener la cabeza fría. Si me permitís un consejo, yo de ustedes esperaría en casa a que ese hombre diera señales de vida. Es él quién tiene interés en contactar con vosotros.

—No, eso lo tenemos claro —apuntó Greco.

—Se me ocurre una idea, quizá es muy descabellada —comenzó a decir.

—Somos todo oídos. Cualquier idea es bienvenida —le animé.

—¿Y si colocan algún tipo de aparato rastreador? Lo vi hace poco en una serie de televisión: unos policías colocaban uno de esos chismes en una bolsa para descubrir el paradero de una bolsa de dinero.

—¡Eso es lo que habíamos pensado! —exclamó Greco.

El librero sonrió, parecía feliz por poder ayudarnos:

—¿Y lo van a hacer? —preguntó.

—Todavía no lo tenemos claro. La tía de Greco está consultando con amigos suyos al respecto.

—¿Pero esos amigos son de fiar?

—Sí, descuide. Nadie sabe el verdadero motivo. Mi tía les va a contar que en realidad es para tenerme controlado a mí —dijo Greco sin poder evitar sonreír también.

—Entonces, ¿no se te ocurre nada para salvar a mi prima? ¿No recuerdas nada que te llamara la atención cuando leíste el diario de Willoughby?

—Lo lamentó mucho —se disculpó—. Mi memoria hace tiempo que no es lo que era. Y de saber que me lo iban a robar, habría procurado recordar más detalles.

Greco y yo nos levantamos con intención de despedirnos. Antes de salir de la trastienda, un pensamiento me cruzó por la cabeza. Miré las columnas de libros que nos rodeaban y no pude evitar expresarlo en voz alto:

—¿Sabe una cosa? No dejo de preguntarme qué clase de persona puede hacer algo así. Secuestrar a unos pobres niños para... para hacer lo que pretende hacer. Tú que has leído tanto, ¿no has encontrado en algún libro de dónde procede la maldad del ser humano?

El librero pareció analizar mi pregunta como si fuera un complicado problema matemático. Al cabo de unos segundos, respondió gravemente:

—Esa respuesta, señorita, queda muy lejos de mi alcance.

Cuando uno se ve obligado a esperar, entiende porque dicen que la paciencia es una virtud. Por lo que a mí respecta, creo que jamás podré presumir de ser paciente. Aquella tarde en casa esperando noticias del Flautista se me hizo muy larga. Tía Mildred había contactado con uno de sus amigos que le había dicho que tenía el rastreador perfecto para esconderlo en una bolsa de tela. El problema era que vivía en Glasgow. Por lo que Mildred, como el tiempo apremiaba, decidió volar esa misma noche a la ciudad escocesa. Solo era una hora de avión, pero no creía que pudiera volver esa misma noche.

—Sería algo sospechoso tanta prisa —dijo tía Mildred—. Tendría que darle muchas explicaciones a mis amigos. Me temo que tendré que pasar la noche allí. Pero volveré antes de la hora de comer, os lo prometo. ¿Creéis que podréis apañaros los dos solos?

—Claro, tía. Sin problema.

—Si ese tipejo aparece o llama, procurad darle largas. Necesitamos colocar el rastreador antes de darle las piezas.

Tía Mildred insistió en que no la acompañáramos al aeropuerto. Debíamos guardar la casa por lo que pudiera pasar.

—Solo nos faltaría que el Flautista estuviera espiándonos y pensara que queremos huir del país.

Después de que se marchara, Greco y yo nos quedamos sentados en el salón sin saber qué hacer. En silencio. Al cabo de un rato, Greco me preguntó:

—¿Qué te apetece cenar?

—No sé. La verdad es que tengo hambre. ¿Tienes algo en mente?

—Estoy pensando en *pizza*. Podíamos pedir una a domicilio.

—Vale. Eso estaría bien. Ya que no podemos salir de casa cenemos *pizza* y veamos una peli... O mejor, podríamos jugar a algo.

—Vale. No sé qué juegos tendrá mi tía en casa a parte de cartas.

—¡Podríamos jugar al ajedrez!

Greco me miró de una forma rara que no supe descifrar.

—Vale —dijo—. Pero primero pidamos la *pizza*. ¿De qué la quieres?

—Me da igual mientras no lleve piña. No entiendo en qué estaba pensando el tipo que se le ocurrió ponerle fruta a una *pizza*.

Subí a mi habitación para cambiarme. Al bajar, descubrí que Greco había colocado un bonito mantel color turquesa con servilletas de tela a juego, dos platos grandes, cubertería y un jarrón con un gladiolo azul.

—Greco, qué bonito. ¿De dónde sale ese gladiolo?

—¿El qué? Ah, ¿la flor? La he cogido del cuarto de tía Mildred que tiene un ramo.

Es bonita, ¿verdad?

—Preciosa.

Iba a la cocina en busca de una botella de coca-cola, cuando sonó el timbre. Di un salto.

—Tranquila, es el pizzero —dijo Greco. Pero aún así se aseguró antes de abrir la puerta.

Cenamos con gula. De pronto, Greco se echó a reír:

—No te comes el borde.

Me reí también.

—Es que no le veo la gracia. Es solo pan sin nada por encima.

—¿Sabías que mi tía me enseñó a hacer *pizza*?

Me sorprendió ese comentario de Greco. Me parecía muy dulce que se interesara por la cocina.

—Pues algún podrías hacerme una especial para mí, con los bordes rellenos de queso azul.

—De acuerdo —dijo extendiendo la mano por encima de la mesa—. Es un trato.

Se la estreché con fuerza.

Después insistí en recoger los platos y lavarlos yo.

—Ve colocando las piezas en el tablero mientras termino —le animé.

Al acabar, regresé al salón y me eché a reír:

—Pero ¿y esto? —dije señalando las piezas sobre el tablero de madera antigua.

—Lo siento —respondió sonrojado—. Es que no sé jugar.

Había colocado bien los peones, pero el resto de fichas estaban puestas en las casillas equivocadas: no había acertado ni una.

—No hay problema, será un placer enseñarte.

Empezamos a jugar. Me gustaba la inocencia de Greco. No trataba de aparentar lo que no era. Lo que veías es lo que había. Era alguien en quien podías confiar.

—Greco, tengo pedirte disculpas por lo de la otra noche.

Me miró extrañado:

—¿La otra noche?

—Cuando me cogiste en brazos. No tenía que haberte hablado así.

—Giu, por favor, tenías todo el derecho. No debería haberte cogido. Solo es que me dio pena despertarte.

—Noooo, fue un detalle encantador. Solo es que nadie me había cogido en brazos desde que era pequeña. Lo solía hacer mi padre.

—No, si lo entiendo.

—Lo sé. Por eso quiero darte las gracias, por ser así de especial.

Entonces nos sonrojamos los dos.

Nos fuimos a dormir justo al terminar la partida. Le había dejado ganar.

Cuando me desperté apenas eran las nueve de la mañana. Me asomé por la ventana. Hacía un día soleado propio de otros climas. Comprobé en mi móvil: no había llamadas ni mensajes. Cuando bajé, Greco estaba preparando el desayuno.

—Buenos días. ¿Tostadas con mermelada de frambuesa, zumo de naranja y té? —me preguntó.

—Por favor. ¿Qué tal tienes el pie?

—Mejor. Aún cojeo un poco, pero casi no molesta.

—Luego le hecho un vistazo y te cambio el vendaje, ¿vale?

—Estupendo.

Cuando nos sentamos a la mesa, sonó el timbre de la puerta.

—¿Tía Mildred se habrá olvidado las llaves? —pregunté.

—No parece propio de ella.

—Vamos a ver.

Greco miró por la mirilla. Luego se giró extrañado:

—Es el librero —susurró—. Es *Mr. Blacksmith*.

—¿En serio? Ábrele. Quizá se ha acordado de algo importante.

Greco abrió la puerta.

—Buenos días —saludó. Iba vestido con un largo abrigo azul marino de botones cruzados, tipo marinero, que recuerdo que pensé que no le pegaba nada. También llevaba botines y guantes de piel—. Disculpen que les moleste un domingo a esta hora tan temprana. ¿Puedo pasar?

—Buenos días. Claro —dijo Greco abriendo de par en par—. Estábamos desayunando. ¿Le puedo ofrecer algo? —Se notaba que la convivencia con tía Mildred había sembrado buenos modales en él.

—No, muchísimas gracias —dijo cerrando la puerta tras de sí—. Vengo desayunado de casa. Mi impaciencia volvió a hacer acto de presencia:

—¿Ha recordado algo importante? —No pude resistirme a preguntar.

—Creo que sí —contestó desabrochándose el abrigo—. Si no es mucha molestia, ¿me podrían dar un vaso de agua? A pesar del frío, vengo sofocado.

—Sí, claro. Acompañémos a la cocina —contestó Greco en plan perfecto anfitrión.

El librero nos siguió apoyándose en su bastón.

Greco le sirvió un gran vaso de agua y nos sentamos los tres en la mesa donde desayunábamos. Sin quitarse el abrigo, *Mr. Blacksmith* se bebió el vaso de un solo trago.

—¿Y su tía? —preguntó.

—Está en Glasgow. Ha ido a buscar un dispositivo rastreador como el que hablamos ayer. La esperamos para comer.

—Me temo que yo no puedo esperar tanto para darles la noticia —dijo.

—¿Qué noticia? —pregunté ansiosa.

—Conozco el nombre de el Flautista —anunció.

Greco y yo nos miramos. Abrimos la boca como personajes de dibujos animados.

—¿Cómo? —preguntamos a coro.

El librero sonrió de una forma extraña, como nunca le hubiera imaginado; como si supiera algo que nosotros no sabíamos:

—Su nombre es Reginald.

Recuerdo haber fruncido el ceño, sorprendida. Esperaba que nos dijera el apellido, no solo el nombre.

—¿Reginald? —repitió Greco.

Mr. Blacksmith asintió. Y para nuestra sorpresa, sin dejar de sonreír, gritó:

—¡Reginald!

Entonces apareció en la cocina: era el Flautista, ataviado con su abrigo negro. Aunque no llevaba puesta la capucha, lo reconocí al instante: era el tipo que se había llevado a mi prima y nos había seguido hasta la estatua de Mozart. Me llamó la atención su mirada inexpresiva como la de un animal.

—Reginald, estos son los chicos —dijo el librero al tiempo que sacaba una pistola del interior de su abrigo—. Chicos, este es mi hermano Reginald.

Mientras el librero nos apuntaba con la pistola, su hermano, el Flautista, sacó unas gruesas cuerdas de una mochila y nos ató a Greco y a mí a nuestras sillas con las manos a la espalda. Tenía ganas de gritar, pero no de miedo, sino de rabia. Lo habíamos tenido delante todo este tiempo y nunca sospechamos de él. Se las había arreglado para contactar con nosotros y engañarnos para que buscáramos las piezas por él. Y para colmo le acabábamos de abrir las puertas de casa.

—Bueno, ya sabéis cómo funciona esto. Solo hay dos maneras de hacerlo: por las buenas o por las malas. Así que solo te lo preguntaré una vez, Greco: dime dónde está la caja fuerte que guarda las piezas y la combinación que la abre. Y rápido.

Greco se mordió el labio inferior. Mi corazón estaba disparado.

—¿Y para qué quieres las piezas? —preguntó Greco.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¡Sí! —Me adelanté a responder—. ¿Qué ganas con todo esto? ¿De verdad crees que esa caja vieja va a funcionar? Y aunque funcionara, ¿qué demonios pretendes conseguir?

—Niña, tú no sabes nada. Eres guapa, joven, encantadora... No tienes ni idea de lo que significa ser yo. No sabes por todo lo que he tenido que pasar. Siempre ignorado, rechazado, invisible, o peor, señalado con el dedo, siempre llegando tarde a todo. Lo que quiero es mundo nuevo. Arrasarlo todo y empezar de cero.

—Vaya, pobrecito —le solté—. La vida es dura, ¿y qué? ¡Madura y acéptalo!

—Giu, cálmate —me aconsejó Greco.

El librero se levantó de la silla y se colocó a mi lado. Me cogió la cara y la apretó, pero me solté girando con fuerza la cabeza.

—Bueno, niño bonito, el tiempo apremia —le dijo a Greco—. O me dices dónde está la caja fuerte o mato a tu chica.

Greco le miró con odio. Enseguida me miró a mí.

—Si tienes que matar a alguien, que sea a mí.

—Mira, no es tiempo de hacerse el héroe. No te voy a engañar: los niños van a morir, de eso no hay quién los libre. Pero aquí tu amiguita puede vivir. Dependerá de ti. Nos la vamos a llevar y, si quieres que sobreviva, pórtate bien. Os he observado estas últimas semanas y sé lo mucho que ella te importa.

Si no hubiera tenido un arma apuntándome a la cabeza, me hubiera sonrojado. Pero no podía pensar con claridad. Solo quería que todo acabara, que se fueran.

—¿Y cómo sabemos que no nos matarás si te decimos la combinación de la caja? —pregunté.

—Mira, niñaata, no soy ningún tonto. Si os elimino ahora, la policía querrá saber qué habéis hecho y con quién habéis hablado últimamente, y vuestra tía terminará por mencionar mi nombre. Y no me interesa esa atención ahora mismo. No cuando falta tan poco para el final. En cambio, contigo de rehén, tu querido Greco deberá morderse la lengua si quiere que vivas.

Pensé en lo que decía. No me importaba que me llevara con él mientras Greco estuviera a salvo. Además quizá podría ver a mi prima. Ya se me ocurriría algo luego.

—Greco, díselo. Es lo mejor.

Greco agachó la cabeza, resignado.

—Está en la pared del fondo del dormitorio de mi tía, el primero nada más subir las escaleras. Detrás del cuadro de un desnudo femenino.

—Chico listo. ¿Y la combinación? —preguntó al tiempo que apretaba el cañón de su arma contra mi sien. Oí un click metálico que debía ser el seguro.

—Dieciséis, doce, nueve y cinco —dijo.

Reconocí el cumpleaños de Greco: dieciséis de diciembre del noventa y cinco. De alguna manera, no me sorprendió que tía Mildred hubiera escogido esos números en concreto.

—Quédate aquí y vigila que no se muevan —le ordenó el librero a su hermano al tiempo que salía de la cocina en dirección al piso de arriba.

—Oye, pareces un buen tipo —le dijo Greco al grandullón—. Se nota que todo esto es idea de tu hermano. ¿No ves que esto es una locura? Suéltanos y hablaremos bien de ti a la policía.

El Flautista se nos quedó mirando sin contestar, con la mirada vacía, como si estuviera viendo centrifugar una lavadora. No parecía en absoluto nervioso.

—Oye, ¿estás aquí? —le pregunté, ansiosa—. ¿Por qué no contestas?

Él seguía ensimismado, sin inmutarse.

—Te vi llevarte a mi prima, ¿te acuerdas? ¿Qué le dijiste para convencerla? Ella no se iría contigo así por las buenas, debió reconocer algo familiar en ti.

De pronto empezó a musitar algo, parecía tararear una canción para sí mismo.

—Veo que te gusta cantar. A mi prima Martha también le gusta la música.

Al mencionar el nombre de mi prima pareció reaccionar y clavó sus ojos en mí.

—Te acuerdas de ella. La niña más inocente del mundo. Ella no te ha hecho nada. ¿Por qué permites todo esto?

—Giu, me da la impresión de que no tiene muchas luces. Parece como si no estuviera del todo aquí.

Escuchamos el repicar del bastón del librero al bajar las escaleras. Cuando apareció en la cocina, estaba exultante, incluso parecía más joven.

—Tengo que admitir que habéis hecho un gran trabajo. La verdad es que no las tenía todas conmigo. Si no hubiera sido por vosotros, no lo hubiera conseguido.

—Maldito bastardo —soltó Greco.

—Bueno, ya sabes las reglas: nos llevamos a la chica y tú mantienes la boca cerrada.

El librero se acercó a Greco y hurgó en el bolsillo de su pantalón. Sacó su móvil y lo lanzó con fuerza contra el suelo. Se hizo añicos.

—Así evitaremos tentaciones estúpidas. Y no lo intentes con el fijo, ya me encargado de ello.

—No haré nada, tienes mi palabra —dijo él—. Pero como le hagas daño a Giulietta, te juro que acabaré contigo. Te lo garantizo.

—Desata a la chica y sujétala —le dijo el librero a su hermano—. Voy a traer la furgoneta hasta la puerta.

El grandullón obedeció. Sus manos eran grandes y fuertes como cepos. Debía pesar el doble que yo. No hubiera podido librarme de él ni con una palanca de hierro.

—Giu, aguanta y no hagas locuras. Te encontraré.

—No te preocupes por mí. Volveremos a vernos, de eso estoy segura.

Escuchamos dos golpes de bocina. El Flautista me arrastró casi en volandas hasta la puerta de la calle.

—¿No puedo coger mi abrigo? —Casi rogué.

Me ignoró. Bajamos las escaleras y me metió en la parte trasera de la misma furgoneta amarilla que había visto unos días antes. El interior era oscuro, pero estaba mullido: estaba insonorizado. Era como estar dentro de una caja, incomunicada incluso con la parte delantera. Arrancó. No podía ver nada. Me encogí y me abracé las rodillas. Hundí la cabeza y lloré con fuerza sabiendo que no podrían escucharme.

No supe calcular cuánto tiempo duró el trayecto, pero me pareció mucho. Cuando finalmente se detuvo y apagaron el motor, abrieron la puerta. Estábamos en un garaje subterráneo.

—Ya puedes bajar, princesa —dijo el librero.

La única iluminación de aquel lugar eran unos pilotos verdes que le daban a la estancia un aire enfermo.

El Flautista me agarró del brazo con fuerza y me condujo hasta una puerta metálica cerrada. El librero introdujo la llave y me empujaron dentro. Era una especie de almacén sin ventanas. En las paredes grises había colgados algunos dibujos infantiles. Los niños se giraron a mirarme. Mi prima Martha sonrió y luego bajo la cabeza, como jugando.

—Pequeños, aquí tienes una nueva amiguita. Ella cuidará de vosotros hasta mañana, que nos iremos de excursión.

Los niños volvieron a sus quehaceres: uno jugaba con un canguro de peluche, otro pintaba con los dedos, dos parecían ausentes. Martha hablaba sola. Noté el sabor salado de mis lágrimas cayéndome sobre los labios. Ni siquiera me di cuenta de que cerraron la puerta tras de mí. Me acerqué a mi prima:

—Hola, preciosa —le dije.

Ella sonrió y me miró de soslayo. Me puso una de sus manitas en los pies y dijo:

—¿Y tus botas?

Solo entonces me di cuenta de que estaba en calcetines.

Capítulo 21

GRECO

Durante horas Intenté desatarme. Me retorció en la silla una y otra vez, balanceándome hacía atrás y hacía delante. Rozaba mis muñecas contra la encimera de mármol. La rabia me invadía. Realmente me habían atado a conciencia. Era imposible. Si seguía así, las cuerdas acabarían por abrirme una herida, pero no me importaba. Había visto películas en las que los presos acaban desatándose después de un rato, pero aquello no era una película. No quería que tía Mildred me viera así. ¿De qué me había servido tanto esfuerzo, tanta preparación si en el momento de la verdad había fallado? Rompí a llorar. ¿Cómo habíamos sido tan ingenuos? En el suelo veía los restos de mi teléfono. No me quedaba más remedio que esperar. Pasaba el tiempo y pensaba en Giulietta. No podía dejar de sentirme culpable.

—¡Chicos!, ¿estáis ahí? —gritó mi tía un rato después desde la entrada. Tal como me contaría luego, se habían cumplido sus sospechas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustadísima.

—Desátame, por favor, ahora te lo explico.

—Sabía que algo malo había pasado, os llevo llamando desde que he bajado del avión. ¿Y Giulietta?

Muy nerviosa, Tía Mildred empezó a manipular las cuerdas y, al ver que no se podía abrir el nudo, agarró el cuchillo japonés del cajón. Mientras forzaba le fui relatando lo acontecido.

A medida que escuchaba mis palabras, su desconcierto se transformó en horror.

—No puede ser... No puede ser...

Quería saber los detalles.

—Tenemos que encontrarla como sea —le imploré.

—No, Greco, lo siento, pero ahora ya basta de aventuras. Vamos a llamar a la policía.

—Ni se te ocurra, por favor —le dije—. Si lo hacemos, la matarán.

—Greco, esto ya ha llegado demasiado lejos. Ahora ya sabemos quién es el Flautista. ¿Es que no te das cuenta? Es momento de contárselo a la policía y pedirles ayuda.

Las lágrimas de antes reaparecieron en mis mejillas.

—Ya perdí a alguien una vez. No quiero volver a pasar por ello. Te lo suplico.

Una vez liberado, me froté las manos tratando de calmar el dolor y, acto seguido, bebí un vaso de agua. Mis muñecas estaban moradas.

—Greco, ven un momento, siéntate.

Obedecí a mi tía y ocupé el sofá, a su lado.

—Mira, cariño, hasta ahora hemos estado persiguiendo un fantasma, pero ahora sabemos quiénes son, cómo se llaman. Si lo explicamos, la policía los encontrará enseguida. Además, estás bajo mi responsabilidad, si te pasara algo no me lo perdonaría nunca. Por no hablar que la vida de Giu está en peligro mortal.

—Ya lo sé, tía. ¿Crees que no lo sé? Pero llamar a la policía no servirá de nada, estoy seguro. ¿Tú te crees que esa gente va a estar esperando en su casa a que los detengan? Lo tienen todo pensado y calculado. Fíjate cómo han jugado con nosotros.

Tía Mildred se quedó pensativa. Negaba con la cabeza. Como si fuera una niña, la vi mordiéndose las uñas.

—Necesito una cerveza —dijo.

Volvió al instante y añadió:

—Y entonces, ¿qué propones que hagamos?

Bebía directamente de la botella, muy inquieta.

—Investiguemos en Internet, rituales sobre William Willoughby y la caja de Pandora, lo que sea, lugares de Londres donde haya vivido... cualquier cosa, tía, menos llamara la policía.

—Esta bien, está bien. Hagamos un trato: nos damos veinticuatro horas, y si en ese tiempo no encontramos nada, llamamos al inspector Nayal. Y por favor, Greco, reza en quién creas para que no sea demasiado tarde.

Las siguientes horas las pasamos cada uno delante de su ordenador. Cuanto más tiraba del hilo sobre William Willoughby, más páginas se sucedían. A cada cual más extraña. Existía todo un culto esotérico en torno a su figura. En algunas páginas, unos lo trataban de genio; otros, de perturbado. Había quien decía que había muerto arrojándose al Támesis atormentado por todo lo que había visto. Otros lamentaban que sus pensamientos no se hubieran recogido en un libro. Y algunos afirmaban que existía un diario suyo, mítico, del que no se conservaban copias. Su persona reunía muchas contradicciones: alguien afirmaba que había llevado una vida monacal, otros le tachaban de mujeriego y que había coqueteado con el opio y la absenta. Lo que se sabía con certeza era que había estudiado física en Oxford. Sus notas fueron brillantes, pero en el último curso lo expulsaron después de una agria discusión con un profesor al que tachó de inútil. Curiosamente, con el paso de los años, aumentaba el misterio y menos cosas se sabían de él. Su obsesión le llevó a ejercer de maestro relojero en varios países y a relacionarse con importantes arquitectos, hasta que regresó a Londres. Era autodidacta. Podía traducir con total soltura latín y griego clásico.

—Vaya con William Willoughby —dijo tía Mildred—. Todo un visionario... Sería fantástico conseguir ese diario.

Se había hecho de noche. Sentía los músculos agarrotados y una fuerte tensión oprimía mis hombros. No tenía hambre, pero tía Mildred insistió en que comiera. Al hacerlo, pensé en si estos perturbados le darían de cenar a Giu.

—Sobre la caja de Pandora existen muchos mitos —empezó a decir mi tía— pero ninguno habla de sangre inocente y rituales para abrirla; hay muchas cosas que Internet no sabe. No hay

instrucciones con las que guiarse, todo es vago e impreciso... Pero estoy pensando que, lo que sí sabemos con seguridad, es que Willoughby escribió las pistas de su puño y letra, y el librero no se las ha llevado. Las tenemos nosotros. Así que voy a repasarlas por si se nos ha pasado algo por alto.

—Buena idea —la animé.

Sin que me hubiera dado cuenta, ya eran más de las doce de la noche. Se me cerraban los ojos ante la pantalla.

Aún así decidí volver a una página anterior y entré en un chat especializado en esoterismo.

«Hola, soy nuevo en este chat, ¿alguien sabe algo de la relación entre William Willoughby y la caja de Pandora? ¿Es cierto que pensaba abril? ¿Dónde? Muchas gracias» escribí antes de apagar el ordenador.

Ya en la cama, terriblemente cansado, pensé en Giulietta y en si se habría reencontrado con su prima. Cerré los ojos y traté de enviarle un mensaje mental: «Giu, estoy contigo».

A la mañana siguiente me desperté muy temprano. Por más que estuviese agotado, no había dormido más de cinco horas. La mayor parte del tiempo había estado dando vueltas en la cama. Ni siquiera había amanecido. Las farolas de la plaza permanecían encendidas. Era día treinta y uno de diciembre. Hace un año, ¿quién me hubiera dicho que mi vida había de cambiar tanto, a dar un giro tan radical? Por estas mismas fechas, el año anterior, solo me preocupaba de perseguir a la chica más guapa de clase, de jugar al fútbol y de aprobar los exámenes. Ahora todo era diferente.

Bajé a desayunar y me encontré con tía Mildred en el salón. También llevaba un rato despierta. Olía a café recién hecho.

Para mi sorpresa, en una de las paredes, sobre un corcho estaban sujetas con chinchetas las siete pistas que nos habían conducido hasta las piezas.

—¿Has encontrado algo? —pregunté.

—Buenos días, sobrino... Creo que sí. Me parece que hay una pista final escondida en las pistas que escribió Willoughby.

—¿Lo dices en serio?

Mi tía asintió:

—Fíjate bien en los textos.

Me acerqué a la pared para leer con detenimiento.

—Pero más que en el significado, fíjate en cómo están escritos los caracteres... ¿No ves nada extraño?

—No sé —dije al tiempo que me frotaba los ojos.

Empecé a repasar todas aquellas pistas que casi había memorizado. Era una caligrafía antigua, a buen seguro escrita con pluma.

—¿No hay nada que te llame la atención? —insistió mi tía.

Tras un rato, me fijé en que en cada una de las siete pistas había una letra escrita con más intensidad, como si la hubieran repasado dos veces. Las fui diciendo en voz alta.

—b, i, g, b, e, n... ¿Big ben? —pregunté en voz alta. En la última pista la letra que estaba escrita dos veces era la «X».

Tía Mildred estaba tras de mí. Me sonrió.

—¿Tú crees que...?

—Sí, sobrino, creo que sí... Además tiene mucho sentido. Hoy es treinta y uno, es el día del año en que el Big Ben cobra más protagonismo. Por algo nos insistía el librero en encontrar las piezas antes de hoy. Tiene que ser ahí.

Me sentí como si alguien me hubiera arrojado un cubo de agua fría para que terminara de despertarme.

—Tienes razón, tía. Tiene que ser ahí —le dije abalanzándome encima de ella y abrazándola.

—Calma, pequeño. Que sepamos el lugar no significa que sepamos qué hacer.

—Espera, quizá alguien me haya contestado —dije. Mi tía me miro sin entender nada.

Alterado, abrí el ordenador y entré en el chat donde la noche anterior había colgado las preguntas sobre Willoughby. Había dos entradas:

—«Se rumorea que era una persona muy obsesiva, y que había escondido las piezas por la ciudad más por orgullo que por miedo. No sé si esto te sirve».

Y la segunda:

—«El único requisito para abrir la caja de Pandora es hacerlo en un sitio elevado, a medianoche y con luna llena. Suerte».

Me quedé conmocionado unos segundos. Sentí mi respiración agitada:

—Tía Mildred, ¿esta noche hay luna llena?

—¿Por qué? ¿Es importante?

—Sí, mucho —aseguré.

—Pues no sé, espera que voy un momento a la cocina y lo compruebo en el calendario.

Al momento me llegó su voz:

—Sí, hoy habrá luna llena.

Me puse en pie preso de un repentino nerviosismo. Una idea me empezó a rondar la cabeza mientras daba vueltas por el salón, rodeando los sofás.

—¿Qué estás tramando, Greco? —preguntó mi tía.

Entonces la miré, valoré una vez más lo que aparecía en mi mente y, convencido, dije:

—Déjame tu móvil, tengo un plan.

Capítulo 22

GIULIETTA

Nunca he buscado en el diccionario el significado de la palabra «inocencia», pero si de mí dependiera, la mejor definición de inocencia es la imagen de un niño durmiendo. En cuanto se terminaron los bocadillos que nos habían dejado, los seis pequeños se durmieron sobre los colchones casi amontonados unos contra otros, como cachorros. Eran ajenos al peligro que nos esperaba, parecían incluso felices. En cambio, yo no podía dormir. La adrenalina me corría por las venas. Y para colmo, no había interruptor para apagar la solitaria bombilla que iluminaba la estancia. Si quería quedarme a oscuras, debía de encerrarme en el pequeño baño que había en un extremo y que también carecía de ventanas. Estaba equipado con una minúscula y sucia ducha; era evidente que los niños no la habían utilizado en todo el tiempo que llevaban allí.

La puerta metálica por la que había entrado era la única salida posible. Pensé en hurgar en la cerradura, pero se habían cuidado de no dejarnos cubiertos ni nada que se pudiera utilizar como herramienta para forzarla. Aún así, me agaché y miré por el ojo de la cerradura. Para mí sorpresa, habían dejado la llave puesta. Entonces se me ocurrió una idea que había leído en un libro. Agarré uno de los folios que los niños empleaban para dibujar y lo colé por debajo de la puerta, exceptuando una esquina que luego cogería para recuperarlo. Ahora me hacía falta algo para empujar la llave y confiar en que la suerte estuviera de mi lado y esta cayera encima del papel. Escogí el lápiz más afilado que encontré y traté de introducirlo por el ojo de la cerradura. No acababa de entrar. Y no tenía nada para afilarlo. Entonces me dije: Giu, no es momento de sutilezas. Y con un golpe seco de la palma de la mano, empujé el lápiz hasta el fondo y se partió, pero aún así escuché caer la llave al otro lado de la puerta. Bien por mí. Con mucho cuidado, cogí la esquina del papel y tiré de él suavemente. Por desgracia, había sido demasiado impetuosa y la llave había caído más lejos. Impotente de rabia, eché a llorar. No hay nada más cansado que odiar: me quedé dormida junto a la puerta.

Me despertó la manita de mi prima acariciándome el pelo.

—No se duerme en la puerta, loca —me dijo muy seria—. Se duerme en la cama. ¿Quieres dormir en la mía?

—Buenos días, preciosa. Estoy bien.

La bombilla debía de haber estado encendida toda la noche. No tenía forma de saber qué hora era.

—Quiero leche —dijo uno de los niños.

—Yo también —dijo otro.

—Quiero un batido Mars —apuntó otro más.

Me puse en pie. No quedaba nada de comida ni bebida.

—Ahora voy a golpear la puerta, ¿vale? No os asustéis.

Un par se taparon las orejas con las manos. Me pareció tan tierno que tuve ganas de abrazarlos. Acto seguido, empecé a golpear la puerta con los puños.

—¡Tenemos hambre! ¿Hola? ¡Los niños necesitan comer!

Miré por el ojo de la cerradura. Era como mirar por el cañón de un fusil, pensé. Pegué la oreja a la puerta. No se escuchaba nada. Sin duda debíamos estar en un sótano. Insistí:

—¡Por favor, tenemos hambre!

Golpeé repetidamente la puerta, sin descanso. Uno de los niños se puso a mi lado y me imitó. No supe si llorar o reír.

Finalmente, me pareció escuchar algo al otro lado.

Uno de los niños estornudo dos veces seguidas.

Entonces oí una puerta metálica que se abría como accionada por un motor. Y seguidamente, el caminar descompensado típico de una persona coja. Era el librero. Si venía solo, quizá podría tratar de empujarle en cuanto abriera la puerta. No soy ni fuerte ni pesada, pero la sorpresa podría jugar a mi favor. Pero él debió intuirlo porque dijo:

—Señorita Hamilton, voy a abrir la puerta. No haga nada extraño, voy armado.

Miré por el ojo cerradura y vi la oscura y pesada silueta de su hermano. Mi plan no funcionaría.

La puerta se abrió con un crujido oxidado. El librero sonreía:

—Por cierto, bien jugado lo de la llave. El truco del papel bajo la puerta, imagino. Muy ingenioso. Pero no le hubiera servido de nada; aún hay tres puertas más antes de llegar a la calle.

El Flautista entró con su habitual silencio portando una gran bandeja tapada con papel de aluminio. La depositó en la pequeña tabla que había atornillada contra la pared, a modo de mesa, y la destapó. Me llegó el olor de bacon frito y sándwiches de huevo. También había una botella grande de agua y siete pequeños cartones de leche. No pude evitar pensar en la última comida de los condenados a muerte. Uno de los pequeños se acercó impaciente a la bandeja. El Flautista, cariñosamente, le acarició la cabeza y, para sorpresa, sonrió. El niño le imitó. Parecían entenderse, como si hubiera una extraña conexión entre ellos. Ahora entendía el apodo que le había adjudicado la prensa.

—Procura que no se lo coman todo ahora, tiene que llegaros hasta la noche —me dijo el librero.

—¿La noche? ¿Qué hora es ahora?

—Pronto. Te basta con saber eso.

El Flautista salió de la habitación y enseguida volvió con dos bolsas grandes de deporte.

—Señorita Hamilton —se dirigió a mí el librero—. En una de estas bolsas encontrará gel de ducha y unas toallas limpias. Quiero que lave a los niños. En la otra bolsa hay ropa para vestirlos. Verá que también hay para usted. Cuando volvamos esta noche, tienen que estar preparados.

Quise protestar, pero pensé que a los niños les sentaría bien una ducha y ponerse ropa limpia.

Se marcharon y cerraron con llave. Esta vez no la dejaron la puesta. Abrí las bolsas de deporte. En una de ellas había siete disfraces amarillos de pollo. Incluían las caretas: estaba claro que no querían que nadie reconociera a los niños. Pero eso solo podía significar una cosa: íbamos a salir a la calle.

Los pequeños parecían no tener conciencia del tiempo, pero yo sí. La jornada se me hizo larguísima. No fue fácil convencerlos para bañarlos. No tanto por vergüenza como por la falta de familiaridad. Pero descubrí que la promesa de disfrazarse surtía efecto:

—Si no os bañáis, no podréis disfrazaros. Son las reglas.

Finalmente me duché yo también. Pensé que sentirme limpia me ayudaría a afrontar lo que viniera. Me puse el disfraz por encima de mis pantalones y la camiseta. Me alegré de no tener un espejo delante. Al colocarme los absurdos patucos naranjas del disfraz, que simulaban patas de pollo, me acordé de Greco y de su pie herido. Si yo lo estaba pasando mal, imaginé su impotencia, su rabia al no poder ayudarme. En lugar de añorar mi casa en Bournemouth, echaba de menos la casa de tía Mildred. Quería volver allí para quedarme.

Cuando vinieron a buscarnos, esperábamos todos sentados frente a la puerta: los niños estaban excitados ante la idea de salir de aquel agujero. Los primeros en ser secuestrados debían de llevar alrededor de un mes allí dentro. No podía imaginarme pasando una situación así.

Nos metieron en la misma furgoneta amarilla. *Mr. Blacksmith* esta vez ni siquiera se molestó en apuntarme con su pistola. Supongo que sabía que yo no iba a intentar nada que pusiera la vida de los niños en peligro.

—No pensaréis meternos a oscuras ahí otra vez, ¿no? —protesté—. Los niños van a tener miedo.

El librero pareció sopesar lo que había dicho. Abrió la guantera y me lanzó con desgana una pesada linterna. Recuerdo que pensé que podría servirme de arma.

El trayecto se me antojó más largo que la otra vez. Me pregunté si estábamos saliendo de la ciudad. En tal caso, las probabilidades de que nos encontrara alguien se reducirían. Mi prima apoyó la cabeza en mi regazo y se quedó dormida. Era algo impropio de ella. Normalmente no le gustaba que la tocaran. Eso me hizo pensar si, de alguna manera, era consciente de lo extraño que resultaba toda esa situación. En ningún momento me había preguntado por sus padres. Ninguno lo hacía. Aquellos niños se adaptaban dócilmente a las circunstancias como si confiaran en la bondad de los extraños.

Cuando se detuvo el motor y se abrió la puerta, descubrí que era noche cerrada. Nos bajamos de la furgoneta. Miré a mi alrededor. Aunque estábamos al aire libre, se respiraba humedad. Habían aparcado en un embarcadero solitario, apenas iluminado por dos viejas farolas. Allí no había nadie más que nosotros, ni siquiera coches aparcados. Aunque gritara con todas mis fuerzas, nadie acudiría al rescate. En la otra orilla se veía recortado el perfil de la vegetación. Si aún estábamos en Londres, no lo parecía.

—Coge esto —dijo el librero tendiéndome una larga cuerda, igual a la que habían utilizado para atarnos a Greco y a mí—. Que los niños la cojan también. No queremos que caigan al agua,

¿verdad?

Los pequeños se aferraron a la cuerda obedientemente y me siguieron. Me sentía como una mamá gallina con sus polluelos detrás. Bajamos unas escaleras y finalmente subimos a una lancha motora. Acomodé a los niños lo más lejos de la borda posible.

—Ahora vamos a jugar a un juego, ¿de acuerdo? —les dije—. Se trata de quedarnos muy quietos hasta que llegemos a un sitio.

Solo mi prima me miró, pero todos parecieron entenderme. Si algo sabían hacer bien aquellos niños, era quedarse quietos.

El librero se puso a los mandos, mientras su hermano permanecía de pie sin quitarme la vista de encima. Me pregunté si aquel hombre no sería también autista, una pobre marioneta en manos del perturbado de su hermano. Seguro que, de poder hablar, tendría una triste historia que contar. Pero no me daba ninguna pena. Mientras pensaba eso, el librero encendió el motor. Me fijé en el agua, íbamos corriente arriba; en un principio no supe si nos dirigíamos a la ciudad o nos alejábamos de ella.

Me fijé en que los dos hermanos vestían igual: abrigos largos, guantes y gorros de lana.

—¿No podrían darnos una manta? —pregunté—. Aquí hace frío y salpica el agua.

Fue como hablar con una pared. Me apreté contra mi prima para darle calor. Por un momento, se me pasó por la cabeza la idea de lanzarme al agua para alcanzar la orilla y pedir ayuda. Pero lo que fueran a hacer con los niños podía continuar sin mí.

—Me gustan tus pies ahora —dijo Martha.

—Pero no tienen cordones —le dije yo. Quizá hablar con ella serviría para hacerle olvidar el frío.

—No. No tienen. Pero son divertidos.

Al cabo de un rato, mis dudas se despejaron: estábamos yendo al centro mismo de la ciudad. Después de atravesar bajo algunos puentes, en el horizonte pude ver dibujada el London Eye, la noria iluminada como una gigantesca rueda de luz.

De pronto el cielo se iluminó con unos cohetes. Los niños se asustaron.

—No os preocupéis —me apresuré a tranquilizarlos—. Es fin de año y los mayores lo celebran de esta manera.

—¿Los mayores también se disfrazan? —preguntó un niño.

—Algunos —contesté.

—Los mayores a veces hacen tonterías.

Al aproximarnos a un puente, vi que estaba repleto de gente. Como cada año, miles de personas se concentraban cerca del Big Ben para darle la bienvenida al año que estaba a punto de empezar. Era mi oportunidad. Sin dudarlo, grité tan fuerte como pude:

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Es el Flautista! ¡El Flautista!

La respuesta que recibí por parte de la gente que estaba sobre el puente fue una lluvia de confeti, salpicando de puntos de colores a los niños y a mí. Casi parecía una broma de mal gusto.

—Grite —me retó el librero girándose hacia mí—. Grite lo que quiera. Esta noche la ciudad entera está de fiesta. Nadie la puede oír.

Era cierto. A medida que nos acercábamos más al centro, el entusiasmo de la gente llenaba el aire de fiesta: risas, descorche de botellas, intercambio de buenos deseos, bocinas, petardos, los *flashes* de las cámaras.

En el río había detenidas un buen puñado de embarcaciones, que querían escuchar las campanadas desde un punto de vista privilegiado. Pensé que quizá, al estar más cerca, alguien en esos barcos podría oírme si gritaba. El librero, que parecía intuir mis pensamientos, le ordenó a su hermano:

—Amordázala.

El Flautista, silencioso y obediente, se acercó sin prisa hacia mí. En un arrebato, me lancé contra él tratando de empujarle para que cayera al agua. Fue como chocar contra un muro, apenas se tambaleó. Me cogió las dos manos con una de las suyas y me amordazó con sorprendente habilidad. No me soltó las manos hasta que nos detuvimos junto a unas escaleras situadas en la parte trasera del Parlamento.

El librero apagó el motor de la lancha y atracamos. Ayudé a los niños a alcanzar la escalera. *Mr. Blacksmith* iba delante. En la pared había una especie de respiradero tapado con una reja metálica. Ayudado por una destornillador eléctrico, el librero soltó la reja en cuestión de segundos.

—Señorita Hamilton, encienda la linterna y pase usted primero.

Varios pensamientos se dispararon en mi mente: saltar al agua, empujarle, golpearle con la linterna... Pero una especie de cansancio se había apoderado de mí. Obedecí. Me agaché para poder entrar. Sé que sonará estúpido, pero más que la amenaza de muerte, lo que me aterraba en ese momento era encontrarme con una rata, un murciélago o incluso una cucaracha. El túnel se ensanchaba a los pocos metros y ya no hacía falta gatear. Al menos, para mí y los niños; el Flautista no tenía tanta suerte. Finalmente desembocamos en un pasadizo iluminado por fluorescentes parpadeantes. Pegadas a una pared había una serie de tuberías grises, probablemente la calefacción. Se agradecía el contraste con el frío helado del exterior.

—Deténgase —dijo el librero al llegar a un cruce de caminos.

Sacó un mapa de un bolsillo y lo consultó.

—Por aquí —dijo escogiendo el pasillo de la derecha.

Esta vez no obedecí. Me quedé quieta. Al cabo de unos pasos, el librero se giró interrogante. Levanté el mentón hacia él. Se acercó a mí y me soltó la mordaza.

—¿Contenta?

—Entusiasmada —respondí.

El librero se permitió una sonrisa. Se sabía ganador.

Reanudamos la marcha. Al llegar al siguiente cruce, me giré. Los niños parecían encantados, como si estuvieran aprendiendo un juego nuevo. La imagen de todos ellos con los disfraces recorriendo las entrañas del Parlamento tenía un aire onírico. Cada cierto tiempo, el camino volvía a bifurcarse. Era como recorrer un laberinto. Reparé que hacía un buen rato que había dejado de escucharse el jaleo del exterior.

Al cabo de unos pocos minutos más llegamos a una gran puerta de madera que parecía llevar cerrada mil años.

—Reginald, la llave número tres —ordenó *Mr. Blacksmith*.

Su hermano rebuscó en una mochila y extrajo la llave más grande que yo había visto en mi vida. Casi parecía de broma.

Con sumo cuidado, como si temiera romperla, el librero la introdujo en la cerradura y la giró tres veces. Los goznes de la puerta se abrieron con un lamento centenario. Entramos en una

estancia de techos altos de madera. En las paredes, aquí y allá, había colgados vetustos cuadros de señores con aires de importancia, cortinajes pesados, algún que otro escudo de armas. El suelo estaba cubierto por una mullida alfombra. Las luces estaban apagadas, pero entraba la claridad de la luna llena y, de vez en cuando, los golpes de luz de los fuegos artificiales. Y eso era todo lo que se escuchaba. Me pregunté si no habría algún guarda de vigilancia. Pero era fin de año y a buen seguro toda la atención estaba en el exterior.

Recorrimos la vasta estancia hasta llegar a otra puerta, gemela de la anterior.

—La llave número dos —pidió el librero.

La abrió. Esta puerta conducía a un largo pasillo, decorado con idéntica opulencia. Al final había dos puertas más. *Mr. Blacksmith* se detuvo frente a la de la derecha y, tal como imaginaba, pidió la llave número uno. Al abrir la puerta, no quedó la menor duda: estábamos dentro del mismísimo Big Ben. Tenía sentido: recordé que Willoughby había sido el relojero jefe del reloj más famoso del mundo. Lo que fuera que tuvieran en mente, iba a ocurrir allí. Se me empañaron los ojos. Entonces urdí un plan desesperado.

—Martha —le susurré a mi prima que iba justo detrás de mí—. Cuando yo te lo diga, echa a correr por donde hemos venido, ¿de acuerdo?

—¿Correr?

—Sí. Es muy importante. Corre y no mires atrás.

Ella asintió como si memorizara mis palabras.

Empezamos a subir una empinada escalera. El librero abría la marcha y su hermano la cerraba. En el medio, los niños subían con esfuerzo. Estaban cansados. Tuve que apremiar a un par por miedo a que les hicieran daño. A pesar de su cojera, *Mr. Blacksmith* parecía ligero y ágil como un muchacho; tanta era la emoción que debía sentir. Eso era perfecto para lo que tenía pensado: cuando estuviéramos arriba, pensaba atacarles con la linterna para darles tiempo a los niños a escapar. Confiaba en que la violencia de ese acto fuera suficiente para que los pequeños se asustaran y buscaran un escondite. Era una idea suicida, lo sabía, pero valía la pena correr el riesgo si lograba salvarles.

Al alcanzar la zona superior, el librero trató de accionar un interruptor en la pared. No se encendió la luz. Insistió. Sin resultado. Por fin algo de su plan no salía como esperaba. Sacó una linterna y con el haz de luz barrió la estancia. Vi una compleja serie de poleas y ruedas dentadas tan grandes como un camión. Estábamos en el corazón del reloj. El ruido acompasado y metálico del mecanismo retumbaba de forma atronadora. No pude evitar pensar que así sonaba el paso del tiempo.

—Busca la puerta —dijo el librero a su hermano—. Debe estar al fondo.

El Flautista nos adelantó al tiempo que iluminaba sus propios pasos con su linterna. Me llamó la atención que con la mano libre se tapaba uno de las orejas. El librero consultó un libro que llevaba en la mano. Me di cuenta que estaba escrito a mano. Debía de ser el diario de Willoughby. También nos había engañado en eso.

—Tú, no te separes de mí —me ordenó al tiempo que cogía a mi prima a modo de rehén.

Iba a quejarme cuando reparé en que había sacado su pistola.

De pronto, Reginald soltó una especie de gruñido. Era la primera vez que le oí escuchar articular un sonido. Caminamos casi a tientas hacia él. Yo más metida que nunca en mi papel de mamá gallina, con los niños arremolinados a mi alrededor.

La linterna del grandullón apuntaba a una pared de ladrillo. No entendí nada. Quizá pensaban derribarla. Le creí muy capaz. Entonces el librero guardó el diario y tanteó la pared con la mano como un médico reconociendo el cuerpo de un paciente.

—Aquí es —dijo. Parecía tan feliz como si hubiera ganado un millón de libras—. Dame la llave cero.

El Flautista extrajo una pequeña llave color bronce de su mochila. Quizá engañada por las sombras, me pareció ver que algo se movía tras de él, al fondo. Mientras *Mr. Blacksmith* cogía la llave y la introducía en un hueco de la pared que nadie hubiera señalado como una cerradura, dirigí la luz de mi linterna hacia donde me había parecido ver el movimiento. Casi se me escapa un grito: estaba iluminando el rostro del inspector Nayal, acuclillado detrás de uno de los mecanismos. Llevaba puestos unos cascos protectores como los que utilizan los obreros cuando usan la taladradora. Se llevó el índice a los labios. Al instante alumbre mis pies. Se me aceleró el corazón. Tuve ganas de saltar. Me aseguré de que los dos hombres estaban absortos en la tarea de abrir una puerta en aquella pared de ladrillo antes de iluminarle de nuevo. El policía me hizo un gesto con la mano como indicándome que separara a los niños. Lo entendí de inmediato: no se atrevía a actuar aún por miedo a hacerles daño.

Como en el cuento de Ali Baba y los cuarenta ladrones, una puerta se abrió en la pared. El Flautista la empujó con fuerza y a continuación, como si supiera dónde se encontraba con antelación, accionó un interruptor que encendió una solitaria bombilla. De la nada apareció un escenario de pesadilla: parecía una pequeña capilla, con la salvedad de que, en lugar de un púlpito, había lo que solo puedo describir como un altar de sacrificio: una piedra horizontal, aunque ligeramente inclinada, del tamaño y la forma de un niño de menos de diez años. A los pies del altar había una especie de abrevadero. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral al entender que ahí era donde se recogería la sangre de los niños.

Ese era el momento. Agarré a mi prima de la mano y comencé a dar un paso hacia atrás al tiempo que miraba a los niños incitándoles a imitarme.

—¿Dónde cree que va? —me sorprendió el librero—. Pase usted primero. Va a ser testigo de algo único en la historia de la humanidad.

No pude evitar que se me escapara una mirada hacia donde estaba el inspector Nayal. No lo vi. Entré en la capilla seguida de los niños.

—Mis orejas me hacen daño —se quejó uno de los pequeños—. Me hacen daño.

—La caja —ordenó el librero sin prestarle atención—. Ya casi es la hora.

El Flautista extrajo la caja de Pandora de su mochila. A pesar de haber recogido todas las piezas, no la había visto montada y resultó más pequeña de lo que había imaginado. Era una mezcla extraña entre un ánfora y un reloj. El librero consultó una vez más el diario. Luego cogió la caja como si fuera un bebé y la encajó con cuidado en un hueco hecho a su medida que había dentro del abrevadero. Estaba claro que la idea era que se mojara con la sangre de los niños.

Acto seguido se giró y me miró: sus ojos me hicieron estremecer; era una mirada siniestra y eufórica al mismo tiempo. Antes de que pudiera reaccionar, cogió a mi prima y la atrajo hacia él.

—Colócala en el altar —le ordenó a su hermano.

—¡No! —grité—. ¡No lo hagas! —Traté de abalanzarme sobre él pero me golpeó con la mano que sostenía la pistola. Caí al suelo. Los niños se asustaron y uno empezó a llorar.

—¿A qué estás esperando? —le gritó *Mr. Blacksmith* a su hermano—. Coloca a esta niña ahí

encima.

Hasta entonces, el Flautista había obedecido ciegamente y sin pausas a su hermano. Sin embargo, ahora parecía confundido. Miró a mi prima. Luego me miró a mí.

—No lo hagas —le dije desde el suelo—. No tienes por qué hacerlo. Tú no quieres hacerles daño, lo sé.

Impaciente, el librero alzó él mismo a mi prima y la estiró sobre el altar.

—Giu —sollozó Martha—. Giu.

—Vigila que los demás no se escapen —le dijo a su hermano.

El Flautista no se movió. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a balancearse delante y atrás y a emitir un sonido ininteligible, algo así como un lamento repetitivo.

De pronto retumbó un «boing»: era la primera campanada que anunciaba la medianoche.

Los niños se asustaron. El Flautista pareció salir de su ensimismamiento.

—Es la hora —dijo Mr. Blacksmith.

Boing.

Guardó la pistola en el bolsillo de su abrigo y sacó un cuchillo. En la otra mano sostenía el diario. Era ahora o nunca:

—¡Inspector! —exclamé—. ¡Inspector!

Boing.

Mi grito confundió al librero. Me miró, sus ojos eran los de un animal acorralado.

El inspector Nayal apareció en la puerta con la pistola en la mano:

—¡Alto! —ordenó—. Suelta el cuchillo.

Boing.

El librero dejó caer el diario y agarró a mi prima y la apretó contra su pecho a modo de escudo.

—No —dijo—. Tire usted su arma o la niña muere.

Boing.

Nayal dudó.

—¿A qué está esperando? —preguntó el librero alzando el cuchillo.

—Giu, Giu —sollozó mi prima de fondo. Se me encogió el corazón.

Boing.

Con cuidado, Nayal depositó su arma en el suelo.

—Coge la pistola —le ordenó a su hermano.

Boing.

El Flautista me miró antes de obedecer.

—No tienes por qué hacerlo —le imploré.

Boing.

El Flautista se acercó al arma, la cogió y la observó como adivinando su propósito.

Los niños lloraban. Uno se había sentado en el suelo a mi lado.

Boing.

El librero volvió a tumbar a mi prima sobre el altar. Recuperó el diario y empezó a decir unas breves palabras en un idioma que parecía griego.

Boing.

Al terminar, alzó el cuchillo sobre mi prima.

—¡Martha! —grité.

Boing.

Restalló un disparo.

Durante un segundo, todo el mundo se detuvo como posando para una foto. Boing, sonó la última campanada.

El librero estaba en el suelo. De su cabeza manaba sangre. Su hermano le había disparado.

Era año nuevo.

The Guardian

Sucesos

DESEOS CUMPLIDOS

ANDREW KALAJAIN

La fecha del día 1 de enero de 2013 será recordada para siempre en nuestro país. Tras el pánico de las últimas semanas, la ciudad de Londres no ha podido tener mejor entrada de año. Los deseos de rescate con los que soñaba la población se han cumplido en la última noche del año y los seis niños que permanecían secuestrados desde el pasado 7 de diciembre fueron liberados ayer. Padres y niños, afectados y espectadores, periodistas y policía, ciudadanos y ciudadanas han recuperado la sonrisa.

En poco menos de veinticuatro horas, multitudinarias muestras de afecto y solidaridad para con los familiares han inundado la red. Los niños están en sus hogares, sanos y salvos, con sus padres y familiares, y en ningún caso ha habido indicios de brutalidad.

Según fuentes de Scotland Yard, para el rescate ha sido fundamental la colaboración de dos chicos de 17 y 16 años que se llaman Andrew Charlton y Giulietta Hamilton. «Sin ellos, no habría sido posible». Así de claro se expresó en las primeras declaraciones a este medio el inspector Nayal, muy prudente en su intervención y en todo momento dejando patente la voluntad de ir esclareciendo sin prisa y sin precipitaciones cómo se llevo a cabo el rescate. Declaraciones que un día después han generado el fervor en las redes sociales y en la prensa a favor de estos dos adolescentes que, por empeño, intuición y talento investigador, pusieron a Nayal sobre la pista del temible Flautista. Fuentes de la investigación, aseguran que, a solicitud de los jóvenes, se mantendrá de momento en secreto el modus operandi. Es preciso constatar que Giulietta Hamilton ya apareció en la BBC el día 8, no queriendo hacer declaraciones ante las cámaras, pero después de asegurar a la policía que fue testigo presencial del secuestro de su prima Martha por parte de el flautista.

El Flautista no estaba solo

Por lo que ha podido saber este diario, la liberación de los seis niños se llevó a cabo en el mismísimo Big Ben segundos antes de la entrada en el nuevo año. El famoso flautista que ha mantenido durante semanas en vilo a la población acabó entregándose. Sin embargo, no era él el cabeza de la operación, sino su hermano, el señor Blacksmith, dueño de la librería

Pendragon, situada en Cecil Court, que falleció ayer durante la liberación.

El presunto ayudante del autor del secuestro, el apodado Flautista de Hamelin, identificado como Reginald Blacksmith, natural de Londres, 41 años, que en estos momentos presta declaración ante el juez, no se ha pronunciado y todo parece indicar que en las próximas horas pasará a disposición judicial y podrá ser acusado de homicidio, cohecho y encubrimiento. Sin que prestase declaración se procedió a su arresto.

En la operación tuvo lugar el asesinato del librero, pero al respecto se guarda silencio. Se sabe, no obstante, que todo sucedió en las dependencias más elevadas de la torre más famosa de la ciudad, en la antesala del mecanismo del Big Ben, donde se halló el cadáver, con la cabeza bañada en sangre, del librero. Consultados otros librerías de esa misma calle, famosa por albergar una buena cantidad de librerías de viejo, ninguno ha querido prestar declaración pero todos lamentan profundamente lo sucedido sin dar crédito a la escena. Entre el gremio de librerías se ha enviado a la policía un comunicado explicando su absoluto desconocimiento de que Mr. Blacksmith pudiera estar relacionado con semejantes actos y de apoyo a las familias.

Sin dar por cerrada la investigación, el comisario jefe de Scotland Yard, Sir Edward Bartleby, se ha felicitado por el resultado de la operación y a día de hoy, cuando todavía no han pasado ni 48 horas del espectacular desenlace, se mantiene en secreto el móvil de lo que estuvo a punto de convertirse en uno de los crímenes más espeluznantes de nuestro siglo.

Capítulo 23

GRECO

A pesar de las órdenes que me había dado Nayal como condición para que pudiera acompañarle hasta el Big Ben, tan pronto escuché el disparo salí de mi escondite detrás el mecanismo.

La sala se asemejaba a un escenario en el que ningún actor conocía su papel. Era la viva imagen de la desolación: una mortecina luz iluminaba el altar en el que aún permanecía una llorosa Martha. Los niños, exaltados, rodeaban al muerto, lo miraban sin entender, igual que si aquello formara parte de un juego. Pero más que eso me acongojaron los sonidos que emitía el Flautista, cercanos a unos gemidos más propios de un animal que de una persona. Ahí seguía, de pie, con el arma en su temblorosa mano, como si no supiera exactamente qué había pasado. Era una imagen que nunca olvidaré. Espero que los niños puedan hacerlo.

Al ver que Giulietta se puso en pie, fui a abrazarla. Había esperado tanto ese momento que no supe qué decir. La idea de no volver a verla fue el peor pensamiento que había tenido. Pude leer la sorpresa en su mirada, atónita, y la estreché con fuerza mientras me decía:

—Estás aquí, Greco... sabía que vendrías. Has cumplido tu promesa.

Noté sus mejillas húmedas y quise calmarla:

—Tranquila, no llores, ya ha pasado, ya ha pasado. Todo ha salido bien —le repetí—. Además esto que llevas puesto es bastante peor que tu pijama.

Le arranqué una breve sonrisa que me hizo feliz. Me hubiera gustado besarla, mientras reía, pero no me atreví.

—Saquen a los niños de aquí y esperen abajo —indicó Nayal—. Voy a pedir refuerzos y pronto les recogerán.

Y acto seguido le vimos esposar al flautista, que no opuso ninguna resistencia, muy al contrario: entregó la pistola y ofreció las manos como si se las tendiera a un niño.

Giulietta se hizo cargo de Martha y quiso bajarla en brazos. Me responsabilicé del resto y fui yo quien guio el paso.

—Tú no eres un pollo, tú no eres un pollo, no puedes venir con nosotros —dijo uno de los pequeños.

Sonreí al tiempo que, por dentro, me alegraba: era una señal de que no eran conscientes de lo sucedido.

—Chicos, no sufría tanto acoso de los medios desde que salí con Johnny Rotten —decía tía Mildred.

Dos días después aparecimos en las portadas de todos los periódicos y nuestra casa estaba rodeada de periodistas. Junto con Nayal éramos los héroes del país. El móvil de tía Mildred echaba humo. Todos los boletines informativos abrían con nuestra imagen saliendo del Big Ben rodeados de los niños. En las radios sonaba más mi nombre que el de Justin Bieber. Al teclear nuestros nombres en Google te aparecían medio millón de entradas. Salir a la calle era un problema. Mi madre me llamaba a diario. Los padres de Giulietta nos visitaron. Fue emocionante para ella, pues hacía mil años que no los veía juntos. Hasta me llamó la novia de mi padre para felicitar-me; quería mostrarse tan simpática que en un momento dado me dijo:

—Por cierto, muy guapa esa novia que te has echado.

—¿Verdad que sí? —respondí.

A nadie le interesaba la naturaleza de mi relación con Giulietta. Ni siquiera yo sabía explicármela.

Durante esos días se me acabaron la piscina y el gimnasio. La gente no paraba de acercarse a palmearme la espalda y nunca me ha gustado ser el centro de atención. Pero en casa se estaba bien, reinaba el buen ambiente y la relajación. Era de agradecer después de la pesadilla de las últimas semanas.

Aparecieron también los tíos y la prima de Giulietta. Aceptaron acudir a comer invitados por tía Mildred, que le había dado por cocinar a todas horas.

—Giulietta —empezó a decir el tío Ernest mientras comía makis— sabes que ahora puedes volver con nosotros.

Al instante, tía Mildred habló adelantándose a Giu.

—A esta niña me la quedo yo —entonces la miró—. Se queda conmigo mientras ella quiera. Giulietta, un poco ruborizada, muy sonriente, no tardó en responder a su tío.

—Gracias, tío Ernest, pero me quedo. Eso sí, os puedo hacer de canguro siempre que queráis. Por cierto tía Mildred, estos makis están deliciosos.

En casa volvía a sonar la música como al principio. Tía Mildred también invitó a sus amigos, que improvisaron una especie de fiesta. Fueron días realmente divertidos. Hasta que paulatinamente se fue imponiendo la calma.

Una mañana de sábado sonó el timbre. Era el inspector Nayal.

—¿Puedo pasar? —preguntó educado como siempre.

—Por supuesto, adelante —le dije.

Vestía las mismas botas de *cowboy* y una cazadora de cuero negro. Con esas pintas nadie diría que estaba en el lado correcto de la ley. Traía una caja pequeña. No se separó de ella. Se sentó al sofá.

—¿Ha desayunado? —preguntó tía Mildred.

—No, pero no quiero nada, gracias. Nunca desayuno. Acostumbro a cenar fuerte.

—Pues no pretenderá que aplauda eso... en esta casa cuidamos mucho la alimentación.

—Está bien, una taza de té será suficiente.

—Inspector —empezó a decir Giu— por cierto, me encanta su perfecto.

—¿Mi qué? ¿Disculpe?

—Me refiero a su cazadora, ese tipo de cazadora se llama así.

—Ah, muy bien, no tenía ni idea —y se la quitó.

—¿Qué ha pasado al final con el Flautista? —indagué—. Me imagino que no habrá ido a una cárcel normal...

—No, una vez se supo el alcance de su minusvalía psíquica, fue trasladado a un centro especial, a las afueras de la ciudad.

Cuando el té estuvo listo, tía Mildred quiso saber el motivo de la visita:

—He venido a ofrecer mis disculpas a esta joven —dijo señalando a Giu—. Cuando vino a la comisaría yo no le hice caso, y ahora es momento de saldar deudas.

—No tiene por qué —empezó a decir Giu un tanto sorprendida—. Lo importante es que todo ha acabado bien.

—Y además usted ya lo arregló al aceptar mi plan de escondernos en el Big Ben —quise certificar yo.

—Por un momento creía que estabas loco, pero mis investigaciones acerca de la furgoneta coincidían con el tal Blacksmith... Suerte que salió bien, porque en caso contrario mis jefes me hubieran empapelado y mi carrera se hubiera ido al garete... De todos modos, espero poder recompensarla con esto.

Fue entonces cuando le dio la caja, envuelta con papel navideño. Visto así parecía un regalo atrasado. Giu la sostuvo como si le diera vergüenza desenvolverla. Cuando por fin se decidió y lo hizo, sacó de la caja una lupa grande, como la que suelen utilizar los aficionados a la numismática. Giu mostró extrañeza.

—Muy bonita, inspector, muchas gracias, pero... No sé, no acabo de entenderlo...

—Es fácil —dijo él—, usted supo ver lo que los demás no supimos. Y espero que esto le sirva como recordatorio para seguir siempre su instinto.

Giulietta se sonrojó y volvió a darle las gracias.

—Además, usted y su novio...

—¡No somos novios! —Le cortamos los dos a la vez, mientras tía Mildred arrancaba a reír a carcajadas.

—Bueno, perdón, me refería a su amigo; lo que quiero decir es que los dos tienen talento y aptitudes para la investigación. Cuando cumplan los dieciocho, si quieren les puedo hacer una carta de recomendación para entrar en la policía. No nos vendrían mal un par de agentes como ustedes.

Terminó su taza de té e hizo ademán de irse. Pero tía Mildred retuvo su atención:

—Ha dicho que su comida favorita es la cena, ¿verdad? Pues está invitado a cenar, le invité yo, y no tengo costumbre de admitir un no por respuesta.

Nayal arqueó las cejas y la miró de arriba abajo, como si la viera por primera vez:

—En ese caso no tengo más opción que aceptar.

Se puso en pie y le estrechó la mano.

—Tengo su número, le llamaré —le recordó mi tía.

—De acuerdo —repuso él.

—Espere, que le acompaño a la puerta.

En cuanto abandonaron el salón, Giulietta y yo nos miramos y nos reímos. No nos

esperábamos eso.

—Qué fuerte tu tía —dijo Giu.

—Ya ves...

Tía Mildred regresó sonriente.

—¿Eso ha sido un coqueteo? —quiso saber Giulietta.

—Yo más bien lo llamaría caza y captura —le contestó mi tía—. Ya no tengo edad para perder el tiempo, querida —y la miró con complicidad.

Las palabras de Nayal acerca de nuestras aptitudes para la investigación fueron la semilla de una idea que se fue forjando en los días siguientes. Giulietta y yo lo hablamos y, posteriormente, después de darle muchas vueltas, se la expusimos a tía Mildred:

—¿Una agencia de detectives? —preguntó tía Mildred boquiabierta.

—Sí, tía, así es, ni más ni menos.

—Pero... ¿Cómo una agencia de detectives? ¿No os habéis metido ya en bastantes líos?

—Te juro que lo hemos pensado bien. Te necesitamos, somos menores y para todo el tema de papeleo precisamos a un adulto.

—Vamos a ver, un poco de calma que lo estoy procesando... ¿Habláis en serio de montar por vuestra cuenta un negocio así? ¿Una agencia de detectives? ¿Dedicaros a resolver casos?

—Pero, tía, no es una agencia cualquiera, seremos el último recurso de los más desesperados, solo aceptaremos aquellos casos que ningún detective serio aceptaría.

—Nuestra motivación es ayudar a los demás —sentenció Giu.

—No entiendo nada, pon un ejemplo...

—No te puedo decir uno en concreto ahora mismo, lo que está claro es que no vamos a llevar temas de divorcio —dije.

Giulietta añadió entusiasta:

—Aquellos casos imposibles, aquellos que nadie más crea que se pueden resolver.

—Ya tenemos registrado el dominio de Internet para crear la página.

—¿Y qué nombre es si se puede saber? —preguntó mi tía.

—El nombre de la agencia es G&G y nuestro lema y nombre de la página web: creemosenloimposible.com

—Me encanta —dijo tía Mildred. Entonces se alejó a la cocina, regresó con una cerveza y se sentó a reflexionar unos segundos. Nosotros la mirábamos de pie, impacientes, esperando que hablara.

—De acuerdo, os ayudaré. Pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntamos a dúo.

Dio un trago largo, carraspeó brevemente y añadió:

—Que volváis a estudiar. Tú, Giu, deberías apuntarte a un curso de moda en la Saint Martins; y tú, sobrino, ponte a estudiar lo que sea, lo que más te guste, pero quiero que hagas algo con tu vida.

—La verdad es que me gustaría estudiar criminología, pero lo he mirado y no me admiten todavía, tengo que esperar a cumplir los dieciocho. Mientras espero, me gustaría aprender bien un idioma, el alemán me llama la atención.

—Eso esta muy bien, y ahora que os vais a Berlín ya puedes aguzar el oído... Trato hecho entonces.

Y los tres nos estrechamos las manos.

Mientras caminabas por Gatwick no pude evitar reírme: en la maleta de Giu podía caber ella entera. Orgullosa como siempre, la iba arrastrando por el aeropuerto sin aceptar mi ayuda. La mía era de mano. Total, solo íbamos a pasar una semana.

Giulietta había diseñado un completo plan de visita para no perdernos ni un rincón de Berlín, lo tenía todo apuntado en su moleskine. En cambio yo, no había mirado nada. Sin duda, formábamos un buen equipo.

Era muy gratificante realizar este viaje sabiendo que era un paréntesis antes de iniciar una nueva vida. En los últimos meses la idea de familia tradicional se me había trastocado. Convivir con tía Mildred y Giulietta me brindaría la oportunidad de ser yo mismo. Me sentía libre. Y cuando tienes diecisiete años no existe mejor sensación que esa.

Tocaba despedirse de tía Mildred. Antes de pasar los controles del aeropuerto, ya con las tarjetas de embarque en la mano, le dimos un último abrazo.

—Avisarme en cuanto aterricéis, ¿de acuerdo?

—Sí, tía, es la tercera vez que nos lo dices —le recordé.

—Abrigaos bien, el frío de Berlín es cosa seria.

—Sí, tía, ya me los has dicho, llevo tres bufandas —dijo Giulietta plantándole un sonoro beso en la mejilla.

—Perdonadme, chicos, creo que me estáis convirtiendo en una madre.

—Tú sí que tienes que cuidarte esta noche; no sé si deberías fiarte del inspector Nayal —le dije guiñándole un ojo.

—Y recuerda —esta era Giu—: nada de besos en la primera cita.

—Uy mi niña, pareces más antigua tú que yo —dijo mi tía despidiéndose.

Ya en el avión, antes de despegar, me entraron los nervios. Era la primera vez que volaba con alguien y era el mayor. El avión encaró la pista. Rugieron los motores. Teníamos vía libre. Entonces Giulietta me cogió de la mano. Se la apreté. Me sonrió. Sin cruzar palabra sabía lo que ella pensaba: estaba impaciente por saber qué aventuras nos deparaba el próximo libro.



JOSAN HATERO MOSTEIRO (Barcelona - 1970). Es un reconocido cuentista con grandes antologías como *Biografía de la huida* o *Tu parte del trato* (Premio Villa de Algete), así como un libro de viajes llamado *Rumanía en Octubre*.

Dio su salto a la novela en 1999 con *El pájaro bajo la lengua* y continuó con otros títulos como *La piel afilada*, *La intimidad de los viajeros* o *La cosecha pálida*, que firmó como Josan Mosteiro. Su obra ha sido traducida al alemán, al italiano, al ruso y también al turco.

Además de escribir, Hatero ha sido guionista de la película *Las distancias* e imparte cursos sobre literatura juvenil.



USE LAHOZ (Barcelona, 1976) fue galardonado en 2013 con el Premio Primavera de Novela. Este premio, uno de los más prestigiosos y mejor dotados de narrativa en castellano, le fue concedido por su cuarta novela, *El año que me enamoré de todas*. Es licenciado en Humanidades y ha pasado años cambiando su residencia entre Portugal, Alemania, Italia, Uruguay, Cuba y Francia. En 2001 recibió la Beca Halma. Su primera novela se publicó en 2005, *Leer del revés*. En 2009 llegaría *Los Baldrich*, por la que estuvo entre los nominados de ese año al premio Talento FNAC. Con la tercera novela, *La estación perdida*, se hizo con el Premio Ojo Crítico.

Lahoz ha continuado publicando otras novelas donde predominan las relaciones humanas, en 2016 *Los buenos amigos* y en 2019 bajo el título *Jauja*.